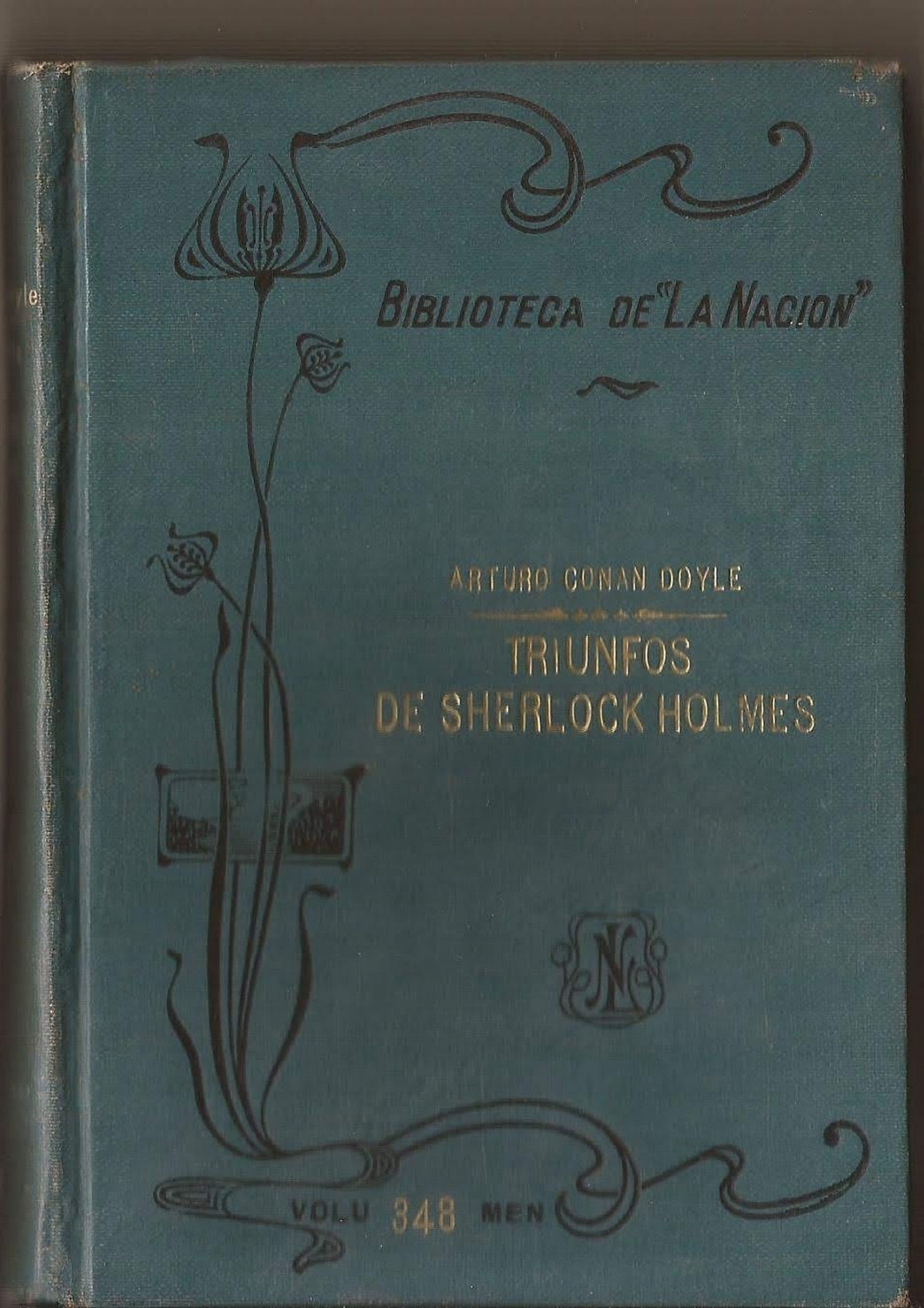

BIBLIOTECA DE "LA NACION"

ARTURO CONAN DOYLE

TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES

VOLU 348 MEN

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

A. CONAN DOYLE

TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES

BUENOS AIRES
1909

TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES

EL INTERPRETE GRIEGO

I

Mucho tiempo hacía que conocía yo á Sherlock Holmes, viviendo con él en la intimidad de una existencia común, sin que jamás le oyese hablar de su familia. No hacía nunca la menor alusión á la vida que había llevado antes de que yo le conociese.

Esta reserva extrema aumentaba aún más la extraña impresión que en mí había producido. Le miraba como un fenómeno particular ; como un ser de mucha inteligencia, pero falto de corazón, en el cual el talento había absorbido toda sensibilidad.

Su indiferencia hacia las mujeres y su aversión á las amistades nuevas, eran tan característicos en este hombre esencialmente frío, como su obstinación en no hablar nunca de su familia.

Acabé, en vista de esto, por suponer que era huérfano, sin clase alguna de parientes, y por esto me sentí sorprendido al oirle una vez hablar de «su hermano.»

Esto sucedió al finalizar un día de verano, después de tomar el té.

Nuestra conversación era algo incoherente. Del juego del *golf* habíamos pasado á hablar de las causas del cambio de la oblicuidad de la elíptica, para caer, por último, en una discusión sobre cuestiones de atavismo y de cualidades hereditarias.

Tratábamos de determinar hasta qué punto, en un individuo, puede una facultad ser atribuída á la herencia ó á la primera educación.

—Tomándoos por ejemplo—dije yo,—y con arreglo á cuanto me habéis contado, amigo Holmes, me parece evidente que vuestra facultad de observación y vuestra cualidad de deducción, son

debidas, especialmente, á un ejercicio constante y continuo.

—Hasta cierto punto nada más—contestó él con expresión pensativa.—Mis antepasados figuraban entre los más notables de su distrito y llevaron la vida propia de la clase á que pertenecían. Sin embargo, yo debo tener estas predisposiciones en la sangre ó serán heredadas. Indudablemente proceden de mi abuela, que fué hermana de Vernet, el gran pintor francés. El arte, transmitido por atavismo, puede tomar con frecuencia las formas más raras.

—¿Pero cómo sabéis vos, que esas facultades son hereditarias?...

—Porque mi hermano Mycroft las posee también, pero en más alto grado que yo.

Esto era completamente nuevo para mí. Si existía en Inglaterra otro hombre tan bien dotado como mi amigo, ¿cómo era que la policía y el público no habían oído hablar de él en alguna ocasión? Hice esta pregunta á Holmes, creyendo que, quizá por modestia, quería colocar á su hermano por encima de él. Pero Holmes sonrió simplemente, y dijo:

—Mi querido Watson : yo no pertenezco á la clase de seres que colocan la modestia en el rango de las virtudes. Para los hombres de lógica, las cosas deben verse en su punto justo de vista, y no conocerse á sí mismo en todo su valor, es una equivocación tan grave como exagerar estúpidamente los propios méritos. Cuando os afirmo que mi hermano Mycroft está mejor dotado que yo para la observación, podéis tener la certidumbre de que digo la verdad.

—¿Vuestro hermano es menor que vos?

—No ; tiene siete años más.

—¿Cómo, pues se estaciona en la sombra, puesto que su nombre no ha sonado para nada?

—Es bastante conocido en el medio en que vive.

—¿Y qué medio es ese?...

—¡Oh! El *Club de Diógenes*, por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esta sociedad, y mi semblante debió expresar inmensa extrañeza, pues Sherlock Holmes, al mismo tiempo que sacaba el reloj del bolsillo, para ver la hora, se apresuró á decirme lo siguiente :

—El *Club de Diógenes* es el más extraño

círculo de Londres, y mi hermano Mycroft uno de los individuos más originales que conozco. Todas las tardes del año está allí desde las cuatro y tres cuartos hasta las siete y cuarenta. Esta es su hora justamente—añadió, después de consultar su reloj,—y si un poco de paseo no os molesta, tendré sumo gusto en que conozcáis personalmente á ese fenómeno.

Cinco minutos después, íbamos de paseo en dirección de Regent Circus.

—Os produce asombro—me dijo mi compañero,—que Mycroft no ponga sus cualidades al servicio de la justicia para las investigaciones de ésta. Es incapaz de ello.

—Yo creía, no obstante, haberos oído decir que...

—¿Que era mi maestro en materias de observación y deducción? En efecto. Si el arte de averiguar consistiese únicamente en permanecer sentado en un sillón, siguiendo un razonamiento de un extremo á otro hasta sus últimas consecuencias, mi hermano sería entonces el policía más hábil que ha conocido la tierra. Pero le faltan por completo la ambición y la energía. Nun-

ca se toma la menor molestia por ratificar prácticamente sus descubrimientos, y prefiere suponer que se ha equivocado antes que molestarse buscando, para probar que tiene razón. Con frecuencia le he sometido un problema, y siempre me ha dado una solución, cuya exactitud ha sido comprobada por los hechos inmediatamente... Pero, no obstante esto, es incapaz absolutamente de determinar en un proceso los puntos primordiales que hay que examinar prácticamente antes de presentarlos á los jueces ó al jurado.

—¿No es, pues, su profesión la de policía aficionado?

—No ; lo que para mí constituye una carrera, es para él un capricho de aficionado. Está maravillosamente dotado para el cálculo, y ocupa un buen empleo repasando las cuentas en las oficinas del Gobierno. Mycroft vive en Pall-Mall. Todas las mañanas va á las oficinas de Whitehall, y por la tarde regresa á su domicilio. Hace muchos años que no se permite otro ejercicio físico. Sólo se le ve en el *Club de Diógenes*, situado precisamente enfrente de su casa.

—No conozco esa sociedad.

—No es raro. Pero sabed que hay en Londres muchos hombres que, por timidez ó por misantropía, no les agrada el trato de sus semejantes. Sin embargo, aman el *confort* y la lectura, y en este club encuentran un sillón cómodo, buenas revistas, diarios, etc. Por esta razón se ha fundado el *Club de Diógenes*. En la actualidad reune la condición más completa de gentes insociables y originales que puede hallarse en la ciudad. Le está prohibido á todo socio ocuparse de su vecino, excepto en la sala destinada á los visitantes. Está prohibido, asimismo, el hablar, y todas las desobediencias al reglamento, las castiga el comité con la expulsión. Mi hermano es uno de los fundadores, y cuando voy al club para verle, sufro contra mi voluntad la influencia de calma y silencio de su atmósfera.

Mientras hablábamos así, habíamos llegado á Pall-Mall por Saint James Street, y Sherlock Holmes se paró ante una puerta inmediata al Hotel Carlton. Me hizo un ademán para que guardase silencio, y me precedió, entrando en el vestíbulo.

A través de la vidriera vi un vasto y lujoso sa-

lón, en el cual muchos lectores estaban sentados cada uno en un sitio aislado. Holmes me condujo á un gabinete, cuyas ventanas daban sobre Pall-Mall, y dejándome solo algunos instantes, volvió con un hombre que no podía ser más que su hermano.

Mycroft Holmes era más alto y más vigoroso que Sherlock. Su aspecto era más imponente, pero los rasgos de su fisonomía, aunque muy acentuados, demostraban la expresión de astucia inteligente tan visible en su hermano. Sus ojos, de un gris verdoso, daban igual impresión que la mirada profunda, amplia y penetrante que yo había advertido en Sherlock los días en que todas sus facultades entraban en juego.

—Señor, tengo mucho gusto en conoceros—me dijo Mycroft, tendiéndome su mano aplastada, como la aleta natatoria de una foca.—Todo el mundo comienza á hablar de Sherlock desde que os habéis convertido en su cronista y publicáis en los periódicos la narración de sus trabajos. Y, á propósito, Sherlock. Yo esperaba leer vuestro nombre la semana pasada, con motivo del suceso de Manor-House. Suponía que, viéndoos en un aprieto, vendríais á consultarme como otras veces.

—No ; he resuelto el asunto yo solo—dijo mi amigo, sonriendo.

—Era Adams el culpable, ¿verdad?

—Sí ; era Adams.

—Me lo figuré desde el primer instante.

Los dos hermanos se sentaron juntos ante el antepecho de una ventana.

—Para el que quiera estudiar el género humano—dijo Mycroft,—no hay sitio mejor que éste. Mirad esos dos hombres que vienen por la acera. ¡Qué tipos tan notables!...

—¿El marcador de billar y el otro?—interrogó Sherlock.

—Justamente, ¿qué decís vos del otro?

Los dos hombres en cuestión se habían detenido hablando delante de la ventana. Yo no notaba en ellos otros indicios que pudieran evocar la idea del billar, que algunas manchas de tiza que se divisaban en el chaleco de uno de ellos. El otro era un individuo de poca talla, con el rostro muy moreno. Llevaba su sombrero echado atrás y varios paquetes debajo de un brazo.

—Es un antiguo soldado—dijo Sherlock.

—Sí; recientemente licenciado—advirtió su hermano.

—Ha servido en la India, por lo que veo.

—Y ha sido, sin duda, sargento.

—De artillería, supongo yo.

—Evidentemente. Y además es viudo.

—Con un niño.

—Con varios niños, querido, con varios niños.

—Basta—exclamé, interrumpiendo con una risotada á los dos hermanos.—Ya es suficiente.

—No es difícil—dijo Sherlock con sencillez,—advertir que un hombre como ese, con su aire autoritario y su tez bronceada, es un soldado y no un hombre civil: un soldado que llega de la India.

—Y que hace poco tiempo dejó el servicio—repuso Mycroft,—porque todavía lleva las botas de ordenanza. No tiene tipo de jinete, y, por consiguiente, no ha servido en la caballería, pero la piel de su frente más bronceada en un lado que en otro, manifiesta que ha llevado mucho tiempo la gorrilla inclinada de ciertos cuerpos de nuestro ejército. Su corta estatura no le permite haber

sido zapador; luego ha servido en la artillería... Además, sus vestidos de luto demuestran que ha perdido una persona allegada; probablemente su esposa, porque él mismo va á hacer sus compras, y lo que lleva en los paquetes son juguetes para niños. Mirad esa punta de biberón que asoma por un paquete; su mujer debe haber muerto de parto. El libro de estampas que lleva en la mano prueba que tiene más de un hijo.

Mi amigo me había asegurado que su hermano poseía facultades todavía más extraordinarias que las suyas, y yo empezaba á convencerme.

Holmes me dirigió una mirada y sonrió.

Mycroft tomó un pellizco de rapé de una pequeña caja de concha, y luego, con la ayuda de un ancho pañuelo de seda, sacudió el polvo de tabaco que había caído sobre sus vestidos.

—A propósito, Sherlock—exclamó.—Han venido á consultarme sobre un caso que hubiera sido de vuestro agrado; un caso en extremo original. Yo no he tenido valor de llevar su estudio á la práctica; le he examinado á la ligera, pero la base que me sirve de punto de partida me

ha proporcionado observaciones curiosísimas. Si queréis, os expondré los hechos.

—Hablad, querido Mycroft.

El hermano de Sherlock escribió algunas líneas en una hoja de su cartera; llamó á su doméstico, y le dió el papel.

—Le suplico al señor Melas que venga un instante. Vive en el piso de arriba, y me conoce hace tiempo. Por esto se ha dirigido á mí al verse en una circunstancia difícil. El señor Melas es griego, y tiene fama de lingüista notable. Gana su vida muy bien, unas veces como intérprete de los Tribunales y otras como acompañante de los orientales ricos que vienen á alojarse en los hoteles de la avenida Northumberland. Pero creo preferible que él mismo nos relate su curiosa aventura.

II

Pocos minutos después presentóse el individuo en cuestión. Era un hombrecillo algo grueso, cuya palidez aceitunada y cabellos rizosos de

un negro de carbón, demostraban su origen meridional, aunque su acento fuese el de un inglés de la más pura sangre. Al serle presentado Sherlock, el hombrecillo le saludó con un fuerte apretón de manos. Sus ojos negros brillaron de alegría cuando supo que el hombre que empezaba á ser famoso por sus hazañas y aventuras, deseaba oir su relato.

—Yo no creo—dijo,—que la policía oficial acepte como verídicas mis revelaciones, No, no lo creo. Como nunca han oído hablar de un asunto de este género, se imaginarán que el hecho no es cierto. Y lo es, ¡vaya si lo es! En cuanto á mí no descansaré hasta que sepa en qué ha venido á parar el pobre hombre que tenía la cara cubierta de tafetán engomado.

—Os escucho con la mayor atención—dijo Sherlock Holmes.

—Estamos en miércoles, ¿no es eso?—prosiguió el griego.—Pues el hecho ocurrió hace dos días, en la noche del lunes. Mi vecino, el señor Mycroft, os habrá dicho que yo soy intérprete. Conozco casi todas las lenguas del mundo; pero como soy griego, es éste el idioma

que hablo más frecuentemente. Hace muchos años que soy el primer intérprete de Londres, y mi nombre es conocido en todos los hoteles. Apenas se ven apurados en uno de ellos ante un extranjero que desconoce el inglés, no hay quien no piense en llamar al señor Melas. Por esto me sucede con frecuencia que llaman á mi puerta á horas irregulares para pedirme que preste mis servicios á extranjeros que se presentan en los hoteles á media noche. A esto se debe que no me extrañase al ver entrar en mi casa el lunes por la noche á un individuo vestido con elegancia, un tal Latimer, que me pidió le siguiese.

Un coche de alquiler nos esperaba en la puerta. Mi compañero me contó que un griego amigo suyo había ido á verle para tratar de un negocio, y como únicamente hablaba su lengua, tenía que recurrir forzosamente á un intérprete.

Me dió á entender que vivía muy lejos, más allá de Kensington, y así que descendimos á la calle, con un aire afable, me hizo entrar de prisa en el coche de alquiler. Digo coche de alquiler; pero al entrar en él me dije si no era más bien

un carruaje particular. Era más grande que los vehículos públicos, y el interior, aunque un poco viejo, estaba bien cuidado.

El señor Latimer se sentó frente á mí y partimos atravesando Charing-Cross y Shaftesburg-Avenue. Nos hallábamos ya en Oxford Street y yo hice notar que el cochero daba un extraño rodeo para ir á Kensington, cuando en el mismo instante mi acompañante se entregó á la extraña manipulación siguiente:

Empezó por sacar de su bolsillo un enorme rompecabezas de plomo y lo agitó en alto como para darse cuenta de su peso y su fuerza. Luego lo colocó sin decir una palabra al lado de él, en el cojín del asiento. Después subió los cristales de las dos portezuelas y ví con estupefacción que estaban revestidas de un papel opaco pegado al vidrio para que no pudiera percibirse nada del exterior.

—Lamento muchísimo el dejaros á obscuras, señor Melas—me dijo mi compañero;—pero tengo interés en que no conozcáis el sitio á donde os llevo. Si alguna vez llegáis á averi-

guarlo, lo sentiría por vos, pues os proporcionaría grandes disgustos.

Comprenderéis, señores míos, que estas palabras me causaron cierta emoción. Mi compañero era un joven robusto, ancho de hombros, y aunque no llevase armas, necesitaba muy poco para acabar conmigo.

—Vuestra conducta es extraordinaria, señor Latimer—le dije.—Sabed que esto que hacéis es absolutamente ilegal.

—Reconozco, efectivamente, que es arbitraria—repuso,—pero yo os indemnizaré con largueza. Solamente os advierto que si intentáis dar gritos de alarma ó pedir socorro llamaréis la desgracia sobre vuestra cabeza. Comprended que aquí, lo mismo que en mi casa, estáis por completo á merced de mi discreción.

Hablaba con cierta calma, pero acentuaba sus frases con un tono seco y amenazador. Permanecí, pues, silencioso, tratando de explicarme la causa de este extraño rapto. De todos modos yo no podía hacer resistencia alguna, y el mejor partido que me quedaba, era aguardar con paciencia el desarrollo de los acontecimientos.

Durante más de dos horas rodó el coche sin que me fuese posible ver en que dirección íbamos. Tan pronto el ruido de las ruedas sobre los adoquines me advertía que pasábamos por una calle antigua, como un sonido sordo me hacía adivinar el asfalto. Pero aparte de esto, nada podía demostrarme el sitio donde nos hallábamos. El papel pegado á los vidrios no dejaba penetrar ningún rayo de luz. Los cristales de delante estaban cubiertos por una cortina azul. Habíamos salido de Pall-Mall á las siete y cuarto, y mi reloj marcaba las nueve menos diez minutos, cuando por fin se paró el coche.

Mi acompañante bajó uno de los cristales y vi confusamente una puerta cochera baja, y abovedada, sin más luz que la de una linterna. Descendí del carruaje, se abrió la puerta, y al entrar sentí la impresión de que estaba en una casa de campo enteramente aislada. El interior estaba alumbrado por un mechero de gas con un globo de color, cuya claridad ténue y difusa me permitió apenas ver que el vestíbulo no era muy grande y estaba adornado con cuadros. En esta media luz vi que el individuo que había abierto

la puerta era un hombre delgado, de poca talla, de mediana edad y algo cargado de espaldas. Cuando se dirigió hacia nosotros, la luz le dió de lleno. Entonces vi que llevaba anteojos.

—El señor, ¿es el intérprete Melas, amigo Haroldo?—interrogó mi acompañante.

—Sí.

—Bravo ; muy bien. No estaréis enfadado con con nosotros, ¿no es verdad? Teníamos absoluta necesidad de vos. Si os conducís bien no tendréis motivo para lamentaros, pero si pretendéis hacernos daño... ¡ojo con vuestra piel!

Aquel individuo hablaba con un tono nervioso, agitado, riendo entre palabra y palabra, y me impresionó más que el otro.

—¿Qué deseáis de mí?—pregunté.

—Solamente deseamos que hagáis algunas preguntas á un griego que vive con nosotros y que nos transmitáis fielmente sus contestaciones. Pero si le preguntáis alguna cosa diferente de la que nosotros os dictaremos (y aquí volvió á sonreir con fiereza), ¡más os valdría no haber nacido!

Después de esto, abrió una puerta y me hizo

entrar en un salón que estaba lujosamente amueblado. Lo mismo que el vestíbulo, esta pieza sólo estaba alumbrada por un mechero de gas á medio cerrar.

La habitación era grande y la alfombra muy mullida. Vi vagamente varios sillones de terciopelo, una alta chimenea de mármol blanco, y en un rincón una cosa que me pareció una armadura japonesa. Precisamente debajo del mechero de gas, había una silla que parecía preparada de antemano y en la cual me hizo sentar el más viejo de los dos hombres.

El joven se retiró, pero regresó á los pocos momentos por una puerta distinta, llevando del brazo á un hombre, sin otro traje que una bata. Este avanzó pausadamente y con paso débil hacia nosotros.

Cuando llegó al círculo de luz difusa pude verle mejor y experimenté extraña sensación. Tenía una palidez mortal y estaba terriblemente enflaquecido. Sus ojos, profundos y brillantes, delataban al hombre desfallecido que se sostiene únicamente por la fuerza de sus nervios.

Pero lo que me sobrecogió más, fué su rostro

ridículamente desfigurado por varias tiras de tafetán engomado del que se emplea para curar las heridas. Hasta su boca estaba cerrada enteramente por una banda del mismo tafetán.

—¿Tenéis ahí la pizarra, Haroldo?—dijo el más viejo de los dos hombres, en tanto que el extraño individuo se desplomaba, más bien que sentaba, en un sillón.

El llamado Haroldo obedecía todas las órdenes de su compañero.

—¿Tiene las manos libres?—continuó éste.

—Perfectamente ; dadle la tiza para que escriba las contestaciones. Vos, señor Melas, le haréis en griego las preguntas que yo os diga, y él responderá trazando las respuestas en la pizarra. ¿Estamos?... Empezad por preguntarle si se halla dispuesto á firmar los papeles.

Le hice la pregunta en griego y los ojos del hombre centellearon, contrayendo su boca obstruída por el tafetán.

—Jamás—escribió en griego sobre la pizarra.

—¿A ningún precio?—interrogué yo obedeciendo la orden de nuestro tirano.

—Unicamente—escribió—en el caso de verla

casada en mi presencia por un sacerdote griego que conozco.

El hombre viejo rió con una expresión de maldad.

—Preguntadle si sabe lo que le espera.

—Todo me es igual—escribió en la pizarra.

Tales fueron las primeras preguntas y contestaciones de esta conversación, medio hablada y medio escrita.

Obedeciendo á mis opresores, tuve que preguntarle repetidas veces si *firmaba los papeles*, y él se negó, con creciente indignación en el gesto al escribir sus respuestas.

Una idea luminosa surgió en mi cerebro. Para aclarar aquel misterio intenté añadir, á las preguntas que me dictaban, algunas palabras mías.

Primero le hice preguntas insignificantes para tantear el terreno y darme cuenta de si las gentes que me rodeaban podían notar que yo decía más cosas que las dictadas por ellos. Cuando vi que no se marcaba en su semblante señal alguna de inquietud, me lancé á un juego más peligroso, y he aquí, en pocas palabras, el resumen de nuestra conversación, que fué doble ; una par-

te para nuestros tiranos y otra para conocer yo quién era la víctima.

—No ganaréis nada negándoos á firmar. *¿Quién sois vos?*

—Poco importa. *Soy un extranjero y desconozco Londres.*

—Os causará desgracia esa negativa, *¿Cuánto tiempo estáis aquí?*

—No cederé. *Hace tres semanas.*

—Debéis entregar lo que os piden. *¿De qué sufrís?*

—Nunca cederé á esos bandidos. *Me matan lentamente de hambre.*

—Si firmáis os dejarán en libertad. *¿De quién es esta casa?*

—No firmaré jamás. *No lo sé.*

—Vos no le hacéis favor alguno con esta negativa. *¿Qué apellido es el vuestro?*

—Que ella misma me lo diga. *Me llaman Eratides.*

—Si firmáis la veréis pronto. *¿De dónde sois?*

—Pues entonces no la veré nunca. *Soy de Atenas.*

Cinco minutos más de conversación, señor

Holmes, y hubiera yo descubierto toda la historia en las mismísimas barbas de aquellos miserables que me escuchaban sin comprenderme. Una pregunta más y conocía todo el secreto pero en el preciso instante que iba á formularla, se abrió la puerta dando paso á una mujer.

Todo lo que pude distinguir en la semiclaridad que nos circundaba, fué que era de alta estatura y de porte gracioso. Sus cabellos me parecieron negros y creo que usaba un vestido blanco muy amplio y flotante.

—Haroldo—dijo ella hablando en inglés con un acento detestable.—No puedo estar más tiempo lejos de vos. ¡Estoy tan sola allá arriba!... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si es Pablo!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en griego, y en el mismo momento el hombre exangüe, con un ademán convulsivo, arrancó el tafetán de sus labios, arrojándose en los brazos de aquella mujer.

—¡Sofía! ¡Sofía!—prorrumpió.

Su abrazo sólo duró un instante, pues el más joven de los dos hombres cogió á la mujer, tirando de ella hasta sacarla de la estancia, mientras

que el otro, apoderándose de la víctima, reducida al estado de esqueleto, le hacía salir brutalmente por otra puerta.

Quedé sólo en la habitación, é iba ya á aprovechar este instante de calma para darme cuenta de lo que pasaba en aquella casa y de su situación topográfica, cuando, por fortuna para mí, antes de hacer nada miré con atención á los rincones del salón, envueltos en la sombra, y vi al más viejo de mis dos tiranos que me espiaba desde una puerta, con ojos terribles.

—Hemos concluido, señor Melas—me dijo avanzando.—Ya habéis visto que os hemos confiado secretos de un carácter muy íntimo. Seguramente que no os hubiéramos molestado si un amigo nuestro que habla griego, y que es el que empezó las negociaciones, no se hubiese visto obligado á volver á Oriente. Nos hacía falta, indispensablemente, uno que le reemplazase, y hemos tenido la suerte de oir hablar de vos como persona muy competente.

Yo me incliné ante el elogio.

—Espero que os dignaréis aceptar, por este servicio, cinco libras esterlinas. Pero no olvi-

déis—continuó con su risa siniestra acompañada de un ligero golpe sobre mi pecho—que si habláis á alguien en el mundo de lo que ha pasado aquí, tendréis mucho que sentir.

No hallo palabras para expresaros el horror y la repulsión que me inspiraba este hombre, no obstante lo vulgar de su aspecto. La luz del gas, que en este instante le iluminaba directamente, me permitió estudiarle mejor. Tenía las facciones angulosas y la piel amarillenta. Su barba rala, cortada en punta, parecía de cáñamo. Avanzaba su cabeza al hablarme ; sus labios y sus párpados estaban agitados por un temblor continuo, como si se hallase atacado de lo que llaman el baile de San Vito. Tuve la impresión entonces de que su risa horripilante era el síntoma de una enfermedad nerviosa. Pero lo que daba á su rostro un aspecto más repugnante eran sus ojos ; unos ojos de un gris acerado que brillaban tras las gafas, leyéndose en ellos una crueldad feroz.

—Nosotros—prosiguió—sabremos inmediatamente si habláis á alguien de lo que habéis visto. Tenemos nuestra policía secreta en todas par-

tes. ¡Con que ojo! El carruaje aguarda y mi amigo os conducirá por buen camino.

Me empujaron, más bien que condujeron, á través del vestíbulo, y al ascender al carruaje, creí ver árboles y un jardín.

El llamado Latimer venía como quien dice pisándome los talones, y se sentó en el coche frente á mí sin emitir una palabra. Los cristales seguían levantados y opacos por el papel pegado. Los caballos salieron al trote, y ya no nos paramos hasta media noche.

—Bajad aquí, señor Melas—dijo mi acompañante rompiendo su largo silencio. — Mucho siento dejaros tan lejos de vuestra casa; pero no puedo hacer otra cosa... ¡Ah! No caigáis en la tentación de intentar seguir al carruaje: pronto os arrepentiríais de ello.

Mientras decía esto abrió la portezuela. Apenas tuve tiempo de saltar á tierra, pues inmediatamente el cochero fustigó los caballos y éstos salieron á escape, perdiéndose el coche en la obscuridad.

Miré á mi alrededor y me vi en un terreno yermo, cubierto de malezas, orlado á lo lejos por

algunos árboles de escaso follaje. En el fondo, una línea de casas marcaba, sobre su masa sombría, las líneas de luz de algunas ventanas entreabiertas. Al otro lado divisé el fanal rojo de señales de una vía férrea.

Permanecí inmóvil y desorientado preguntándome dónde podría hallarme, cuando vi en la obscuridad un hombre que venía hacia mí. Reconocí en él á un factor de estación ferroviaria.

—¿Podéis decirme dónde estoy?—interrogué.

—En los terrenos comunales de Wandsworth —me dijo.

—¿Hay algún tren que pueda conducirme á Londres?

—Si no teméis hacer una milla á pie hasta Clamham Junction, es probable que podáis alcanzar el último tren que va á Londres, estación Victoria.

Así concluyó mi aventura, señor Holmes. Ignoro á dónde fuí y con quién hablé. Sólo sé lo que os he relatado. Pero estoy seguro de que he visto de cerca un drama misterioso y horrible, y yo desearía auxiliar, fuese como fuese, á ese

desgraciado. Al día siguiente conté todo el suceso al señor Mycroft Holmes, y luego á la policía, que me ha hecho poco caso.

III

Permanecimos algunos instantes silenciosos después de esta interesante narración.

Sherlock Holmes fué el primero en romper el silencio, dirigiéndose á su hermano :

—¿Veis en este asunto alguna pista?—interrogó.

Mycroft, por toda contestación, tomó el *Daily News* que estaba en un extremo de la mesa y leyó :

«Se gratificará á todo aquel que dé noticias de »un griego de Atenas, apellidado Eratides, que »no conoce el inglés. Igualmente se recompen»sará al que descubra á una dama griega cuyo »nombre es Sofía. Dirigirse á X. 2.473.»

—Este anuncio—prosiguió Microft,—ha aparecido en todos los periódicos sin obtener respuesta.

—¿Qué dicen en la legación de Grecia?—preguntó Sherlock á su hermano.

—He estado en ella y no me han podido dar informe alguno.

—Entonces es necesario telegrafiar al jefe de policía de Atenas.

—Sherlock es el grande hombre de la familia —dijo Mycroft dirigiéndose á mí.—Que él tome el asunto con interés y pronto veremos los resultados.

—Conforme—dijo Sherlock levantándose.—El señor Melas será informado pronto de algo nuevo. Entretanto vivid prevenido. Esas gentes saben ya á estas horas, por el anuncio, que les habéis hecho traición.

Al volver á nuestra casa, Sherlock entró en una oficina de correos para poner varios telegramas.

—Ya veis Watson—me dijo—que no hemos perdido el tiempo al visitar á mi hermano. Por mediación suya he tenido varios asuntos inte-

resantes, pero este es uno de los que apasionan por lo misterioso.

—¿Pensáis aclararlo pronto?

—No lo sé; está todavía muy obscuro. Pero vos habréis podido formaros una idea clara de la situación, únicamente con tomar por base los hechos expuestos.

—¡Oh! Una idea muy vaga.

—Decidla sin miedo.

—Yo creo certísimo que la joven griega ha sido raptada por ese inglés llamado Haroldo Latimer.

—¿Raptada en dónde?

—En Atenas quizá.

Sherlock movió la cabeza con ademán negativo.

—El joven no sabe una palabra de griego, y la joven habla el inglés bastante bien. Esto prueba que ella ha vivido algún tiempo en Inglaterra, mientras que él nunca ha estado en Grecia.

—Bien. Admitamos que ella vino á Inglaterra y que aquí fué donde Haroldo le persuadió á que huyese con él.

—Esta solución es la más probable.

—Y su hermano—proseguí yo,—pues supongo que el prisionero es su hermano, habrá llegado de Grecia para mezclarse en el asunto. Imprudentemente se puso entre las manos del joven y de su cómplice el viejo. Los dos hombres se han apoderado de él y usan de la violencia para obligarle á firmar unos papeles que les proporcionarían la fortuna de la joven. El hermano es, indudablemente, su tutor y se niega á firmar. Para entenderse con él les hacía falta un intérprete y se dirigieron al señor Melas, que, por ser conocido, fué el primero que encontraron á mano. La joven no sabía nada de la llegada de su hermano á Londres, y únicamente por un azar se enteró en presencia del intérprete.

—Muy bien, Watson. Adelantáis mucho en la ciencia de la deducción. Estáis muy cerca de la verdad. Ya veis que tenemos en la mano todos los hilos de la trama. Ahora lo que hay que impedir es que, creyéndose en peligro, se entreguen á violencias con la infeliz víctima. Pero creo que antes que esto ocurra tendremos tiempo de cogerles.

—Así sea. Pero decidme: ¿cómo pensáis descubrir su guarida en una ciudad tan inmensa como Londres?...

—Si no me equivoco en mis conjeturas, y suponiendo que el nombre de la joven sea Sofía Eratides, hallaremos fácilmente su rastro. Ella es nuestra única esperanza, pues el hermano no ha vivido nunca en Londres. Sin duda alguna habrán transcurido algunas semanas desde que ese Haroldo empezó sus relaciones con la joven, pues solamente así es posible que el hermano se enterase de todo allá en Grecia y emprendiese el viaje á Inglaterra. Si Sofía ha vivido en Londres algún tiempo, los anuncios de Mycroft en los periódicos no dejarán de tener alguna respuesta.

Hablando así Sherlock y yo, habíamos llegado á nuestra casa. Holmes entró el primero, subió la escalera y no pudo contener una exclamación de sorpresa al abrir la puerta de nuestro salón. Yo no me sentí menos emocionado al divisar por encima de uno de sus hombros á Mycroft, sentado en un sillón con un cigarro en la boca.

IV

—Entrad, Sherlock; entrad, amigo Watson —dijo con tono amable, ríendo de nuestro asombro.—Os extraña este esfuerzo de mi parte, ¿no es cierto Sherlock?... Pero os confieso que este asunto me interesa mucho.

—¿Cómo habéis venido?

—En carruaje y á todo escape. Vosotros habréis venido á pie, seguramente.

—¿Hay algo de nuevo?

—Acabo de recibir una respuesta á mis anuncios.

—¡Ah!

—Sí; la he recibido pocos instantes después de vuestra marcha.

—¿Y qué dice?

Mycroft Holmes extrajo de su bolsillo una hoja de papel.

—Hela aquí. La carta está escrita en papel fino por un hombre de mediana edad y de constitución delicada. Esto se conoce en seguida. Dice así : «Señor : Contestando á vuestro anun-»cio, tengo el honor de participaros que conozco »perfectamente á la joven en cuestión. Si deseáis »tomaros el trabajo de pasar por esta vuestra »casa, tendré mucho gusto en daros algunos de-»talles sobre la historia lamentable de esa joven. »Ella vive en la casa llamada de los Mirtos, en »Beckenham. Vuestro afectísimo servidor.— »*J. Davenport.*»

—Es de Lowes Briston de donde envían esta carta—continuó Mycroft.—¿No creéis, Sherlock, que haríamos bien tomando un coche inmediatamente para ir á preguntar á este señor que me escribe?...

—Querido Mycroft—dijo Holmes.—La vida del hermano es más interesante y preciosa que la historia de la hermana. Lo que debemos hacer es ir á Scotlan Yard para que el inspector Gregson venga con nosotros á Beckenham. Sabemos que hay allí un hombre en peligro de muerte y no debemos perder un minuto.

—También será conveniente llamar al señor Melas para que venga con nosotros—dije yo.—Es probable que tengamos necesidad de un intérprete.

—Perfectamente—dijo Holmes.—Mandad al doméstico á buscar un coche.

A continuación le vi abrir el cajón de su mesa y guardarse en el bolsillo un revólver.

—Sí—dijo al ver que me había fijado en su precaución.—Me temo que vamos á habérnoslas con una banda de gente peligrosa ; verdaderos bandidos.

V.

Era ya tarde cuando llegamos á la casa del señor Melas, en Pall-Mall. La criada nos dijo que un señor había llegado instantes antes en busca del intérprete, llevándoselo con él.

—¿Podéis decirnos á dónde?—interrogó Mycroft Holmes.

—Lo ignoro, señor—dijo la mujer.—Todo lo que puedo decir es que se fué en carruaje con ese caballero.

—¿Y el señor dió su nombre?

—No lo sé.

—¿No era un joven moreno, fuerte, vestido elegantemente?

—No, señor. Era un hombre pequeño, con la cara enjuta y llevaba anteojos. Tenía el aire muy jovial y reía sin cesar.

—Vamos aprisa—gritó Sherlock Holmes.—Esto se pone serio.

Y mientras nuestro carruaje marchaba hacia Scotland Yard, añadió Holmes:

—Esas gentes han echado su garra sobre el pobre Melas, indudablemente al enterarse por los anuncios de que les ha hecho traición. Ese miserable le habrá aterrorizado al avistarse con él obligándole á seguirle. Seguramente necesitan otra vez de sus servicios; pero es probable que luego se libren de una nueva indiscreción de su parte, matándole.

Esperábamos tomar el tren en seguida, llegando á Beckenham cuanto antes; pero en las

oficinas de Scotland Yard perdimos más de una hora buscando al inspector Gregson y esperando la autorización necesaria para entrar en la casa.

Eran las diez menos cuarto cuando llegamos á London Bridge. Tres cuartos de hora después descendíamos en la estación de Beckenham, situada á una media milla de la casa de los Mirtos. Un coche nos condujo á ella. Era una casa grande y sombría, situada á alguna distancia del camino en medio de un jardín.

Abandonamos el coche en la carretera y seguimos la avenida que conducía á la casa.

—Las ventanas no están iluminadas—advirtió el inspector.—La casa parece desierta, pero no lo sabemos con certeza.

—Los pájaros han volado; el nido está vacío —aseguró resueltamente Holmes.

—¿Cómo lo sabéis?—dijo el inspector.

—No hace más que una hora que un carruaje cargado de bagajes muy pesados ha pasado por aquí.

El inspector sonrió.

—Ya me he fijado—dijo—á la luz del farol que

hay junto á la verja, en los relejes que han marcado las ruedas en el suelo. ¿Pero de dónde deducís vos esos bagajes? ¿En qué lo habéis conocido?

—Mirad—dijo Holmes ;—estas huellas de rueda poco perceptibles. Son las de un carruaje que llega á la casa. Estas otras más profundas son las del mismo carruaje al marchar : de lo que deduzco que el vehículo llevaba un pesado cargamento.

—Eso es muy sutil para aceptarlo de buenas á primeras—dijo el inspector moviendo indiferentemente los hombros.

Luego, fijándose en la puerta, añadió :

—No es fácil forzar la cerradura. Vamos á ver si contestan.

Y golpeó con violencia el aldabón. Después exigió á gritos que abriesen en nombre de la ley.

Holmes, entretanto, se había alejado convencido de la inutilidad de estos actos. Poco después volvió.

—Acabo de forzar una ventana—dijo con la mayor naturalidad.

—Señor Holmes : es una fortuna para la policía que estéis de su parte y no contra ella—dijo el inspector asombrado de la facilidad con que Holmes había forzado el cierre de la ventana.

—En estas circunstancias—continuó el policía—debemos entrar en la casa sin más miramientos.

Uno tras otro saltamos la ventana penetrando en un salón que era seguramente el mismo en que el señor Melas había sido introducido la noche de su visita forzosa.

El inspector encendió su linterna, y á su luz vimos las dos puertas, el mechero de gas, la chimenea blanca y la armadura japonesa, todo como nos la había descrito el intérprete. Sobre la mesa divisamos dos vasos, una botella vacía, que había contenido cognac, y los restos de una cena.

—¿Qué es eso—interrogó de pronto Holmes en actitud de escuchar.

Todos le imitamos silenciosos.

Era un grito sordo, un lamento que parecía emitirse por encima de nuestras cabezas.

Holmes se precipitó en el vestíbulo y todos le seguimos.

Una vez allí volvimos á escuchar. El lúgubre quejido procedía del piso superior.

Sherlock lanzóse con ímpetu escalera arriba, y el inspector y yo le seguimos con no menos rapidez. Mycroft venía tras nuestros pasos con la lentitud propia de su carácter flemático.

Subimos hasta el segundo piso y penetramos en un corredor al que daban tres puertas. De la puerta central era de donde partían los siniestros lamentos. Un sordo murmullo alternaba con un gemido agudo.

La puerta se hallaba cerrada, pero la llave permanecía puesta en la parte exterior.

Holmes abrió violentamente, entró en la estancia y volvió á salir, llevándose la mano á la garganta.

—La habitación está llena de humo—gritó. —Aguardad un poco ó caeréis asfixiados.

Mirando con atención á través del humo infecto, vimos, en medio de la habitación, una llama azulada que oscilaba sobre un brasero en figura de trípode.

Esta luz siniestra y débil era la única que alumbraba la estancia. Proyectaba sobre el suelo un círculo de claridad lívida. Más allá de ésta, en las densas sombras, vislumbramos vagamente dos siluetas tendidas en el suelo contra el muro.

Por la puerta abierta se escapaba un hedor que oprimía nuestras gargantas.

Holmes se precipitó hacia el descanso de la escalera y allí permaneció algunos momentos, aspirando con avidez el aire puro.

Luego volvió á meterse en la habitación, tapándose la boca para defenderse de aquella atmósfera malsana.

Abrió una ventana, y cogiendo el trípode de bronce con su brasero, lo arrojó al jardín.

—Podréis entrar dentro de un momento—dijo al volver al corredor, aspirando de nuevo con avidez el aire.

—Nos hace falta una bujía—continuó—pero es imposible hacer luz en esa atmósfera. Encended un fósforo aquí en el corredor Mycroft ; nosotros vamos á sacar á esos infelices.

Entramos en la habitación para socorrer á las dos víctimas de la asfixia.

Uno de los cuerpos (el del griego) fué trans-

portado fácilmente. En su extremada delgadez parecía una pluma por lo ligero.

El otro, ó sea el del intérprete, era más pesado por su obesidad.

Colocamos los dos cuerpos sobre el entarimado del pasillo.

Tenían los labios azulados, la cara hinchada congestionada y habían perdido el conocimiento.

Varias veces nos inclinamos sobre sus bocas para cerciorarnos de si respiraban todavía.

Sus facciones, ahora inmóviles, estaban de tal modo desfiguradas por los gestos convulsivos y las torturas de la asfixia, que tardamos mucho en reconocer el semblante del señor Melas.

Parecía imposible que aquel cuerpo inerte, tendido á nuestros pies, fuese el del intérprete griego, hablador y expresivo, con el que habíamos conversado horas antes en el *Club de Diógenes*.

Su obesidad, la espesa barba negra y sus cabellos ensortijados eran los únicos detalles por los cuales podía identificarse su persona.

Las manos y los pies estaban fuertemente atados.

Al examinarle de cerca, vimos que presentaba encima del ojo izquierdo, la señal de un golpe violento.

El otro hombre, tendido junto á nuestros pies, era de alta estatura; pero, como ya he dicho, parecía estar en el último grado del enflaquecimiento.

Ligado y agarrotado como su compañero, tenía sobre el rostro varias bandas de tafetán engomado que le desfiguraban grotescamente.

Cuando le depositamos en el suelo cesó de gemir, y un estremecimiento agitó su cuerpo débil.

Comprendí al instante que habíamos llegado demasiado tarde para salvarle.

El pobre mártir acababa de fallecer.

En cuanto al señor Melas, nos dimos cuenta de que aún respiraba.

Empleamos más de una hora en hacerle volver á la vida.

Sherlock, que había desaparecido, nos trajo una botella de aguardiente y un poco de amoniaco, y con esto conseguí devolver el conocimiento al infeliz intérprete.

Cuando abrió los ojos no pareció reconocernos. Podía alabarme de haberlo devuelto á la vida.

Tardó mucho tiempo en darse cuenta del sitio donde estaba y coordinar sus pensamientos. Por fin, débilmente, con grandes pausas de fatiga, pudo contarnos lo que le había sucedido.

Su relato nada tuvo de extraordinario. Fué una corroboración de lo que nosotros habíamos supuesto.

Al volver á su habitación, después de la entrevista en el *Club de Diógenes*, se disponía á quedarse en traje de casa (pues por las advertencias de Sherlock temía salir de noche), cuando su criada le anunció una visita.

Un señor entró en su gabinete sin aguardar el permiso.

—Era *él*—nos dijo con acento de terror el intérprete,—era *él;* no Latimier, sino el otro, el hombre viejo de las gafas, ese cuya risa todavía parece que estoy oyendo y que me estremece de miedo.

La criada salió al ver que su señor no protestaba ante el visitante, y lo primero que hizo éste

fué sacar un rompecabezas de uno de sus bolsillos.

—Os necesito otra vez ¡ jé, jé, jé ! Venid conmigo al instante.

Y reía moviendo su rompecabezas de tal modo, que el intérprete se vió amenazado de una muerte instantánea si no obedecía en seguida. Un grito, un simple ademán de defensa, y aquel bandido de mirada fría y risa sardónica, le tendería á sus pies antes de que nadie acudiese en su socorro.

Por segunda vez se dejó secuestrar.

El efecto que aquel miserable ejercía sobre el pobre intérprete equivalía á una sugestión magnética. No podía hablar de él sin ponerse lívido y temblar con todos sus miembros. Creía estar oyendo siempre su risa infernal.

El terrible viejo le había llevado á Beckenham en el mismo coche de la vez anterior.

Al llegar allí le habían presentado nuevamente al infeliz ateniense hambriento y desfallecido, haciéndole servir de intérprete en una entrevista más dramática que la primera.

En el transcurso de esta entrevista los dos in-

gleses habían amenazado á su prisionero con la muerte inmediata si no se sometía á sus exigencias.

El griego, no obstante su debilidad, les había hecho frente, escribiendo imperturbable en la pizarra sus negativas rotundas.

El llamado Haroldo había conducido entonces á la víctima á su encierro, y Melas se había quedado solo con su terrible guardián, que reía con expresión terrible.

—¡Jé, jé! ¿Con que nos habéis traicionado? ¿Con que habéis ido contando lo que hacemos en esta casa?...

Le enseñaba con expresión amenazadora un recorte de periódico: el anuncio que había publicado Mycroft Holmes.

—Tomad, para que aprendáis á ser discreto.

Y con el rompecabezas le dió un fuerte golpe sobre los ojos, que derribó sin conocimiento al intérprete.

El desgraciado ignoraba lo que había sucedido después. Permaneció en un estado de insensibilidad hasta que le hallamos en la habitación del segundo piso próximo á morir de asfixia.

Indudablemente, aquel bandido viejo, antes de abandonar la casa con su compañero llevándose á la griega, había atado el cuerpo del intérprete lo mismo que el de Eratides, y los había encerrado en el piso alto cerrando herméticamente la puerta y la ventana y encendiendo un brasero para que muriesen asfixiados.

VI

Tal fué la extraña aventura del intérprete griego; aventura que cayó en un misterio profundo.

Sherlock y yo fuimos á ver al individuo que había contestado al anuncio de Mycroft, y que decía conocer á la griega y su desgraciado hermano.

Según nos dijo el buen señor, la joven llamada Sofía Eratides pertenecía á una rica familia de Atenas.

Venida á Inglaterra para pasar una temporada en casa de unos amigos, había conocido á un joven llamado Haroldo Latimer, de agradable y elegante presencia, pero con un pasado muy dudoso.

Era un jugador arruinado que sintió mucho interés por la griega al saber que poseía riquezas.

Hombre malicioso y muy experto en amores, empezó á mostrarse sentimental hasta trastornar el cerebro de la joven ; y tal fué la influencia que llegó á ejercer sobre la griega, que decidió á ésta á que huyese con él.

Entonces la familia con la que vivía la joven, escandalizada por la fuga de ésta y deseando librarse de toda responsabilidad, telegrafió á su hermano Pablo Eratides que había permanecido en Atenas.

Latimier y su socio, enterados no se sabe cómo, de que Eratides iba á llegar á Londres, le aguardaron. El pobre griego, ignorante de nuestro idioma y sin amigos, se había entregado á aquellos dos bandidos que se decían amigos suyos y le prometieron llevarle á donde se hallaba su hermana.

El socio de Latimer, un tal Wilson Kemp, sujeto de malos antecedentes, que había ya cumplido una condena en presidio, era el director del asunto. El había alquilado la casa de los Mirtos para que Haroldo la habitase con la griega y él fué quien atrajo á Eratides hasta dejarle prisionero en aquella mansión aislada.

Los dos compadres, que por desconocer el griego se valieron de otro bandido que lo conocía, intentaron obligar á Eratides á que firmase unos documentos en los cuales legaba toda la fortuna de su hermana.

El primer intérprete tuvo que huir de Londres temiendo á la policía por otro asunto, y entonces fué cuando llamaron al señor Melas.

Maltrataban al pobre Eratides para hacerle ceder ; le atormentaban por medio del hambre, pero el griego se mantuvo inquebrantable, no queriendo firmar la renuncia de su tutela sobre la hermana, comprendiendo que los bienes de ésta caerían en seguida en manos de los bandidos.

Para evitar el peligro de que pudiese reconocerle alguien entrando de pronto en la casa, y

para que el intérprete no llegara á fijarse en sus facciones, le habían desfigurado con aquellas tiras de tafetán que le daban un aspecto grotesco.

Aunque la joven habitaba la misma casa, Haroldo procuraba evitar que descendiese al piso bajo, manteniéndole siempre en los pisos superiores y rodeándole de las tentaciones de un amor falso.

La noche que Sofía bajó inesperadamente al salón del piso inferior, un instinto femenil le hizo reconocer á su hermano, apenas le vió, á pesar de aquellas tiras grotescas que le desfiguraban.

Su sorpresa fué inmensa al ver á Pablo Eratides, á quien suponía en Atenas, con aquel aspecto de moribundo.

Pero inútilmente protestó; ella era también una prisionera, y Haroldo, con sus falsas caricias, y su compañero, con su risa feroz, la tenían en una esclavitud degradante.

Le era imposible reclamar auxilio alguno exterior. En la casa no había otra servidumbre que el cochero y su mujer, y este matrimonio era una pareja despreciable, de malos antecedentes,

que estaba por completo á las órdenes de Wilson Kemp.

Al convencerse los dos socios, después de la última entrevista con el prisionero, de que éste no firmaría nunca, habían adoptado una resolución. El anuncio leído en los periódicos les hizo presentir que alguien, más listo que Melas, conocía ya el asunto y trabajaba para cogerles. La indiscreción del intérprete les hacía temer de un instante á otro la llegada de la policía.

Los dos miserables abandonaron la casa que habían alquilado con sus muebles, llevándose prisionera á Sofía. El matrimonio de servidores les siguió en su huida.

Wilson Kemp, antes de huir, quiso vengarse del intérprete indiscreto, haciéndole correr la misma suerte que al griego moribundo que había osado negarse á sus exigencias, y les preparó la muerte por asfixia.

Sherlock Holmes estaba furioso al ver que los bandidos habían huido para ocultarse Dios sabe donde (seguramente fuera de Inglaterra), y que sería imposible dar con ellos.

Presentándonos una hora antes, aquellos canallas habrían caido en nuestras manos.

De no habernos entretenido en la oficina central de policía, hubiéramos llegado á tiempo.

VII

Algunos meses después, al leer Sherlock los periódicos de la mañana, prorrumpió un grito de sorpresa al mismo tiempo que me señalaba el principio de una columna.

Lo que causaba su asombro era un telegrama de Budapest.

El despacho relataba la muerte trágica de dos ingleses que viajaban con una mujer, viviendo alegremente y gastando mucho como si poseyeran una gran fortuna.

Los dos habían aparecido en una habitación del hotel cosidos á puñaladas.

La policía austriaca, según decía el despacho,

tenía la certidumbre de que se habían matado los dos en una riña encarnizada, después de una discusión.

Sherlock movió la cabeza sonriendo al leer por segunda vez las afirmaciones de los austriacos.

—Si pudiésemos hallar á aquella joven griega—me dijo—sería curioso el relato de cómo se ha vengado de los ultrajes sufridos y del martirio de su desgraciado hermano.

Después su cara adoptó un gesto triste. Creía haber sido herido su amor propio por el hecho de haber llegado tarde en aquella aventura del intérprete griego.

—Me entristece como un remordimiento, querido Watson, el no haber atrapado á aquellos bandidos. Pero en fin, aunque algo tarde, han hallado su castigo ; y yo tendré ocasión de mostrarme más afortunado en otras aventuras y vos podréis relatarlas al público, querido doctor.

LOS TRES ESTUDIANTES

Durante el año 1886, y á consecuencia de varias circunstancias que creo innecesario decir ahora, tuvimos Holmes y yo que pasar algunas semanas en cierta capital donde existe una importante Universidad. Allí fuimos actores de una aventura bastante extraña, y á pesar de que tengo autorización para contarla, he de hacerlo con las mayores reservas, porque si llegara á saberse quiénes eran las personas que mediaron en este asunto, sería causa de gran escándalo. Esta necesaria discreción ha estado á punto de obligarme á callar en absoluto, á no ser porque en esta ocasión, como en ninguna, mi héroe de-

mostró su talento y sus maravillosas facultades de observador.

Hechas estas observaciones comenzaré la narración con la seguridad de que bajo los nombres supuestos que empleo, no adivinaréis los verdaderos.

Vivíamos Sherlock Holmes y yo en una casa próxima de una librería, donde mi amigo pasaba muchas horas hojeando pergaminos y códices de la Edad Media. Era su pasión favorita y aquellos estudios le sirvieron para salir airoso de una aventura que contaré algún día.

Una tarde, casi anochecido, recibimos la visita del señor Hilton Soames, antiguo amigo nuestro y profesor del Colegio de Saint-Suc. El señor Soames era un hombre delgado y de alta estatura. Venía de tal modo convulso y agitado, que, á pesar de ser muy nervioso, comprendí que debía sucederle algo muy extraordinario.

—Espero, señor Holmes—dijo al entrar,—que tendréis la bondad de escucharme unos segundos. Acudo á vos lleno de esperanza ; únicamente vos podéis aclarar el misterio y descubrir lo que ha pasado hace un momento en el colegio.

—Lo siento mucho—contestó Holmes con sequedad,—pero ahora estoy ocupadísimo y os agradecería que diérais parte al juez.

—No, por Dios. De ninguna manera. Se sabe donde comienza la acción judicial, pero se ignora donde termina. Además, se trata de un asunto de tal índole, que debemos evitar el escándalo. Vuestra discreción iguala á vuestro talento... Yo os ruego, querido Holmes, que me atendáis.

Mi amigo se encogió de hombros sin contestar. Entonces Soames aprovechó aquel tácito consentimiento y comenzó á hablar apresuradamente.

—Ante todo, debo deciros, señor Holmes, que mañana se celebran las oposiciones para la pensión Fortescue. Yo soy uno de los examinadores y estoy encargado de la asignatura del griego. He ordenado imprimir el tema y hemos procurado que permanezca en el mayor secreto ; pues de conocerse antes de tiempo, facilitaría mucho la traducción á los opositores.

Hoy, á las tres, recibí las pruebas, y me puse á corregirlas con cuidado. A las cuatro y media

todavía me faltaba más de la mitad ; pero, sin embargo, lo dejé para ir á tomar una taza de té en casa de uno de mis colegas. Regresé al cabo de una hora.

Ya sabéis, amigo Holmes, que las puertas de mi despacho son dobles, es decir, primero hay una madera y luego una mampara de bayeta verde. Al llegar á la primera quedé asombrado al ver puesta la llave en la cerradura, y al registrarme creyendo en un olvido mío, me hallé la de mi uso particular. Indudablemente aquella otra debía de ser la de mi criado Baunister.—Os advierto que este Baunister está hace diez años en la casa, y nunca he tenido la menor duda respecto de su probidad.—En seguida comprendí que mi criado abrió el despacho para entrarme la taza de té que acostumbro á tomar todas las tardes, y al ver que no estaba, salió inmediatamente, olvidándose de quitar la llave de la cerradura. Este olvido, que en otras circunstancias no hubiera originado daño alguno, ha causado un mal enorme. En cuanto entré, vi que habían andado en la mesa. El tema griego estaba impreso sobre tres cuartillas que yo dejé unas encima de otras.

Ahora se hallaba una en el suelo, la otra en una mesita colocada cerca de la ventana, y la otra en el sitio donde yo la había dejado.

Holmes hizo un movimiento. La narración principiaba á interesarle.

—La primera cuartilla era la del suelo—dijo, —la segunda la próxima á la ventana, la tercera la de la mesa.

—Eso es—exclamó asombrado el profesor—¿cómo lo habéis acertado?

—¡ Bah ! No tiene importancia. Luego os lo diré. Continuad.

—Primero pensé que Baunister se había permitido andar en mi mesa ; pero al preguntarle y oir sus protestas, me convencí de que no había sido él. Evidentemente debió de ser alguno que al pasar vió la llave en la puerta, y al comprender que yo estaba fuera, entró con objeto de copiar la traducción. La importancia de la pensión es lo bastante considerable para arriesgarse un poco.

Baunister casi se desmayó al saber lo sucedido, y yo mismo tuve que servirle un vaso de agua

para tranquilizarle. Luego se dejó caer en un sillón, mientras yo examinaba el despacho.

El intruso había dejado algunas huellas en pos de sí. Sobre la mesita que hay cerca de la ventana hallé unos pedacitos de madera y una mina rota, lo cual demostraba que el granuja quiso copiar el texto tan precipitadamente, que rompió la punta del lapicero y tuvo que afilarle.

—Bien... Muy bien—susurró Holmes, menos huraño, á medida que aumentaba su curiosidad.

—Todavía hay más. Sobre un pupitre que tengo hace poco tiempo, y que está forrado de cuero rojo, había una raspadura profunda y unos pedacitos de pasta ó de tierra negra y húmeda. Ya no hallé más huellas, y durante largo rato quedé atontado sin saber qué partido tomar, hasta que me acordé de vos. ¡ Compadeceos de mí, señor Holmes ! Pensad que mi situación es desesperada. Es preciso que encontremos en seguida al culpable, ó de lo contrario retardar las oposiciones hasta que yo tenga tiempo de imprimir otro tema diferente. Ya comprenderéis que esto último desacreditaría en extremo al colegio y hasta la Universidad.

—Perded cuidado. Habéis conseguido excitar mi curiosidad—contestó Holmes, levantándose y poniéndose el abrigo—me agradará mucho poder ayudaros. ¿Entró alguien en vuestro despacho cuando teníais las pruebas sobre la mesa?

—Sí; un tal Daulat Ras, un estudiante indio que habita en el segundo piso. Vino á preguntarme algunas cosas respecto del examen.

—¿Piensa tomar parte en las oposiciones?

—Sí.

—¿Podía advertirse á simple vista lo que eran las cuartillas?

—Me parece que sí.

—¿Ha entrado alguien más que ese joven?

—No.

—¿Sabía alguien que teníais las pruebas en vuestro poder?

—A excepción del impresor, no.

—¿Y Baunister?

—No... Me parece que no.

—¿Dónde le habéis dejado?

—¡Pobrecillo! Lo he dejado enfermo, aplanado en el sillón.

—¿Habéis dejado la puerta abierta?

—Sí; pero guardé los papeles bajo llave.

—Muy bien. Resulta que de no ser el estudiante indio la persona que ha copiado las pruebas, debemos suponer que el copista se enteró de su valor por casualidad, ¿no es eso?

—Así lo creo.

Holmes sonrió.

—Bueno, vamos allá. ¿Venís, Watson?

El despacho de nuestro cliente se hallaba situado en la planta baja del edificio, y se entraba á él por una puerta, á cuyo pie morían cuatro ó cinco gastados escalones de piedra. La ventana era de forma ojival y daba á un jardín, uno de esos jardines sombríos y silenciosos que hay en los hospitales y en los colegios. En los pisos superiores vivían los tres estudiantes, de los cuales nos había hablado el profesor.

Cuando llegamos era ya de noche, y antes de entrar Holmes, se paró delante de la ventana, y alzándose sobre la punta de los pies, echó una mirada al interior de la estancia.

—No, es demasiado estrecha para dar paso á un hombre—observó nuestro guía;—el intruso debió de entrar por la puerta.

—Claro—repuso Holmes, siempre sonriendo y mirando de un modo extraño á Soames.—¿Queréis guiarnos, puesto que aquí ya no hacemos nada?

El profesor nos guió hasta la puerta, y él y yo quedamos en el umbral, mientras Holmes examinaba atentamente la alfombra.

—Aquí no se ve señal alguna de pasos—dijo después de un rato ;—lo cual nada tiene de particular, en vista de lo secas que están las calles. Seguramente vuestro criado debe estar ya repuesto de su accidente.

—¿En qué sillón le dejásteis?

—En aquél, cerca de la ventana.

—Ya, ya ; al lado de la mesita. Ya podéis entrar. Ahora vamos á examinar la mesita. Creo que podemos reconstruir la escena perfectamente. El individuo, al entrar, divisó las cuartillas, las cogió una por una, y vino á leerlas aquí junto á la ventana, desde la cual dominaba el jardín, y podía veros venir.

—No pudo verme, pues entré por una puerta de escape.

—Conformes ; pero eso no lo sabía él. Veamos

las pruebas. Las ha ido cogiendo una por una y copiándolas. Cuando estaba á la mitad de la segunda, os sintió, y apenas si tuvo tiempo para huir, sin cuidarse de ponerlas en orden, para evitar que os enteráseis de lo que había ocurrido. ¿No recordáis haber oído ruido al entrar?

—No.

—El individuo escribía con tanta premura, que se le rompió la punta del lapicero, y tuvo que afilarlo. Esto, amigo Watson, es un dato muy importante, por él sabemos que el lapicero era de los caros, de color azul obscuro, con el nombre del fabricante en letras plateadas, y debe tener ahora unos cuatro centímetros, aproximadamente. Buscad el lápicero, amigo Soames, y encontraréis al hombre. ¡Ah! Se me olvidaba decir que la navaja tenía la hoja ancha y muy afilada.

El profesor demostraba estar asombrado de la seguridad con que hablaba Holmes.

—Comprendo todas esas observaciones, menos la de la extensión del lapicero.

Holmes mostró una de las astillas, en la cual se veían claramente dos enes.

—¿Lo comprendéis ahora?

—Tampoco.

—Vaya, Watson—prosiguió Sherlock, volviéndose hacia mí.—Veo que ya no sois vos solo el que tarda en comprender las cosas. Ya sabéis señores, que el mejor fabricante de lápices es Johann Faber ; y como estas dos enes son las últimas del nombre, creo que podemos calcular, casi con seguridad, el espacio que ocupa el apellido.

Y sin darle tiempo al profesor para que respondiera, cogió la mesita y la trajo hacia la luz.

—La copia ha debido ser hecha en papel pasta, pues si hubiera sido fino, habrían quedado señaladas las letras sobre el cuero. Veamos la mesa. ¡Calla! Aquí están los montoncillos de tierra, y que tienen una forma bastante original ; parecen pirámides minúsculas. ¡Ah! Aquí está la raspadura. ¿Sabéis, señor Soames, que cada vez me interesa más este asunto? ¿Esta puerta, adónde da?

—A mi alcoba.

—¿No habéis mirado aquí?

—No ; salí corriendo en busca vuestra.

—Bueno ; vamos á verla. No, no entréis ; dejadme solo. ¿Colgáis la ropa detrás de esta cortina?

—Sí.

—¡Ah! Pues solamente aquí es donde puede ocultarse una persona, puesto que el lecho es demasiado bajo y demasiado estrecho el armario.

Holmes levantó la cortina y aparecieron algunos trajes, y alguna que otra prenda de uso interior. Ya iba á taparlos nuevamente, cuando vió algo que le llamó la atención.

—¿Qué es esto?

Era un pedacito de tierra de forma y tamaño exactamente iguales á los que habíamos encontrado encima de la mesa. Holmes puso ambos sobre la palma de la mano, y colocándose bajo la luz, los comparó.

—Ya véis, amigo Soames, que vuestro visitante también os ha dejado tarjeta en la alcoba.

—¿Y para qué había entrado ahí?

—Muy sencillo. Como se enteró de vuestra llegada cuando ya no tenía tiempo de huir, cogió todo lo que pudiera comprometerle, y corrió á ocultarse en la alcoba.

—Entonces ¿creéis, amigo Holmes, que mientras yo hablaba con Baunister, en el despacho, teníamos prisionero al intruso en la alcoba?

—Estoy seguro de ello.

—Entonces ya varía la cosa. ¿Habéis examinado esa otra ventana?

—Sí; por ahí puede pasar muy bien un hombre. Pero no se trata ahora de eso. Me habéis dicho que en los pisos de arriba habitan tres estudiantes, ¿no?

—Sí.

—Muy bien. Para entrar en sus cuartos, ¿tienen que pasar indispensablemente por delante de vuestra puerta?

—Sí.

—¿Se presentan los tres á las oposiciones?

—Sí.

—¿Sospecháis de alguno de ellos?'

Soames dudó un instante.

—Hombre... esa es una cuestión muy delicada. No se debe sospechar de nadie sin tener pruebas.

—Bueno; decidme las sospechas, y yo me encargaré de justificarlas.

—Voy á procurar describiros el carácter de cada uno de ellos. El que vive en el primer piso se llama Gilchrist, y es un joven muy estudioso. Dotado, además, de unas fuerzas hercúleas, toma parte en los juegos de Rugby, y es de los primeros sportsman del colegio. Su padre llamábase sir Jabes Gilchrist, y se arruinó en las carreras de caballos.

El estudiante del segundo, llamáse Daulant Ras. Es un indio muy reservado y melancólico, como todos los de su raza. Es muy trabajador, particularmente en el griego, que le resulta más difícil.

En el tercero vive Miles Mac-Laren. Es uno de los muchachos más inteligentes de la Universidad, pero muy inconsecuente en el estudio. Estuvo á punto de ser expulsado hace poco por un escándalo que dió en una casa de juego. Durante este último trimestre no ha estudiado una palabra, y creo que no debe estar muy bien preparado para el examen.

—Bueno; para terminar—interrumpió Holmes,—¿es de este último de quien sospecháis?

—Hombre, yo no digo tanto; pero de ser algu-

no de los tres, creo que éste sería el más capaz de ello.

—Bien. ¿Queréis llamar al criado?

Baunister era un cincuentón, de corta estatura, de rostro pálido y de cabellos grises. No parecía muy seguro todavía, y de vez en cuando le recorría el cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Estamos haciendo conjeturas respecto del suceso de esta tarde—le dijo su amo, tan pronto entró.

—¿Creo—interrogó Holmes,—que dejásteis olvidada la llave en la cerradura?

—Sí, señor.

—¿Y no os parece muy rara esta coincidencia de que se olvidara justamente el día en que estaban las pruebas sobre la mesa?

—Desgraciadamente, señor, me sucede muchos días la misma cosa.

—¿A qué hora entrásteis en el despacho?

—Poco después de las cuatro y media. Es la hora en que acostumbra tomar el té el señor profesor.

—¿Cuánto tiempo estuvísteis dentro del cuarto?

—Muy poco. Salí inmediatamente que noté la falta del señor.

—¿Divisasteis los papeles que había sobre la mesa?

—No, señor.

—¿Cómo explicáis el que se olvidara la llave en la cerradura?

—Pues como llevaba las manos ocupadas con el servicio del té, la dejé para recojerla tan pronto dejara aquél en la cocina. Luego se me olvidó.

—Creo que cuando os llamó vuestro amo y os contó lo que ocurría, os emocionásteis mucho.

—Es cierto. Como que en los años que llevo en casa no había sucedido una cosa semejante.

—¿Dónde estábais cuando os sentisteis mal?

—¿Que dónde estaba? Ahí, frente á la puerta.

—Pues entonces me parece muy raro que en lugar de sentaros en una de las sillas que teníais cerca, viniérais á este sillón.

El criado encogióse de hombros.

—Creo que lo hizo de un modo inconsciente—advirtió el profesor.

—¿Permanecísteis en el cuarto después de ha-

berse ido vuestro amo?—continuó Holmes, cómo si no hubiese oído nada.

—Un rato nada más; luego, como me sentí un poco más tranquilo, salí y cerré la puerta con llave.

—¿Sospecháis de alguno?

—De nadie, en absoluto. No puedo creer que ninguno de los estudiantes de esta Universidad sean capaces de semejante acción.

—¿Habéis contado á alguno de los tres estudiantes lo que ha ocurrido?

—No, señor; no les he dicho una sola palabra.

—Está bien. Ahora—continuó Holmes, dirigiéndose al profesor,—salgamos al jardín, si no tenéis inconveniente.

Encima de la ventana del piso bajo, brillaban las luces correspondientes á las de los demás pisos.

—Vaya, los tres pájaros están en sus nidos—exclamó Holmes, levantando la cabeza.—¡Calla! Me parece que uño de ellos está un poco nervioso.

Efectivamente; en el cuadro de luz de la segunda ventana, veíase pasar y repasar la silueta de un hombre.

—¿Podríamos visitar ahora á esos caballeros?—preguntó Sherlock.

—Ya lo creo—respondió Soames.—Como precisamente esos tres cuartos son los más antiguos del colegio, continuamente se enseñan á los forasteros y á todo el que desea verlos. Venid.

—¡Ah! se me olvidaba—murmuró Holmes, mientras aguardábamos que abriera Gilchrist la puerta;—ni una palabra respecto de nuestros nombres, ¿eh?

Se descorrió un cerrojo, y ante nosotros apareció un joven alto y rubio que nos saludó muy cortésmente, y que al decirle Soames el falso objeto de nuestra visita, nos dejó pasar. La habitación era una curiosa muestra de la arquitectura medioeval, y le agradó de tal modo á Holmes, que sacando un papel y un lápiz se puso á dibujar uno de los rincones. Al poco rato, seguramente porque dibujaba precipitadamente ó porque apretaba demasiado, se le rompió el lápiz y suplicó al estudiante que le prestara el suyo, así como el cortaplumas.

Igual contratiempo le ocurrió en el cuarto del indio, un hombrecillo silencioso y de corva nariz que nos miró con ojos recelosos y que no pudo disimular su satisfacción cuando concluyeron los estudios arqueológicos de Holmes. En el tercer piso no pudimos entrar. La puerta permaneció cerrada, y á nuestro campanillazo respondieron unos gruñidos ; á nuestras súplicas una voz irritada.

—¡ Dejadme en paz ! ¡ No tengo ganas de perder el tiempo en tonterías !

—¡ Vaya un hombre mal educado !—murmuró nuestro guía mientras descendíamos la escalera.—Seguramente ignoraba que era yo uno de los que llamaban, pero de todos modos es bastante incorrecto su comportamiento, y en las actuales circunstancias, no deja de ser un poco sospechoso.

—¿ Podríais decirme qué estatura tiene ?—interrogó Holmes.

Soames y yo le miramos asombrados.

—Hombre... No sé. Es más bajo que Gilchrist y algo más alto que el indio ; debe tener unos cinco pies aproximadamente.

—Gracias. Esto tiene gran importancia. Vaya, amigo Soames, ¡ buenas noches !

El profesor no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¡ Cómo ! ¿ Pero me dejáis así, amigo Holmes ? Tened en cuenta lo terrible de mi situación. Ya sabéis que mañana son los exámenes y yo no puedo permitir que esto quede así, en la incertidumbre.

—No hagáis nada absolutamente. Mañana en cuanto amanezca, vendré por aquí y hablaremos. Hasta entonces, dejad las cosas como están.

Soames inclinó la cabeza, convencido por la seguridad que tenían las palabras de Sherlock.

—Está bien, Holmes.

—Estamos conformes, ¿ eh ? Voy á llevarme esta tierra y las astillas. ¡ Hasta mañana !

Salimos al jardín. En la ventana del segundo veíase pasar y repasar la silueta del indio. En las otras dos, nada rompía la serenidad de la luz.

—¿ Qué os parece, amigo Watson ?—me dijo Holmes, ya en la calle.—Como véis se trata de un asunto interesantísimo. Entre esos tres estudiantes está el culpable ; ¿ por cuál votáis ?

—¿Yo? Por ese joven del tercero que nos ha recibido de una manera tan poco cortés. Además, es el de peor reputación de los tres. Sin embargo, no deja de extrañarme la agitación del indio.

—Eso no tiene nada de particular. Ya sabéis que hay mucha gente que se pasea de esa suerte para aprenderse las cosas de memoria.

—Sí ; pero nos ha mirado de un modo muy extraño.

—Me parece que vos hubiérais hecho lo mismo si os interrumpieran de la manera que nosotros lo hemos hecho en la espera de un examen. Además, ni su lápiz ni su navaja, corresponden á las señales que hay en estas astillas.

—A mi lo que me preocupa es el papel que ha jugado Baunister en el asunto.

—A mí me parece un hombre honrado á carta cabal.

—También á mí, y eso es lo que me desconcierta ; ¿cómo ha podido un hombre semejante?... ¡ Calla ! aquí hay una librería.

Entramos en las cuatro librerías que había en la ciudad ; en todas ellas mostró Holmes las recortaduras del lápiz, pidiendo otro igual, y en todas ellas le respondieron lo mismo : «que no te»nían lapiceros de aquella clase, que se podrían »encargar, etc.» Holmes dijo que no, y salió de la última tienda con un gesto de aburrimiento en la cara.

—Vaya, ¿vámonos á casa?—me dijo después de un rato de silencio.—Es hora de cenar, y, sobre todo, no debemos olvidar á ese infeliz Soames.

Durante la cena no hablamos ni una palabra, y yo respeté el silencio de mi amigo al verle absorto y preocupado. A la mañana siguiente, poco después de las ocho, entró en mi cuarto, cuando yo concluía de arreglarme.

—¿Estáis ya, amigo Watson? No hago más que pensar en el desgraciado Soames y en el rato que estará pasando.

—¿Tenéis algo bueno que decirle?

—Sí.

—¿Sí? ¿Habéis encontrado la solución del problema?

Sí, querido Watson, he solucionado el proble-

ma. Por algo me véis tan sonriente y tan madrugador. Hace dos horas que estoy en pie, y no he perdido el tiempo. Mirad.

Y me mostró tres montoncillos de tierra de forma piramidal.

—Si no me equivoco, ayer no teníais más que dos—dije.

—Cierto ; el otro lo he encontrado esta mañana, y me parece que los tres proceden del mismo sitio. Ea, dáos prisa, querido Watson, y vamos á tranquilizar á ese excelente señor Soames.

El mísero profesor nos recibió con los brazos abiertos y el semblante desencajado.

—¡Gracias á Dios!—exclamó en cuanto nos vió entrar.—Ya principiaba á temer que me habíais abandonado. ¿Qué hay? ¿Se pueden celebrar los exámenes?

—Claro que sí.

—Pero ¿y él?...

—No tomará parte en ellos.

—¿Sabéis ya quién es?

—Me parece que sí, y para guardar mayor reserva en el asunto, me parece que debemos constituir nosotros mismos un tribunal de honor.

Tened la bondad de sentaros aquí ; vos, Watson, á este lado, y yo en medio. ¡Ajajá! Me parece que así tenemos cierto aspecto de jueces, ¿verdad? Hacedme el obsequio de tocar el timbre.

Entró Baunister, y al vernos en tal guisa, tuvo un instante de vacilación y de temor.

—Cerrad la puerta—dijo con gravedad Holmes,—y ahora, Baunister, váis á explicarnos clara y sencillamente el suceso de ayer.

El criado palideció más todavía, y le temblaron un poco las piernas.

—Ya he dicho todo lo que sabía, señor.

—¿No tenéis nada que añadir?

—Absolutamente nada.

—Perfectamente. En ese caso, hablaré yo. Ayer por la tarde os sentasteis en ese sillón para ocultar un objeto olvidado por el individuo que penetró furtivamente en este cuarto.

El rostro del criado se tornó lívido.

—No... De ningún modo.

—Estamos hablando en hipótesis, amigo Baunister. Luego, cuando se marchó el señor Soames por segunda vez, sacásteis de esa alcoba al intruso.

Baunister tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, al mismo tiempo que humedecía, con la punta de la lengua, los labios calenturientos por la emoción.

—No, no ; en esa habitación no había nadie.

—Vamos, Baunister, hasta ahora podíais haber dicho la verdad, pero afirmando eso, mentís á sabiendas.

—No... Os aseguro, señor Holmes, que...

—¡ Vamos, vamos, Baunister !

—¡ Os juro que no había nadie !

—Bien. Ya que os empeñáis en no confesar la verdad, tendremos que prescindir de vos, pero no os mováis de aquí. Soames—prosiguió Sherlock, dirigiéndose al profesor,—¿ queréis tener la amabilidad de subir en busca de Gilchrist y bajar con él?

Un momento después, estaban el profesor y el estudiante en el despacho. Los ojos azules del joven se fijaron inquietos en el criado.

—Querido señor Gilchrist—comenzó Holmes, —estamos aquí completamente solos, y nadie sabrá nunca lo que va á pasar. Seamos francos. Queremos saber la razón de por qué un hombre

tan honrado y tan caballero como vos ha podido cometer la acción que habéis cometido ayer en este despacho.

El joven retrocedió, y pálido, azorado, miró con ademán de reproche á Baunister.

—No, no, señor Gilchrist—exclamó inconscientemente el criado ;—yo no he dicho nada.

—Verdad es ; pero ya no hace falta... Esas protestas de inocencia son toda una acusación—prosiguió Holmes.—Ya comprenderéis, señor Gilchrist, que después de esas palabras, vuestra situación no es nada agradable, y el mejor partido que podéis tomar, es el de confesarlo todo con franqueza.

El estudiante dudó algunos minutos ; luego, perdiendo su sangre fría, se dejó caer de rodillas, y ocultándose el rostro con las manos, empezó á sollozar .

—Vamos, vamos—dijo bondadosamente Holmes.—Veo que no estáis corrompido del todo, y cometísteis esa falta en un instante de ceguedad, ¿no es eso? Bien lo comprendo ; y para evitaros la vergüenza de hablar, yo explicaré lo sucedido,

Ya me interrumpiréis si me equivoco en alguna cosa.

En cuanto me dijísteis, amigo Soames, que nadie aobsolutamente sabía que se hallaran aquí las pruebas, comprendí claramente la cosa. No había que pensar en el impresor, puesto que este individuo pudo copiarlas en la imprenta sin exposición de género alguno. Tampoco sospeché del estudiante indio, porque estando arrolladas las pruebas, no podía adivinarse qué clase de papeles eran, y menos lógico era pensar en que alguien entrara casual y precisamente cuando vos no os hallábais en la habitación y sí las pruebas encima de la mesa. Sin duda alguna, la persona que entró ya sabía esto último.

Por eso lo primero que hice, en cuanto entramos en el jardín, fué examinar la ventana, pero sin que se me ocurriera el pensamiento de que nadie pudiese en pleno día saltar por allí. Lo que yo pretendía saber, era la estatura que debía tener un hombre para que viera, al pasar, las pruebas que había sobre la mesa. Yo tengo seis pies de estatura, y, sin embargo, tuve que empinarme para verlas, y, por consiguiente, el intruso debía tener una talla igual, cuando menos. Debía, pues, fijarme en el estudiante más alto.

El examen de la habitación me ayudó bastante, sobre todo cuando me dijísteis que Gilchrist era un atleta. Inmediatamente recompuse los hechos, y voy á deciros tal como creo que sucedieron. Este joven fué después de comer á Rugby, y allí se entretuvo un rato saltando. Luego regresó para estudiar, y al pasar por delante de vuestra ventana, su alta estatura le permitió ver las pruebas, y comprendió de lo que se trataba. Tal vez no hubiera sentido la tentación de entrar á no ver la llave en la cerradura, pero la vió, y una curiosidad insana le empujó hacia dentro. Al entrar, se quitó sus zapatos de *sport*, unos zapatos cuyas suelas están provistas de unos clavos triangulares, y los puso sobre la mesita. A propósito, ¿qué fué lo que pusísteis en ese sillón?

—Los guantes—contestó Gilchrist.

—Dejó los guantes ahí, y cogiendo las pruebas comenzó á leerlas una por una. Pensando en que tal vez vendríais de un momento á otro, se aproximó á la ventana para veros venir, no ocu-

rriéndosele que también podíais entrar por la puerta de escape. De improviso os sintió, y dando un salto, sin tener tiempo más que para coger precipitadamente los zapatos, se ocultó en la alcoba. Fijáos, amigo Soames, en que la rozadura de la mesa se hace más profunda en la dirección de la alcoba, por lo cual deduje que en esa habitación es donde se había escondido el intruso. Además ya sabéis que en el suelo, debajo de la cortina con que tapáis la ropa, encontramos un montoncito de tierra igual al de la mesa, y añadir que esta mañana he estado en Rugby y he visto que el terreno correspondía también á estos dos montones. ¿He acertado, señor Gilchrist?

—Sí; habéis acertado.

—¿Entonces no tenéis nada que alegar en defensa vuestra?—dijo Soames.

—Perdonad, señor profesor. El asombro de haberme descubierto me ha conmovido de tal manera, que durante largo rato no he podido coordinar ideas. Aquí tenéis esta carta escrita después de una noche terrible, y antes de sospechar que todo se había descubierto. Leedla y ve-

réis que estoy decidido á no tomar parte en las oposiciones, y que acepto la plaza de policía en Rodería que me han ofrecido ayer mismo.

—Confieso que me alegra no poco el saber que renunciais á aprovecharos de vuestra mala acción—repuso Soames.—¿Pero qué razón ha habido para que cambiéis tan pronto de parecer?

Gilchrist indicó á Baunister.

Aquí tenéis al hombre que me ha convertido.

—Vaya, amigo Baunister—exclamó Holmes, —creo que ahora no os negaréis á hablar.

—No; hablaré. Todo es muy sencillo, y, sin embargo, á pesar de vuestro talento y de vuestra perspicacia, no lo hubiérais adivinado jamás. Yo fuí criado de sir Jabes Gilchrist, padre de este joven, y cuando murió, entré aquí profundamente apenado por su desgracia.

Desde entonces, siempre he vigilado á su hijo y he procurado que no le faltara nada y que fuera un hombre de bien. Ayer, cuando me llamó el señor Soames, y me contó lo que había ocurrido, lo primero que vi fueron los guantes de Gilchrist olvidados en ese sillón. Todo lo comprendí, y me dejé caer encima antes de que los viera el señor

profesor. En cuanto salió el señor Soames, penetré en la alcoba y puse en salvo á mi antiguo amo, al que en otro tiempo saltó sobre mis rodillas. Si hice mal, castigadme; pero tened en cuenta que mis palabras le hicieron ver la fealdad de su acción, y consiguieron traerle al buen camino.

—Muy bien, Baunister—dijo Holmes con sinceridad,—sois una buena persona; y respecto á vos, señor Gilchrist, os deseamos un feliz viaje, y confiamos en que vuestro arrepentimiento será eterno.

LA MUERTE DEL CORONEL

Una noche de verano, algunos meses después de mi casamiento, fumaba yo la última pipa, leyendo una novela. Mi mujer había subido ya á la alcoba; los criados habían corrido los cerrojos de la puerta. Un silencio de paz iba envolviendo la casa. De improviso sonó el timbre de la puerta. Levanté los ojos hacia el reloj; faltaban cinco minutos para las doce. Seguramente venían en busca del médico y no del amigo. Me levanté, y con la boca preñada de juramentos y reniegos, por la mala noche que me aguardaba, descorrí los cerrojos, di vuelta á la llave, abrí la puerta... y apareció Sherlock Holmes.

—¡Cuánto me alegro, querido Watson!—exclamó.—Temía no hallaros en casa.

—Ya veis que sí. Pasad, pasad.

—Observo que estáis asombradísimo, y á fe que hay motivo para ello. ¡Hombre! Esa ceniza que tenéis en la solapa me dice que no os habéis quitado el vicio de fumar tabaco de Arcadia. ¡Ah! ¿Sabéis que toda la vida se os conocerá que habéis usado mucho tiempo uniforme?

—¿Por qué?

—Por esa costumbre de guardar el pañuelo en la manga. ¿Podéis darme hospitalidad por esta noche?

—¡Ya lo creo! Con mil amores.

—Gracias. Entonces voy á poner el sombrero en uno de estos boliches. ¿Qué? ¿habéis tenido estos días á los fontaneros?

—Sí; han estado arreglando las cañerías.

—Lo he advertido en el linoleum.

—¡Siempre igual! ¿Queréis tomar algo?

—Gracias. He comido en Waterlóo. Lo que sí voy á hacer va á ser fumar una pipa.

Le di mi bolsa de tabaco. Encendió una pipa se sentó enfrente de mí y comenzó á echar bocanadas de humo silenciosamente. Durante largo rato ninguno de los dos dijo una palabra. Unicamente se oía el reloj, que lento, sin premura, iba destrozando el tiempo.

—Os felicito, Watson—dijo de pronto Holmes, mirándome con fijeza.

—¿Por qué?

—Porque veo que tenéis una clientela numerosa.

—Sí; realmente hoy ha sido un día terrible; pero, aunque me llaméis tonto, no me explico cómo demonios lo habéis sabido.

Holmes sonrió.

—Os conozco muy bien, querido Watson. Sé que cuando tenéis pocas visitas las hacéis á pie; pero si son muchas tomáis un coche, y como hoy tenéis el calzado enteramente seco, deduzco que habéis ido en coche durante todo el día.

—En efecto—contesté riendo.

Holmes se encogió de hombros, y tomando más cómoda postura, continuó:

—¿Sabéis que me encuentro metido en la resolución de uno de los enigmas más difíciles de toda mi vida?

Y al decir esto cambió absolutamente su fisonomía. Brillaron los ojos, la boca adquirió una sonrisa irónica; por sus mejillas pasó una leve rojez. Pero fué un relámpago. Inmediatamente el rostro de Holmes recobró su impasibilidad habitual.

—El asunto presenta un carácter no solamente curioso, sino excepcional. Lo he estudiado detalladamente, y creo que estoy muy cerca de la solución. ¿Podríais venir conmigo mañana hasta Aldershot?

—Creo que sí. Jackson me sustituirá.

—Muy bien. Saldremos de Waterlóo á las once y diez. Y ahora, si no tenéis sueño, os pondré al corriente del asunto.

—Os confieso que hace una hora pensaba con gusto en la cama; pero el placer de veros me desveló en absoluto.

—Bien. Resumiré la historia sin omitir los detalles esenciales. Tal vez no os sea enteramente desconocida. Se trata de la muerte del coronel Barclay, de los *Royal Mallows*.

—Es la primera vez que oigo hablar de ese asunto.

—Nada tiene de particular, puesto que el suceso es muy reciente. Escuchad:

Ya sabéis que los *Royal Mallows* es uno de los regimientos más célebres del ejército inglés. Ha intervenido en cuantas guerras y en cuantos hechos gloriosos comprende nuestra historia. Ya recordaréis su bravura en Crimea y en la India cuando la sublevación de los cipayos. Hasta el lunes último, el coronel de este regimiento era James Barclay, quien, desde el humilde puesto de soldado raso, llegó hasta el elevadísimo que ocupaba, con satisfacción de todos cuantos le conocían. Siendo sargento se casó con Nancy Devoy, hija del abanderado de su regimiento, y ya comprenderéis los apuros y penalidades que pasó en los primeros años de su matrimonio. Pero al poco tiempo los esposos Barclay lograron conquistar una posición modesta, pero tranquila, y las señoras de los oficiales acogían muy amistosamente á la hermosa Nancy. El comandante Murphy, de quien he obtenido todos estos detalles, me ha asegurado que desde la boda hasta el día de la desgracia, nadie tuvo que decir nada contra ellos y que vivieron

y vivían enteramente felices. No obstante, yo creo, y Murphy también, que el amór de Barclay por su mujer era más intenso que el cariño de ella por él. El coronel era uno de esos tipos de militar dicharachero y jovial, tan pronto en la réplica chispeante, como en el impulsivo ataque y la pronta excitación. A veces, en medio de su jovialidad, por sobre su animación pasaba algo como soplo helado que hacía desaparecer la risa de los labios, le entristecía los ojos y le nublaba la frente. Añadid á esto un inexplicable temor á la soledad—particularmente de noche—y tendréis, con poca diferencia, idea justa del carácter de nuestro héroe.

El primer regimiento de los *Royal Mallows*—antiguamente el 117—lleva de guarnición en Aldershot algunos años. Como el cuartel no es muy grande, los oficiales habitan en casas no muy distantes unas de otras. El coronel vivía en un hotelito situado á media milla de Aldershot, y tenía un cochero y dos criados por toda servidumbre. Y ahora llegamos á lo que ocurrió en este hotel, entre las nueve y las diez de la noche del lunes. Según parece, la señora Barclay

era católica y se interesaba mucho por la cofradía de San Jorge, la cual tiene por objeto facilitar ropas á los pobres. El lunes tuvo conferencia y comió con premura para estar en la capilla de la calle de Watt á las ocho en punto. Después fué en coche á buscar á su amiga mis Morrisson, y las dos juntas se dirigieron á la conferencia. Esta duró cuarenta minutos, y á las nueve y cuarto ya había regresado la señora Barclay á su casa, después de haber dejado á mis Morrisson en la suya.

Uno de los gabinetes del hotel tiene las ventanas á la carretera. El jardín tiene unos treinta metros de extensión y termina por una tapia bastante baja, rematada por un enrejado de hierro. Al regresar de la conferencia la señora Barclay entró en esta habitación, encendió ella misma la lámpara, luego tocó al timbre y pidió una taza de té. El coronel, que estaba en el comedor, sintió á su mujer en el gabinete y fué á reunirse con ella. Transcurridos unos minutos, la doncella llevó la taza de té, pero se detuvo delante de la puerta, muy asombrada, al oir el

vocerío de una violenta discusión. Llamó discretamente con los nudillos, y después de esperar un rato, levantó el picaporte : la puerta no cedió : había sido echado el cerrojo por dentro. Entonces corrió á la cocina, y, acompañada de la cocinera y del cochero, volvió al pasillo á escuchar por el ojo de la cerradura.

Los tres criados están de acuerdo en la afirmación de que no se oían más que dos voces : la del coronel y la de su mujer. Las respuestas de Barclay eran bruscas, pero en voz queda. Las palabras de ella eran agrias, duras, de voz algo chillona : «¡ Cobarde ! ¡ cobarde ! — excla»maba.—¿ Qué vamos á hacer ahora? ¡ Devuél»veme, cobarde, mi libertad ! No podemos res»pirar el mismo aire. ¡ Sois un infame ! ¡ Un »bandido !»

A estas palabras puso fin un grito fortísimo del coronel, seguido de un ruido sordo y seco y de una exclamación desgarradora de su mujer. Indudablemente sucedía algo extraordinario. El cochero se esforzaba en descerrajar la puerta. Las dos mujeres estaban de tal modo atemorizadas, que no tenían fuerzas para ayudarle. Des-

pués de largo luchar, se convenció el cochero de que eran inútiles sus esfuerzos, y saliendo al jardín penetró por la ventana rompiendo un cristal. La señora Barclay estaba desmayada sobre un sofá. El desgraciado coronel yacía en un charco de sangre, la cabeza sobre la barra de hierro de la chimenea, y uno de los pies sobre el brazo de un sillón. Precipitóse el cochero para abrir inmediatamente la puerta ; pero la llave no estaba en la cerradura ni se halló después en toda la ha tación. Saltó de nuevo por la ventana y volvió acompañado de un inspector de policía y de un médico.

La señora Barclay, sobre la cual han recaído desde el primer instante todas las sospechas, fué transportada á su cama. Colocaron el cuerpo del coronel sobre un sofá y procedieron á las primeras diligencias. El desdichado Barclay tenía en la nuca una herida como de dos dedos de ancha y que debió ser causada con un instrumento contundente. No se tardó mucho en hallar el arma homicida. A pocos pasos del cadáver había una especie de maza de madera con puño de hueso.

Como el coronel poseía una magnífica colección de armas raras, procedentes de los exóticos países donde había estado, la policía supuso muy cuerdamente que la maza con que se perpetró el asesinato debía proceder de esos trofeos; y á pesar de que los criados afirmaron no reconocer tal arma, se creyó que tal vez les pasara inadvertidamente entre tantas y tan diversas. No se encontraron más indicios.

La llave permaneció oculta. Inútilmente se registraron los bolsillos de la señora Barclay y de su esposo, en vano se registró toda la casa; fué necesario llamar á un cerrajero.

De tal modo las cosas, amigo Watson, el martes, por la mañana, me llamó el comandante Murphy para suplicarme que auxiliara á la policía. Acepté muy gustoso, seguro de que se trataba de un asunto muy interesante por todos conceptos y en cuya resolución me apasionaría en cuanto tomara una parte más activa que la de simple espectador. Así fué.

Lo primero que hice fué preguntar á los criados. De la declaración de Juana obtuve un dato que creo de mucha importancia. Ya recordaréis

que fué la primera que se enteró de la disputa y subió á la cocina para regresar acompañada de los otros dos criados. Pues bien, esta mujer asegura que si conoció que sus amos reñían, no fué porque entendiera las palabras, sino por el tono irritado de las voces. Insistiendo en mis preguntas, recordó que le parecía haber oído á su ama el nombre de David.

Comprenderéis que este detalle es de una gran importancia para averiguar el motivo de la disputa, puesto que el nombre del coronel era James. Sin embargo, lo que más conmovió á todos los que le vieron—lo mismo los criados que la policía,—fué el rostro del coronel, un rostro contraído, con un gesto trágico de supremo terror. Esto parece indicar que vió la muerte cara á cara, porque, si bien tenía la herida en la nuca, puede atribuirse á que volviese la cabeza para evitar el golpe. Respecto á la señora Barclay, no había vuelto á recobrar la razón y yacía en constante delirio, producido por una violenta fiebre cerebral. Finalmente, mis Morrisson—que, según recordaréis, fué la última persona que estuvo con la señora Barclay antes del suceso—

dijo que no sabía una palabra y que no había advertido el menor signo de cólera y de disgusto en su amiga.

Pertrechado de todos estos datos, me dediqué á escoger los principales de entre el párrafo de los secundarios. Sin género alguno de duda, el punto más enigmático de este extraño suceso era la decaparición de la llave, que, á pesar de todas las pesquisas, no se había logrado encontrar. Seguramente alguna persona se la había llevado; luego había un tercer actor en el drama, y el cual no podía haber entrado y salido más que por la ventana. Teniendo la certidumbre de tales hechos, examiné cuidadosamente la habitación, la ventana, el jardín, etc., y obtuve la siguiente conclusión:

Un individuo había saltado la tapia, cruzó corriendo el jardín—puesto que las huellas de los pies eran más profundas en la punta que en el talón—y saltó por la ventana. Pero no me inquietó tanto esta persona como su compañero.

—¿Su compañero?

Holmes extrajo del bolsillo una gran hoja de

papel de seda y lo extendió con cuidado sobre las rodillas.

—¿Qué os parece esto?

En el papel aparecían las huellas de un pequeño animal—cada una no tendría el tamaño de una cucharita de postre—que, seguramente, estaba provisto de largas uñas.

—¿Un perro?—interrogué levantando la vista.

—¿Un perro? ¿Habéis visto á algún perro trepar por los cortinones?

—Será un mono entonces.

—Tampoco.

—Pues no acierto...

—Ni perro, ni gato, ni mono. Es un animal desconocido. Mirad: aquí hay cuatro señales del animal estando en reposo; como veis, hay más de quince pulgadas entre las patas delanteras y las traseras. Agregad á esto la largura del cuello y de la cabeza, y tendréis un animal de cerca de dos pies de largo, ó quizá más si tiene cola. Fijáos en estas otras huellas. Aquí el animal se ha movido y podemos medir la dimensión de sus pasos: tres pulgadas aproximadamente. Esto

prueba un cuerpo muy largo y unas patas muy cortas. Desgraciadamente, el animal ha tenido la buena ocurrencia de no dejar algunos pelos, porque de ocurrir tal cosa ya sabríamos á qué familia pertenece. Sin embargo, además de sus dimensiones, sé que se trata de un carnívoro y que puede trepar por las colgaduras.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque ha subido por el cortinaje de la ventana para coger un canario que había en una jaula.

—Entonces, ¿qué clase de animal es?

—¡Toma! Si lo supiéramos estábamos al cabo de la calle. Supongo que debe ser semejante á una comadreja ó á una garduña, pero más grande que todos los animales de este género.

—¿Y qué relación ha podido tener con el crimen?

—No lo sé. Sin embargo, no estamos demasiado atrasados. Sabemos que hubo un hombre espectador de la riña de los Barclay, puesto que las ventanas se hallaban abiertas y encendida la luz del gabinete; que este hombre saltó la tapia, atravesó corriendo el jardín y, penetrando

por la ventana acompañado de un bicho, mató al coronel ó—lo que es igualmente admisible—que el coronel, espantado de esta aparición, cayó de espaldas y se rompió la nuca contra la barra de la chimenea. Y, finalmente, sabemos también que este hombre salió llevándose consigo la llave.

—Me parece que estas deducciones vuestras han complicado y obscurecido más el asunto...

—Tal creo. Pero observo que es ya muy tarde y que quizá tengáis deseos de descansar.

—No, no; de modo alguno. Me habéis dicho lo suficiente para que no desee saber todo.

—En ese caso continuaré mi narración. Es indudable que cuando la señora Barclay salió de su casa, á las siete y media, no había ocurrido nada de particular en el matrimonio. El cochero asegura que los vió, un momento antes de marchar ella, hablar tranquilamente. En cambio, cuando ella regresó de la conferencia, á las nueve, subió al gabinete donde esperaba hallar á su marido, y excitada y nerviosa pidió una taza de té; luego estalló en violentas recriminaciones en cuanto el coronel entró en la estancia. ¿Qué indica esto? Que en el intervalo de hora y media

había sucedido algo que cambió por completo sus sentimientos. A pesar de las negativas de mis Morrisson, yo estoy seguro de que ésta conoce lo ocurrido, puesto que estuvo con la señora Barclay durante ese tiempo. Es probable que mis Morrisson le contara á la mujer del coronel algún hecho desagradable de su esposo, y que ella, excitada, iniciara la discusión. Sin embargo, no debemos olvidar el nombre de David, el cariño del coronel hacia su esposa, y particularmente, la intervención del hombre misterioso, que bien pudo ser un extraño al asunto y figurar en él por pura casualidad.

Una vez hechas estas deducciones me fuí á casa de mis Morrisson, seguro de que ella tendría la clave del enigma. Mis Morrisson es una mujercita esbelta y tímida, de ojos azules y cabellos dorados. Al principio negó ; pero en cuanto le dije que estaba certísimo de su sabiduría, y, sobre todo, que la señora Barclay sería condenada como autora de la muerte de su esposo, la linda rubita habló y dijo, palabra más ó menos, lo siguiente :

—«No obstante haber prometido solemne-

»mente á mi amiga un silencio absoluto, creo »que no debo callar, en vista del giro que van »tomando las cosas y lo perjudicial que podría »ser para ella este silencio mío. Vais á saber »cuanto yo sé.

»Serían las nueve menos cuarto cuando sa»limos de Watt Street, y al pasar por Undron »Street vimos, á la débil luz del único farol que »hay en esta calle, un hombre que iba delante »de nosotras.

»Tenía las piernas torcidas, la cabeza hundi»da entre los hombros y, por encima de la joro»ba de su espalda, pasaba la banderola de una »caja. Como nosotros andábamos más de prisa, »le alcanzamos ; y al pasar por delante de él nos »dió de lleno en el rostro la luz del farol. El joro»bado se paró y, llevándose las manos á la cabe»za, lanzó un grito :

—»¡ Dios mío, Nancy !

»La señora Barclay se puso lívida, y hubiera »caído al suelo á no sujetarla el desconocido ; y »ya me disponía yo á pedir socorro, cuando, con »gran asombro mío, oí que mi amiga le decía dul»cemente :

—»¡Yo os creía muerto hace treinta años, En»rique!

—»Y no os equivocabais.

»Su voz era bronca y fría. Sus ojos tenían un »brillo cruel. El pelo y las largas patillas eran »grises; el semblante negro y rugoso como una »manzana seca.

—»¿Queréis adelantaros un poco, amiga Mor»risson?—me dijo ella.—Necesito hablar un ins»tante con este hombre. No tengáis miedo de »que me ocurra nada.

»Noté que, á pesar de que procuraba disimu»lar, su cara continuaba pálida y temblorosos »sus labios. No obstante, hice lo que me pedía »y los dejé hablar á solas durante unos minutos. »Poco después se reunió conmigo; traía los ojos »brillantes y las manos febriles. Volví rápida»mente la cabeza, y vi al contrahecho elevar »los puños al cielo y blanquear sus dientes ra»biosamente cerrados. Durante el resto del ca»mino mi amiga no habló una palabra. Pero al »llegar á la puerta de mi casa me tendió la ma»no suplicándome que no dijera á nadie lo que »había pasado.

—»Es un antiguo amigo mío—añadió—que »ha descendido mucho...

»Le prometí que nada diría á nadie, y enton»ces ella me besó fuertemente. No la he vuelto »á ver.

»Ahora, caballero, ya sabéis tanto como yo; »y ¡pluguiera á Dios que el quebranto de mi »promesa sea su salvación!»

—Comprenderéis, amigo Watson, la importancia de esta declaración. Todo se iba aclarando y poco á poco los eslabones de la cadena uníanse y los velos se rasgaban y la verdad surgía. Ya no faltaba más que descubrir al misterioso jorobado, cosa no difícil, si no había salido todavía del pueblo. Aldershot es lo suficiente pequeño para que no pase inadvertida la presencia de un individuo de tan notable aspecto, así es que inmediatamente me puse á buscarle. Por la noche, esta misma noche, he tenido la suerte de ponerle la mano encima. Se llama Enrique Wood, y vive, desde hace cinco días, en una casa de huéspedes situada en la misma calle donde le encontraron las dos señoras. Fingiéndome empleado del censo, he tenido con la patrona una

conversación muy interesante y de gran importancia. Por ella he sabido que Enrique Wood se gana la vida recitando romances y haciendo juegos de manos en medio de la calle, en los cuarteles, en las tabernas y, en general, en todos los lugares dondè se reunan cuatro personas Lleva además encerrado en una caja un animal raro que le sirve para sus farsas.

También me dijo la patrona que le parecía mentira pudiera vivir un hombre tan descoyuntado y deshecho. Habla un idioma extraño y bárbaro, y durante la última noche se le oyó gemir y llorar en su cuarto. Además le dió, para que se las guardara, algunas monedas que ella desconocía. Le pedí que me mostrara una, y vi que eran rupias de la India.

Esto fué cuanto me dijo la patrona, y en seguida comprendí que Enrique Wood es la única persona que puede explicarlo todo. Sin duda alguna, el jorobado siguió á las señoras después de su encuentro ; vió entrar á la señora Barclay en su casa ; vió la disputa y saltó por la ventana ; lo demás, únicamente él puede decirlo.

—¿Y queréis obligarle á que lo diga?

—Sí ; pero ha de ser ante un testigo. Por eso he venido á buscaros.

—¿Y creéis que hablará?

Holmes encogióse de hombros.

—¿Qué remedio le queda? Si no lo hace por buenas, lo hará por malas.

—¿Y le hallaremos ahora en su casa?

—Sí. Uno de mis agentes le vigilará y le seguirá donde vaya. Tengo la seguridad que mañana le hallaremos en Hudson Street. Y basta ya, amigo Watson. Sería un crimen privaros más tiempo del sueño.

Daban las doce de la mañana cuando salimos en dirección de Hudson Street. Holmes, á pesar del perfecto dominio que sabe tener sobre sí mismo, iba excitado y andaba á grandes zancadas. Respecto á mí, sentía la extraña sensación de miedo y de ansiedad que me causa siempre este placer de intervenir en las curiosas aventuras de mi amigo.

—Ya estamos en la calle—dijo Holmes al entrar en una formada por casas de mezquina apariencia.—Allí veo á mi subordinado Simpson.

—Todo va muy bien, señor Holmes—gritó un pilluelo corriendo hacia nosotros.

—¡Perfectamente, Simpson!—contestó Sherlock, pasándole la mano por la espalda.—¿Vamos, Watson?

Entramos. Sherlock Holmes hizo pasar su tarjeta, añadiendo que se trataba de un asunto importantísimo. Al poco rato nos encontramos frente á frente de Enrique Wood.

A pesar de lo caluroso de la estación, estaba encendida la chimenea. En la estancia se respiraba el ambiente de un horno. Enrique Wood estaba acurrucado junto al fuego. En sus rasgos marchitos adivinábase una lejana belleza.

Cuando entramos clavó en nosotros la mirada de sus ojos crueles, y sin moverse ni hablar nos indicó dos sillas.

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor Wood, recientemente llegado de la India?—dijo Holmes cortésmente.—Venimos á causa de la muerte del coronel Barclay.

—¿Y qué tengo yo que ver con esa muerte?

—Eso es lo que queremos saber. Ya sabéis que, mientras no se demuestre lo contrario, una

antigua amiga vuestra, la señora Barclay, será considerada como la causante de la muerte de su marido.

El contrahecho se estremeció.

—No tengo el gusto de conoceros—dijo roncamente.

—No importa. Os decimos la verdad.

—¿Sois de la policía, quizá?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos os importa este asunto?

—Todos debemos interesarnos porque no sean castigados los inocentes.

—¡Ah!... ¡Podéis tener la seguridad de su inocencia!

—¿Sois vos el culpable?

—Tampoco.

—¿Quién ha matado entonces, al coronel?

—La Providencia.

Holmes sonrió.

—No, no os riáis. Digo la verdad. Y puedo aseguraros que de no haberle matado los remordimientos tendría yo ahora esa muerte sobre mi

conciencia. Estoy dispuesto á que se sepa la verdad, toda la verdad, puesto que en ella nada hay que me pueda avergonzar. Escuchad :

A pesar de que hoy me veis con esta giba de camello y estas piernas torcidas y esta cara bastante extraña, hubo una época en que el cabo Enrique Wood era el hombre más guapo y de mejor figura del 117 regimiento de línea. Nosotros estábamos entonces en la India en un lugar llamado Bhustee. Barclay era sargento de mi misma compañía y amaba como yo á Nancy Deboy, la bella hija del abanderado indígena. Pero Nancy no quería más que á mí, á mí, que entonces, aunque parezca mentira, era un guapo mozo. Sin embargo, su padre no opinaba de igual modo.

Decía que yo era una mala cabeza y que debía casarse con Barclay, ante el cual se ensanchaba un envidiable porvenir. Sin embargo, la muchacha no se dejaba convencer, y ya estaba yo á punto de triunfar cuando estalló la sublevación de los cipayos. Fuimos sitiados en Bhustee, y para defendernos de diez mil rebeldes, furiosos y audaces como un grupo de *fox-terriers*

ante una ratonera, quedamos nuestro regimiento, una compañía de sitchs y algunos paisanos y mujeres.

A la segunda semana nos faltaron víveres y se pensó en intentar comunicarse con la columna del general Neill, que operaba en la montaña. Era nuestra única salvación, puesto que no se podía hacer una salida con la impedimenta de las mujeres y de los niños. Yo me presenté voluntariamente para la arriesgada empresa y fué aceptado mi ofrecimiento. Consulté con el sargento Barclay, conocedor como nadie del terreno, y él me indicó el camino que debía seguir para burlar la vigilancia de las fuerzas enemigas. Aquella misma noche, á las diez en punto, salí del fuerte. Seguí el cauce seco de un río, y cuando llegué al extremo de él, caí en manos de seis hombres que me acechaban ocultos en la obscuridad. Me derribaron y me ataron fuertemente, y aquella misma noche me cercioré de que el sargento Barclay me había vendido por medio de un joven indígena que avisó al enemigo. ¡ Juzgad de mi dolor y de mi rabia !

Al día siguiente Bustee fué salvado por el ge-

neral Neill y los rebeldes lleváronme consigo en su retirada. Durante muchos años he mal vivido sin ver un semblante blanco. He sufrido crueles martirios, mi cuerpo fué destrozado y mutilado como lo había sido mi espíritu. Fuí esclavo de los habitantes de Darjeeling ; fuí mártir de los afganes y, finalmente, logré escapar y vivir en Punjad, como juglar y romancero.

El sentimiento de mi deformidad dominaba al deseo de venganza. Pensé dejarme llevar de la muerte y terminar mis días lejos de Inglaterra y de los que conocieron, amaron y odiaron al supuesto Enrique Wood.

A mis oídos llegó la noticia de las bodas de Nancy con Barclay, y una íntima amargura surgió de la antigua rebeldía y me hizo inclinar la cabeza y sentirme más apesadumbrado y más amigo de la muerte...

Pero el amor de la patria es como flor que nō quiere morir y que florece en los otoños de los hombres. Yo recordé las verdes praderas, los cielos grises y los árboles de mi vieja Inglaterra, sufrí la añoranza de estos amores, economicé el dinero necesario para el viaje y aquí vine.

—Muy bien — dijo Holmes. — Realmente, vuestra narración es muy interesante. El resto me parece que lo sé aunque no me lo ha dicho nadie. Encontrásteis á la señora Barclay en la calle, la seguísteis hasta su casa, vísteis desde la carretera la escena del gabinete y, saltando la tapia penetrásteis por la ventana, ¿no es eso?

—Así fué. Al verme, la cara de ese hombre expresó tal espanto y su boca se abrió de tal manera y se desorbitaron de tal modo sus ojos, que al caer de espaldas y romperse la nuca contra la chimenea, ya cayó muerto. Su conciencia le había matado.

—¿Y luego, qué sucedió?

—Nancy perdió el conocimiento. Yo cogí la llave de sus manos y me dispuse á abrir la puerta para pedir socorro ; pero de improviso se me ocurrió la idea de que tal vez me acusaran de la muerte de Barclay, y, sin cuidarme de nada más, me eché la llave en el bolsillo y salté por la ventana. Antes de salir cogí á *Teddy*, que había subido á los cortinones, lo metí en su caja y...

—¿Quién es *Teddy*?—interrumpió Holmes.

Wood se agachó, y abriendo una especcie de

ratonera que tenía junto á sí, dejó salir á un animal de hocico de rosa, de patas de comadreja y ojos granate.

—¡ Calla ! ¡ Una mangosta !—exclamé.

—Sí ; algunas personas le dan ese nombre—contestó Enrique Wood.—Otras le llaman ichneum, yo le llamo «come serpientes». Aquí tengo una culebra domesticada y por las tardes divierto á las gentes haciéndola luchar con *Teddy* ¿Deseáis algo más de mí?

—Nada más—dijo Holmes.—Quizá tengamos necesidad de vos en el caso de que no se mejore la situación de la señora Barclay. Mucho os agradezco vuestra sinceridad, y sírvaos de consuelo el que Barclay no ha sido enteramente feliz durante estos treinta años y que ha muerto sin necesidad de que vos os manchárais con su sangre. Adiós, querido.

Cuando salimos á la calle hallamos al comandante Murphy, quien, al vernos, se dirigió hacia nosotros, exclamando :

—Mucho me alegro de veros, Holmes. ¿Sabéis que ya no hay nada?

—¿Cómo?

—Sí. Ya no hay proceso. Los médicos han demostrado que la muerte del coronel fué ocasionada por un ataque de apoplegía.

—Muy bien. Adiós, Murphy, mi amigo y yo vamos á tomar el tren de Londres ahora mismo.

—Unicamente me falta saber una cosa—le dije á Holmes cuando íbamos camino de la estación.—¿Cómo os explicáis ese nombre de David, llamándose el marido Jacobo y Enrique el novio antiguo?

—Esa palabra, querido Watson, me hubiera bastado para reconstruir lo ocurrido, de ser yo ese lógico ideal que me creéis. David fué dicho como un reproche.

—¿Cómo un reproche?

—Sí. Ya sabéis que David fué un rey poco escrupuloso y que muchas veces se apartó del buen camino. Leed en la Biblia los libros primero y segundo de los Reyes y hallaréis el mismo caso del coronel Barclay.

UN PROTECTOR ORIGINAL

Una noche del mes de octubre regresábamos Holmes y yo á Baker Street, después de un largo paseo, cuando al llegar cerca de nuestra casa divisamos un coche parado á la puerta.

—¡ Hum !—exclamó Holmes.—Es el coche de un médico que ha venido á consultarnos. A pesar de que lleva poco tiempo practicando, tiene muchos clientes.

Habituado al método deductivo de Holmes, no necesité preguntarle las bases de aquellos razonamientos. Me bastó divisar el cestillo de mimbre lleno de instrumentos quirúrgicos, que había en el interior del coche, y el cuadrado de luz de nuestro balcón. Curioso por saber la ra-

zón de aquella visita de un colega, seguí á Sherlock Holmes que ya subía á largas zancadas las escaleras.

Al entrar en nuestro cuarto nos encontramos delante de un hombre alto y pálido, con largas patillas grises, y que, al vernos, se levantó de junto al fuego y se dirigió hacia nosotros con la mano tendida. Debía tener treinta y tres ó treinta y cuatro años, pero sus ojos cansados y su semblante enfermizo revelaban una vida cruenta y fatigosa que lo envejecía prematuramente. Su aspecto era el de un hombre nervioso é impresionable, y las manos que nos alargaba eran manos finas y pulidas, de artista y no de médico. Vestía con corrección.

—Buenas noches, doctor—comenzó Holmes en tono alegre ;—celebro mucho que no hayáis tenido que aguardar más que unos minutos.

—¿ Os lo ha dicho el cochero ?

—No ; esa vela recién encendida. Pero sentáos ; sentáos y decidme en qué puedo seros útil.

—Yo soy el doctor Percy Trevelyan y habito en el número 403 de Brook Street.

—¡Ah! ¿Sois vos—exclamé—el autor de un estudio sobre las lesiones nerviosas internas?

Sus pálidas mejillas coloreáronse vanidosamente.

—Oigo hablar tan pocas veces de esa obra, que la creía hundida en el olvido. Mi editor me dijo que se vendía muy poco. ¿Sois también médico?

—Médico militar retirado.

—¡Ah! Tanto gusto... Pues sí, mi manía ha sido siempre las enfermedades nerviosas. Yo hubiera deseado consagrarme únicamente á ellas; pero estas cosas no pueden hacerse careciendo de medios propios. Pero nos apartamos de la cuestión, y yo, que conozco el valor de vuestro tiempo, señor Holmes, deseo robaros lo menos posible. Voy á deciros el motivo de mi visita. Desde hace algún tiempo suceden en mi casa unos hechos bastante extraños, y han tomado tales proporciones esta misma tarde, que no he dudado ni un solo instante en venir á veros.

Sherlock Homes se sentó y encendió la pipa.

—Bien; tened la amabilidad de exponer vuestro asunto lo más claramente posible y sin olvidar los menores detalles.

—Lo verdaderamente extraño es que en este asunto los hechos más vulgares, los que parecen más nimios á simple vista, revisten una extraordinaria particularidad. Vos juzgaréis si me equivoco. Yo, señor Holmes, hice mis estudios en la Universidad de Londres, y sin que esto suponga presunción de mi parte, os diré que mis profesores fundaban grandes esperanzas en lo que llamaban mi claro talento y mi afición al trabajo. Al concluir mi carrera conseguí una modesta plaza en King's-College, y tuve la suerte de hacerme notar por mis experimentos y observaciones patológicas de la catalepsia. Obtuve el premio de Bruce Pinkeston, y mi tratado sobre las lesiones nerviosas internas me valió una medalla. Confieso que en aquella época veía yo abrirse delante de mí risueños horizontes... Sin embargo, ya sabéis que todo especialista de algunas pretensiones debe instalarse en Cavendish Square, es decir, precisamente donde mis modestos recursos no lo permitían. A todo lo más que yo podía aspirar era, después de muchos

años de trabajo, poner mi nombre en la puerta de un cuarto piso de cualquier calle excéntrica. Así las cosas y las esperanzas, recibí cierto día la visita de un tal Blessington, absolutamente desconocido para mí.

—¿Tengo el honor de hablar con Percy Trevelyan, que acaba de obtener un gran éxito en una carrera felizmente empezada?—me dijo al entrar.

Yo me incliné.

—Vais á responderme francamente, seguro de que no tendréis que arrepentiros. ¿Poséeis talento para triunfar?

Yo no pude menos de sonreir ante esa interrogación tan descarada.

—Creo que tengo un poco...

—¿Y vicios? ¿Os agrada beber?

—De ningún modo.

—Muy bien. No tengo más remedio que molestaros con estas preguntas. ¿Y cómo os explicáis que teniendo esas cualidades estéis sin clientela?

Yo me encogí de hombros sin responder.

—¡Ah! Vamos. Siempre igual; la cabeza llena y el bolsillo vacío. ¿Qué diríais si yo os lanzara, costeándoos los gastos de una instalación en Book Street?

Yo le miré asombrado.

—Seamos francos—prosiguió él—no lo hago solamente por vos, sino por mí. Como tengo algunos miles de francos disponibles para cualquier negocio, he pensado emplearlos en asociarme con vos.

—¿De qué modo?—exclamé lleno de ansiedad.

—Muy sencillo. Será una especulación como otra cualquiera y bastante menos incierta que otras muchas. Vuestro papel se reducirá á sentaros en un sillón y aguardar los acontecimientos. Yo pagaré la casa, los criados, los aparatos, en una palabra, todo cuanto necesitéis. Luego, cuando comiencen las ganacias, os quedaréis con la cuarta parte de ellas.

Tal fué, señor Holmes, la proposición que me hizo el señor Blesington. No os cansaré contándoos los trámites que seguimos hasta llevarla á la práctica y sí solamente, que el día de la Asunción debuté como especialista de las enfer-

medades nerviosas en Book Street. Blessington vino á vivir conmigo aduciendo un padecimiento del corazón y la necesidad de un médico á todas horas. Se quedó con dos buenas habitaciones del primer piso y me dejó á mí el resto de la casa. Era un hombre muy original. Salía muy poco y no recibía visita alguna. Sólo en una cosa era meticuloso y exacto : todos los días, á la misma hora, entraba en mi despacho, contaba el dinero que había ganado, me entregaba cinco chelines y tres peniques por cada guinea y se quedaba con el resto.

Confieso sinceramente que yo estaba satisfecho de esta asociación. Desde el primer momento obtuvimos un verdadero éxito. Yo no sé si por la reputación adquirida en el hospital, si por el sitio de la consulta ó si por dos ó tres aciertos que tuve al principio, el caso es que ya estoy perfectamente acreditado y que mi protector ha logrado una verdadera fortuna.

Hace algunas semanas, Blessington entró muy emocionado en mi cuarto. Me habló de un robo cometido en el barrio de West-Gud, y me dijo convulso y con los ojos brillantes, que antes

de la noche ya tendrían dobles cerrojos todas las puertas y las ventanas de nuestra casa. Esta excitación le duró ocho días, y llegó hasta tal extremo su miedo, que suprimió el paseo de la tarde ; y si yo le preguntaba la razón de sus temores, se enfurecía y se negaba á responder. Poco á poco se fué calmando, y había ya recobrado sus antiguas costumbres, cuando un nuevo acontecimiento ha venido á hundirle en el lastimoso estado en que se halla en la actualidad.

Veréis. Hace dos días recibí la siguiente carta, que no llevaba fecha ni firma :

«Un noble ruso, habitante en Inglaterra des»de hace algunos años, desea la asistencia del »célebre doctor Percy Trevelyan. Conocedor del »gran talento del señor Trevelyan, y padecien»do, desde muy joven, ataques epilépticos, so»licita del señor doctor que le reciba mañana »de seis á seis y cuarto de la tarde.»

Esta carta me alegró mucho, porque, precisamente, la dificultad del estudio de la catalepsia consiste en la variedad de los casos. Ya supondréis que á la hora indicada ya esperaba yo impacientemente en el gabinete de consulta.

A las seis y diez entró el enfermo. Era un hombre ya viejo, delgado, pero de aspecto vulgar, que no respondía á lo que yo había supuesto.

Lo que más me extrañó fué el aspecto de su compañero, un joven alto y fuertemente constituido como un Hércules, y cuya solicitud y cariño en sostener y guiar al anciano hasta el sillón, contrastaban rudamente con sus ojos sombríos y crueles.

—Perdonadme, señor doctor, que haya venido yo también—me dijo en correcto inglés, aunque ceceando algo,—pero no he podido separarme de mi pobre padre.

Yo me conmoví ante esta filial inquietud.

—¿Qué? ¿Deseáis asistir á la consulta?

—¡No! De ningún modo. Me sería muy doloroso ver padecer á mi padre. Si no tenéis inconveniente estaré en el salón de espera durante la consulta.

Accedí á su deseo y el joven salió del gabinete. En cuanto nos vimos solos me puse á preguntar al enfermo respecto de su dolencia. Según pude observar, le costaba trabajo hablar las respuestas adecuadas, lo cual no tenía nada de extraño dado su escaso conocimiento de la lengua inglesa. De improviso le faltó la voz y quedó rígido en el sillón con los ojos fijos sobre mí, presa de un ataque.

Mi primera impresión fué de horror, la segunda, mucho temo que no fuera tan humana desde el punto de vista profesional. Tomé nota de las pulsaciones y de la temperatura del enfermo, me aseguré de la rigidez muscular y examiné con atención sus convulsiones reflejas. Todos los detalles concordaban perfectamente con los que yo había observado en enfermedades idénticas. Después corrí al laboratorio en busca de medicamentos con que hacerle volver en sí, y ¡cuál no sería mi estupefacción cuando al entrar, cinco minutos después, en el gabinete, vi que el enfermo había desaparecido!... Salí al salón de espera y tampoco hallé á nadie. El criado que introdujo al padre y al hijo no les había visto salir. Aquello me pareció muy extraño.

No obstante, cuando regresó Blessington de

su paseo habitual no le dije una sola palabra, y ya pensaba que no volvería á ver á tan extraños clientes, cuando esta tarde se me presentaron, á la misma hora de ayer y tan tranquilos como si no hubiera sucedido nada.

—Tenéis que dispensarme por haberme marchado ayer de un modo poco correcto—me dijo el padre.

—Verdaderamente—contesté—me resultó algo extraña vuestra conducta.

—Después de una de mis crisis epilépticas me suele suceder que olvido todo, y ayer me ocurrió eso. Abrí los ojos, me vi en una habitación extraña y, sin recordar cosa alguna, me apresuré á salir.

—Y yo—continuó el hijo,—al ver salir á mi padre, creí que había concluido la consulta y lo seguí. Hasta hoy por la mañana no me enteré de lo ocurrido.

—¡ Bah !—contesté riendo.—Eso no tiene nada de particular, y si tenéis la amabilidad, joven, de esperar aquí, pasaré con vuestro padre al gabinete de consulta y reanudaremos la sesión de ayer.

Durante media hora estuve examinando al anciano, hice el diagnóstico, le dicté el tratamiento que debía seguir y, finalmente, le vi marchar del brazo de su hijo. Blessignton volvió de su paseo una hora después, y al poco rato le sentí bajar con precipitación la escalera y entró como un loco en mi gabinete, diciendo :

—¿ Quién ha estado en mi habitación?

—¿ En vuestra habitación? Nadie.

—¡ Mentira !

—¿ Cómo mentira?

—¡ Venid conmigo !

Acostumbrado á su grosería, me encogí de hombros y subí detrás de él. En efecto, en la alfombra de su cuarto se notaban claramente las señales de unos pies.

—¿ Os convencéis ahora?—me dijo Blessington. — Ya veis que, á pesar de que traigo los pies mojados, no son mías estas huellas.

Tenía razón. Las huellas eran de unos pies mucho más anchos que los suyos. Inmediatamente pensé en el hijo del noble ruso. Sin duda, él fué quien aprovechó la consulta de su padre para subir la escalera y penetrar en el cuarto de

Blessington. Sin embargo, yo no me explicaba la extrema agitación de mi protector, teniendo en cuenta que todo estaba intacto y que nada absolutamente faltaba. No he podido obtener una palabra de él, y lleno de ansiedad he tomado un coche y he venido en busca vuestra para que me ayudéis á aclarar este enigma.

Sherlock Homes había escuchado el relato sin pestañear ; de su rostro únicamente se movían los labios para aspirar y expeler el humo de su pipa. Cuando el doctor dejó de hablar levantóse muy despacio, cogió su sombrero, me alargó el mío, y dirigiéndose hacia Trevelyan, dijo una sola palabra :

—¿Vamos?

Salimos á la calle.

Un cuarto de hora después nos hallábamos en el número 403 de Brook Street, una casa severa y triste como todas las del aristocrático barrio de West-End. Un *groom* nos abrió la puerta y comenzamos á subir la alfombrada escalera. De pronto se apagó la luz y oimos una voz temblorosa que nos decía :

—¡ Alto ! Si dais un paso más os descerrajo un tiro.

—¡ Vamos, señor Blessington !...—dijo el doctor.—Esto es demasiado.

—¡ Ah ! ¿Sois vos, Trevelyan?—contestó la voz algo más tranquila.—¿Quién son las otras personas que os acompañan?

—El doctor Trevelyan dijo nuestros nombres.

—Bien, bien—dijo la voz.—En ese caso subid, y dispensadme que haya obrado de este modo tan brusco.

Y mientras hablaba dió la vuelta á la llave del gas. Ya encendida la luz, percibimos en lo alto de la escalera la figura de un hombre, cuyo aspecto era el de un desequilibrado. De gran corpulencia—aunque debió serlo de mayor todavía, —tenía el semblante muy pálido y rugoso, los labios temblorosos, inquietas y azoradas las pupilas.

—Celebro mucho veros, señor Holmes—dijo, aparentando serenidad espiritual y guardándose un revólver en el bolsillo del pantalón.—Veo que el doctor Trevelyan se ha anticipado á mis deseos llamándoos para que resolváis este pro-

blema. ¿Qué opináis de las huellas que hemos hallado en mi cuarto?

—Antes que nada—respondió Holmes—necesito saber quiénes son esos dos hombres y qué clase de relaciones tienen con vos.

—¿Conmigo?—contestó algo precipitadamente el señor Blessington.—¡Yo qué sé!

—¿Nada sabeis?

—Tened la amabilidad de seguirme. Por aquí...

Y nos condujo á una alcoba amplia y bien amueblada.

—Mirad, señor Holmes—dijo Blessington indicando una caja de hierro colocada al pie de la cama,—ahí está toda mi fortuna, que, según os habrá dicho el doctor Trevelyan, no es muy cuantiosa. ¡Juzgad cuál sería mi terror cuando vi estas huellas y pensé en la posibilidad de un robo!...

Holmes le miró con fijeza. El señor Blessington bajó la cabeza.

—Mientras no me digáis la verdad no puedo aconsejaros ni ayudaros—dijo con gravedad mi compañero.

—¡Si os la he dicho toda!...

Holmes volvió la cabeza con un gesto despreciativo, y dirigiéndose al doctor murmuró:

—Buenas tardes, señor Trevelyan.

—¿Pero me dejáis así? ¿No me decís nada?—gimió Blessington.

—Lo único que puedo aconsejaros es que seáis franco.

Y sin decir una palabra más bajamos á la calle. Cerca ya de casa, Holmes rompió el silencio, diciéndome:

—Siento haberos molestado, amigo Watson, por semejante tontería. ¡Qué lástima! Un asunto tan claro y tan...

—¿Claro?—interrumpí.—Yo lo veo bastante obscuro.

—Para mí es indudable que existen lo menos dos personas que tienen interés en entrar en las habitaciones de Blessington. Y eso ha sido lo que ha hecho el joven mientras el viejo se consultaba con el doctor.

—¿Y el ataque?

—Fingido, amigo Watson. Aunque otra cosa crea nuestro especialista, la catalepsia es una

enfermedad facilísima de imitar. Lo sé por experiencia.

—¿Pero cómo acertaron con una hora en que justamente estaba fuera Blessington?

—No ha sido pura casualidad. Ellos tienen la seguridad de que Blessington sale todas las tardes de paseo, y esto es una prueba más de que no le son enteramente desconocidos al protector de Trevelyan. Tengo tal seguridad de ello que no necesité ver la caja de valores intacta para comprender que se trataba de algo más que de un robo. Bastaba ver la exprsión de espanto que tenía el rostro de Blessington. Seguramente tiene motivos para temer por su vida, aunque no quiera ó no pueda decirlos. Quizá mañana esté más comunicativo.

—¿Y no se os ha ocurrido que tal historia del ruso y de su hijo sólo sea una invención del doctor Trevelyan, para ocultar su entrada en el cuarto de Blessington?

Holmes sonrió maliciosamente.

—No está mal pensado. También á mí se me ocurrió esa idea; pero la rechacé inmediatamente. Se conoce que no os fijásteis en las huellas

de la escalera que correspondían perfectamente á las de la habitación. Eran de una bota de punta cuadrada, bien diferente de las de forma puntiaguda que usa Blessington y mucho más anchas que las de Trevelyan. Y ahora, si os parece, dejemos esta cuestión y vámonos á dormir. No sé por qué me figuro que mañana tendremos que volver á Book Street.

Mi amigo acertó. Al siguiente día, una mano me sacudió en mi sueño, y al dispertarme vi la figura de Sherlock Holmes junto á mi lecho. Empezaba la mañana.

—Vamos, Watson.

—¿Qué ocurre?

—La aventura de Book Street.

—¿Ha sucedido algo nuevo?

—Una cosa trágica. Oid.

Y aproximándose al balcón para aprovechar lo débil de la luz, leyó lo siguiente, escrito con lápiz en un pedazo de papel:

«¡ Por amor de Dios ! ¡ Venid !»

Un cuarto de hora después llegamos á la casa de Blessington. El doctor Trevelyan nos aguardaba en la escalera.

—¡ Qué desgracia, Dios mío !—exclamó llevándose las manos á la cabeza.

—¿ Qué ocurre ?

—¡ Blessignton se ha suicidado !

Holmes palideció.

—¿ Suicidado ?

—Sí. Esta noche se ha ahorcado. Yo no sé donde tengo la cabeza. La policía está arriba con el cadáver.

—¿ Cuándo habéis descubierto el suicidio ?

—Todas las mañanas, Blessington tomaba una taza de té como desayuno, y hoy, al subir la criada con ella, halló al desgraciado pendiente del techo. Había atado la cuerda al gancho de la lámpara, se subió encima de una silla, y después, dando un puntapié, se dejó balancear en el aire.

Holmes permaneció un instante silencioso.

—Con vuestro permiso—dijo al fin—voy á subir á verle.

Trevelyan y yo le seguimos. Al entrar en la habitación de Blessington, no pudimos reprimir un gesto de espanto. El cadáver permanecía colgado todavía del techo. Su cuello se había alargado, los ojos estaban fuera de las órbitas, negra la lengua colgante, y por debajo del camisón de noche, salían los pies, deformados por la última convulsión. Junto á él, un inspector, correctamente vestido, tomaba notas en un cuaderno.

—¡ Hola, Holmes !—dijo al vernos entrar.—Tengo mucho gusto en veros.

—Buenos días, Lanner—respondió mi amigo.—Espero que no os serviré de molestia.

—¡ Al contrario, querido !

—¿ Tenéis algunos antecedentes de este drama ?

—Me parece que sí.

—¿ Y qué opinión habéis formado ?

—Pues, según mi modo de ver, este individuo tomó esta decisión estando acostado ; ved la señal del cuerpo en la cama, y quizá después de haber pasado toda la noche meditando sobre ello.

—A juzgar por la rigidez de los músculos—in-

tervine,—debe de hacer más de tres horas que falleció.

—¿Habéis notado algo extraño en la habitación?—preguntó Holmes.

—He visto un destornillador y algunos tornillos en el tocador—contestó Lanner.—Ha debido también fumar mucho durante la noche, porque he encontrado cuatro colillas en el zinc de la chimenea.

—¡Ah!... ¿Y habéis hallado la boquilla?

—La boquilla, no; la petaca.

—¿La petaca? ¿Dónde?

—Aquí, en el bolsillo del gabán. Tomad.

Holmes la abrió, y sacando el único cigarro que contenía, se puso á olerlo.

—Este es tabaco habano, mientras que las colillas son de un tabaco especial traído de Holanda, de las Islas Orientales.

Y cogiendo las cuatro colillas, comenzó á examinarlas con la lupa.

—Dos de ellos han sido fumados con boquilla. Los otros dos no. Dos han sido cortados con un cuchillo mal afilado; los otros con los dientes;

unos dientes duros y cabales. Esto no es un suicidio, querido Lanner.

—¿Que no es un suicidio?

—No, señor. Ha sido un asesinato con las agravantes de premeditación, alevosía, nocturnidad y una porción de cosas más.

—¡Imposible!

—¿Cómo imposible?

—¿Os parece que hay alguna persona tan idiota que exija este procedimiento para un asesinato?

Holmes encogióse de hombros.

—Y además—prosiguió el inspector,—¿por dónde iban á entrar los asesinos?

—Por la puerta.

—No puede ser. Esta mañana se hallaban intactos los cerrojos y la cerradura.

—Entonces han cerrado detrás de ellos.

—Bueno; ¿pero qué motivos tenéis para pensar semejante cosa?

—Dejadme unos momentos, y os prometo decíroslo todo.

Y dirigiéndose hacia la puerta, hizo funcionar la cerradura, examinándola minuciosamente.

Luego miró y remiró la cama, la alfombra, las sillas, el mármol de la chimenea, el cadáver, todo cuanto había en el cuarto.

—¿Qué opináis de la cuerda con que se ha cometido el crimen?—dijo con una leve ironía, al concluir su examen.

—La cuerda procede de este rollo—dijo el doctor Trevelyan, sacando uno de debajo de la cama.—Blessington tenía un miedo terrible al fuego y guardaba siempre al alcance de su mano esta cuerda para descolgarse inmediatamente por la ventana, en caso de peligro.

—¡ Ah ! Entonces eso ha debido facilitar la tarea á los asesinos. Ahora me váis á permitir que me retire y que me lleve este retrato de Blessington.

—¡ Pero no habéis dicho nada !—dijo el doctor Trevelyan, al ver que Holmes se dirigía á la puerta.

—Os anticiparé algunas observaciones—respondió mi amigo, volviendo sobre sus pasos.—Es indudable que en este asunto han intervenido tres personas : los dos individuos de la consulta y otro que no sé quién es, pero que no tardaré en

saberlo. Este último ha debido introducir en la casa al falso noble ruso y á su hijo. ¿Habéis detenido, amigo Lanner, al *groom?*

—Ha desaparecido—repuso el doctor Trevelyan.

—Entonces, ese es el tercero. Los tres asesinos han subido la escalera sigilosamente. Primero el viejo, después el joven, y, por último, el *groom*.

—¡ Hombre, Sherlock !—exclamé.

Holmes continuó imperturbable :

—Los tres individuos llegaron al cuarto de Blessington y forzaron la puerta con un alambre. Podéis convenceros vosotros mismos, observando la cerradura.

En cuanto entraron, el primero de ellos se arrojó sobre Blessington. Tal vez estuviera dormido ; quizá quedara sin voz por el espanto ; tal vez las paredes sean muy espesas para dejar pasar la voz. Lo cierto es que no se ha percibido grito alguno.

Después de amarrar fuertemente á Blessington, simularon un tribunal de justicia. Durante el tiempo que duró la sesión, fumaron los tres

jueces. El más viejo—que estaba sentado en este sillón de mimbre,—fumó con boquilla; el más joven se hallaba de pie junto á la cómoda, fijáos en esta ceniza. El otro criminal estuvo paseando. Después, ya condenado Blessington, procedieron á su muerte.

Tan meditado y dispuesto había sido todo, que trajeron una polea para pasar la cuerda, y estos tornillos para sujetarla en el techo; pero desistieron de su primera idea, viendo el gancho de la lámpara. Una vez perpetrado el crimen, salieron dos de ellos y el tercero cerró la puerta por dentro. Esto es cuanto puedo deciros.

Mientras habló Holmes, nadie pronunció una palabra; después, y sin dejar tiempo para las discusiones y las admiraciones, Lanner salió en busca del *groom*, y Holmes y yo regresamos tranquilamente á Baker Street.

Cuando terminamos la comida, Sherlock se levantó de la mesa, y me dijo:

—Volveré antes de las tres, porque á esa hora estoy citado con el inspector y con Trevelyan. Espero en que á mi vuelta ya habré descubierto todo absolutamente.

A las tres en punto llegaron Lanner y el doctor. Holmes no volvió hasta cerca de las cuatro menos cuarto.

—¿Qué hay de nuevo, amigo Lanner?—interrogó con voz algo irónica.

—Que ya hemos cogido al *groom*.

—Muy bien. Yo también tengo á los otros dos.

—¿De veras?—exclamamos los tres á la vez.

—Por lo menos, sé quiénes son.

—¿De veras?—volvimos á repetir.

—Sí. Según yo había supuesto, ese individuo que se hacía llamar Blessington, así como sus asesinos, es antiguo conocido de la policía. Se llaman Biddle, Hayward y Moffat.

—¿Los que robaron la casa de banca Worthingdon?

—Los mismos.

—Entonces Blessington no es otro que Suton.

—Precisamente.

Trevelyan y yo nos miramos sin saber qué decir.

—Ya recordaréis el robo que se cometió en la casa Worthingdon—nos explicó Holmes,—hace algunos años. Los ladrones fueron cinco : estos cuatro, Sutton, Biddle, Hayward, Moffat y un quinto llamado Castwright. El robo ascendía á siete mil libras esterlinas. Fueron detenidos los cinco, pero como no se les pudo probar nada, se les puso en libertad. Después, Sutton denunció á sus compañeros ; Castwright fué ahorcado, y los otros tres, condenados á quince años de trabajos forzados.

Aprovechándose del último indulto, salieron antes de cumplir toda la condena, y su primera idea fué buscar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Ya véis cómo lo han logrado.

Tal fué la extraña aventura del médico Trevelyan y de su original protector. La policía no pudo hallar á los criminales. En Scotland Yard

se cree que perecieron con el vapor *Norah-Creina* que naufragó hace algunos años cerca de Portugal.

Como no se pudo probar nada contra el *groom*, fué puesto en libertad á los dos días.

AVENTURAS DE UNA CICLISTA

Consultando las notas que me sirven para escribir las aventuras de la interesante historia de Sherlock Holmes, veo que el día de nuestro conocimiento con miss Violeta Smith fué el sábado 23 de abril de 1885.

Recuerdo que su primera visita molestó bastante á Sherlock Holmes, quien andaba por aquellos días muy ocupado en cierto caso de *chantage* contra John Vincent Harden, el conocidísimo fabricante de tabacos.

Sin embargo, y á pesar de sus deseos de que no se le interrumpiera en absoluto cuando estaba consagrado á la resolución de algún problema,

no pudo negarse á oir á la joven esbelta y elegante que se presentó una tarde en Baker Street. Inútilmente se le hizo ver que Holmes tenía todo el tiempo ocupado y aún le faltaba ; ella no cejó ; se obstinó en contar sus aventuras. Holmes inclinó la cabeza, hizo un gesto de resignación, y metiendo las manos en los bolsillos, se dispuso á escuchar.

—Deseo pediros consejo acerca de una cosa que me preocupa muchísimo—comenzó la joven...

—No será en lo que atañe á vuestra salud ; una ciclista tan decidida como vos no debe estar anémica.

Ella se miró asombrada los pies y yo me fijé también que las suelas de los zapatos tenían las señales dejadas por el roce del pedal.

—Habéis acertado. Empleo mucho la bicicleta, y este deporte ú obligación mía, está íntimamente unido con el asunto de que deseo hablaros.

—¿Me permitís?—suplicó Holmes.

Y cogiendo la mano libre del guante, se puso á examinarla tan atentamente como lo haría un geólogo examinando un fósil.

—Esto también forma parte de mi oficio—exclamó sonriendo y abandonando la mano.

—Al principio creí que érais dactilógrafa ; pero luego comprendí que érais música. Observad, Watson, cómo tiene aplastada la extremidad de los dedos, y esto, unido á la extraordinaria vivacidad del semblante, me han hecho saber que la señorita es muy aficionada á la música.

—En efecto, soy profesora de piano.

—El color de la cara me dice que vivís en el campo, ¿no es así?

—Así es ; vivo cerca de Farham, á orillas del Surrey.

—¡ Bello país ! ¿Os acordáis, Watson? Allí tuvimos cierta aventura... Pero estamos perdiendo el tiempo lastimosamente. Tened la amabilidad de hablar, señorita, y contarnos lo que os ha ocurrido cerca de Farnham, á orillas del Surrey.

Hubo una breve pausa ; luego, miss Violeta Smith comenzó su relación con mucha serenidad.

—Yo, señor Holmes, soy huérfana de padre, el cual murió hace un año aproximadamente. Se llamaba James Smith y era director de orquesta

en el Teatro Imperial. Al morir él quedamos mi madre y yo poco menos que en la miseria, pues el único pariente que teníamos, y que era un hermano de mi padre, marchó muy joven para Africa, y hacía veinticinco años que no sabíamos de él. Un día, recorriendo los anuncios del *Times* en busca de algo que nos interesara, vimos, profundamente asombradas nuestro nombre y unas señas, á las cuales se nos rogaba que fuéramos para hablar de un asunto importante. Ya comprenderéis que no vacilamos un instante, y nos dirigimos á la casa del abogado que firmaba el anuncio, y al entrar en su despacho, hallamos dos caballeros que nos presentó como los señores Carruthers y Woodley, los cuales habían llegado del Africa hacía unos cuantos días. Nos dijeron que eran íntimos amigos de mi tío Ralph Smith, y que éste, al morir, enteramente falto de recursos, en Johannesburg, les suplicó que buscaran á su familia y velaran por ella. Algo extraño nos pareció que mi tío se ocupara de nosotras en la hora de la muerte, no habiéndose ocupado durante la vida ; pero el señor Carruthers, nos dijo que mi tío, al enterarse por pura casua-

lidad de la muerte de nuestro padre, se consideró responsable de nuestro porvenir.

—Un instante, miss—interrumpió Holmes. —¿Cuándo tuvo lugar esa entrevista?

—En diciembre... hace cuatro meses, aproximadamente.

—Está bien ; proseguid.

—Desde el primer momento me resultó profundamente antipático Mr. Woodley. Su rostro, rojo é hinchado ; sus bigotazos, más que rubios rojos, sus sienes hundidas y sus ojos fríos y crueles me impresionaron de tal modo, que volví la cara, disgustada, y pensando que Morton no vería con agrado mi amistad con tal hombre.

—¡ Ah ! ¿De modo que *él* se llama Morton?— murmuró Holmes, sonriendo.

La muchacha se ruborizó un poco ; después se echó á reir.

—Sí ; se llama Morton, es ingeniero electricista, y nos casaremos antes de finalizar el año. Sin embargo, no se trata ahora de él, sino de los hombres que decían venir en nombre de mi tío. Mr. Carruthers, al contrario de Woodley, me resultó una persona bastante simpática y correcta. Llevaba el pálido rostro enteramente afeitado, no hablaba casi nada, y por sus labios vagaba una tenue y perenne sonrisa de bondad.

Nos preguntó por nuestra situación, y al contestarle nosotras con franqueza, me propuso una colocación en su casa como profesora de piano de su hija. Yo puse la objeción de que no quería separarme de mi madre, y entonces él me dijo que podría estar con ella los domingos, y que me daría cien libras esterlinas de sueldo. Acepté, y al siguiente día, fuí á Chiltern Grange, situada á seis millas próximamente de Farnham. Mr. Carruthers es viudo, y la casa corre á cargo de mistress Dickson, un ama de gobierno sexagenaria y muy bondadosa. Respecto á la hija de Mr. Carruthers, es una encantadora niña de unos diez años, muy fácil de convencer, y bastante cariñosa. Realmente yo estaba muy satisfecha con mi colocación, y las semanas se me pasaban sin sentir, no obstante mi vivo deseo de que llegaran los sábados, cuyos días salía yo camino de Londres, para pasar el domingo con mi madre.

La primera nube apareció con la llegada á Chiltern Grange de Mr. Woodley. El hombre

de los bigotes rojos estuvo con nosotros una semana, que me pareció durar tres meses. Resultó antipático á todo el mundo, particularmente á mí. Me hizo el amor, obstinada, brutalmente, abofeteándome con sus millones y asegurándome que si me casaba con él, poseería las mejores alhajas del mundo. Una tarde, poco tiempo después de la comida y cuando le aseguraba por milésima vez que jamás sería suya y que no quería tener nada de común con él, me cogió entre sus brazos jurando que no me soltaría hasta que le diera un beso. A mis gritos acudió Mr. Carruthers, y, afeándole su comportamiento, nos separó. Woodley se precipitó sobre su amigo y le hirió de un puñetazo en la cara. Como comprenderéis, este incidente apresuró su partida; y á la mañana siguiente el señor Carruthers me suplicó que estuviera tranquila, que mientras él pudiera evitarla no volvería á sufrir insulto alguno. Desde entonces no he vuelto á ver á Mr. Woodley.

Y ahora, señor Holmes, llegamos á la parte más interesante de mi relato, y á los hechos que han originado mi visita.

Todos los sábados voy en bicicleta desde Chiltern Grange hasta la estación de Farnham, para tomar el tren que sale á las veintidós. Durante el camino no hallo nunca á casi nadie, y esta soledad es verdaderamente terrible durante un largo espacio de terreno—una milla aproximadamente,—á la derecha la desolación de la llanura y los bosques de Charlington Hall á la izquierda. Hace quince días, al pasar por este sitio, volví por casualidad la cabeza; á unas doscientas yardas de distancia vi un hombre montado en bicicleta. Me pareció de alguna edad, y advertí que tenía la barba negra. Antes de llegar á Farnham volví por segunda vez la cabeza, y el ciclista había desaparecido. No me volví más á acordar de ello. Pero, ¡imaginaos cuál sería mi sorpresa, cuando el lunes siguiente, al volver á Chiltern Grange, me hallé al mismo individuo y en el mismo sitio que el sábado! Mi asombro creció al ver que el sábado y el lunes de la semana siguiente se repetía el mismo hecho. Realmente la conducta del ciclista no podía ser más correcta; permanecía siempre á igual distancia, y nunca me dijo nada. Sin embargo, yo estaba preocupa-

da y llena de inquietud ; puse al corriente al señor Carruthers de lo que ocurría ; él me contestó que ya tenía encargado á Londres un coche y un caballo para evitarme el pasar por aquel sitio tan solitario.

El coche debía llegar esta semana ; pero á consecuencia de no sé qué contratiempo, no llegó, y no tuve más remedio que esta mañana montar en la bicicleta y atravesar el camino tan solitario como en días anteriores. Ya supondréis con qué curiosidad llegué á la parte de la llanura y del bosque. Allí estaba, y siempre á la misma distancia me siguió el misterioso ciclista. Vestía un traje obscuro y una gorrilla escocesa ; en cuanto á la cara, no pude ver más que la barba negra.

Una vez pasado el temor, quedó la curiosidad y acorté la marcha ; él acortó la suya ; yo me detuve ; él se detuvo. Entonces se me ocurrió hacerle una jugarreta : cerca de donde me hallaba, daba vuelta el camino ; pedaleé fuertemente, y al doblar la esquina, me detuve, esperando que, llevado de su impulso, pasara por delante de mí. Pero, después de esperar un rato, me convencí que no había seguido mi ejemplo ;

volví atrás y quedé asombrada. En toda la extensión del camino no se divisaba un alma.

—¿Hay algún sendero transversal?—interrogó Holmes.

—No ; ninguno. Diríase que se lo había tragado la tierra.

Holmes sonrió, y frotándose las manos, exclamó :

—No está mal, no está mal. Me va interesando el asunto. ¿Cuánto tiempo transcurrió mientras estuvisteis en acecho?

—Dos ó tres minutos.

—¿Y no pudo esconderse en algún sitio ni volver hacia atrás?

—No.

—¿Y estáis segura de que no pudo irse á través de la llanura?

—Segurísima.

—Entonces resulta evidente que siguió la dirección de Charlington Hall.

—Tal creo, señor Holmes ; y ahora que lo sabéis todo, espero que me ayudéis y me aconsejéis en este conflicto.

Holmes permaneció callado unos segundos,

—¿Dónde vive vuestro novio?—dijo, levantando de improviso la cabeza.

—En Coventry, y está empleado en la compañía eléctrica del Midland.

—¿Y no será él que intente daros alguna broma?

—¿Me creéis tan inepta que no había de reconocerle?

—¿Tenéis más pretendientes?

—Ante de conocer á Morton, tuve muchos.

—¿Y después?

Las mejillas de miss Smith coloreáronse ligeramente.

—¿Y después?—repitió Holmes.

—Voy á seros franca. Quizá me equivoque; pero me parece que el señor Carruthers siente cierta inclinación por mí. Todo el día estamos juntos, y por la noche nos deleitamos con el piano. Verdad es que él no me ha dicho nunca cosa alguna, porque es un perfecto caballero; pero hay ciertas cosas que no pasan inadvertidas á una mujer.

Holmes fué aumentando su seriedad y su aspecto reflexivo.

—¿Y se halla en buena posición el señor Carruthers?

—Sí, es rico.

—Sin embargo, á pesar de esa riqueza, no posee coche ni caballos.

—No importa; eso es un simple detalle; pero el aspecto general de la casa, su modo de vivir, sus gustos, todo demuestra una buena posición.

—¿Sale mucho de casa?

—No; sólo dos veces á la semana va á la *Cité*, porque es accionista de las minas del Africa del Sur.

—Está bien—dijo Holmes, levantándose.—Tenedme al corriente, miss, de todo lo que suceda. Aunque estoy ocupadísimo estos días, yo procuraré hacer tiempo para emplearlo en vos. Entretanto, no hagáis nada sin prevenírmelo antes.

—Perded cuidado, señor Holmes; os estoy muy agradecida.

—De nada, señorita; confío en que nos hemos de ver pronto y no por malas noticias.

Miss Violeta Smith salió de la habitación.

—Es muy lógico que una muchacha de su

edad y de sus condiciones, tenga individuos que vayan detrás de ella—dijo Holmes, encendiendo tranquilamente la pipa.—Pero no es tan lógico que la sigan en bicicleta por caminos solitarios y en la forma que lo hace ese misterioso enamorado. Como véis, amigo Watson, se trata de un caso bastante curioso.

—Efectivamente es muy extraordinario.

—Ahora necesitamos saber quiénes son los habitantes de Charlington Hall, y cómo Carruthers y Woodley, que parecen ser tan diferentes, tienen tan íntimas relaciones, puesto que los dos aparentaron tan idéntico interés por la suerte de miss Smith ; y, por último, qué motivo hay para pagar á una profesora de piano doble sueldo que el corriente, y, en cambio, carece de un mísero carricoche para conducirla á la estación. Esto es extraño, Watson, muy extraño.

—¿Váis á ir allá?

—No, querido. Váis á ir vos. Quizá no sea más que una intriga insignificante, y me haría muy poca gracia abandonar trabajos serios por una simpleza. Pasado mañana, lunes, iréis muy temprano á Farnham, os ocultaréis en cualquier lu-

gar, observaréis y haréis lo que os parezca conveniente y luego venís á contármelo. ¿Estáis conforme?

—Conforme—respondí algo orgulloso por su confianza en mí.

Al lunes siguiente salí de Waterlóo en el tren de las nueve y trece, es decir, treinta y siete minutos antes que miss Smith. Una vez en la estación de Farnham no me fué muy difícil encontrar el sitio misterioso. El camino, según nos contó la joven, dejaba á un lado la llanura y al otro un alto y áspero matorral, detrás del cual, erguíanse árboles seculares y blanqueaba un viejo palacio cubierto de musgo y de emblemas heráldicos. Aparte de la entrada principal, advertí que aquella especie de seto ó vallado salvaje estaba roto en muchos sitios, y que al pie de la rotura nacían caminitos y senderillos.

En la llanura florecían las aulagas y un sol primaveral vertía sus rayos débiles todavía. Yo me escondí detrás de unas matas en el sitio que pudiera observar al mismo tiempo la entrada del castillo y un largo espacio de carretera. Al poco rato apareció un ciclista que venía en dirección de Farnham. Vestía de obscuro y tenía la barba negra. Al llegar frente á Charlington, saltó al suelo y se ocultó entre la maleza.

Al poco rato vi otra ciclista que venía en dirección contraria. Era miss Smith. Al pasar junto á Charlington miró con ojos curiosos ; cuando ya iba un poco lejos, salió el otro individuo de su escondite, montó en la máquina y echó á correr en pos de la profesora de piano. Eran las dos únicas personas que había entonces en la carretera. La esbelta silueta de la muchacha, muy erguida en su silla, destacábase claramente ; mientras que el hombre se inclinaba sobre el guía como temiendo ser conocido. Ella volvió la vista y disminuyó la velocidad : él hizo lo mismo ; ella se paró ; él se paró también.

De repente, ella hizo un movimiento tan rápido como ingenioso. Dió una vuelta y se dirigió

velozmente sobre su perseguidor ; pero éste fué tan rápido como ella, y corrió también. Miss Smith no tardó en cambiar de dirección con un gesto desdeñoso y altivo, y continuó su camino escoltada siempre por su extraño cortejo. Al poco rato les vi desaparecer en un recodo del camino.

Permanecí aún un poco en mi escondite, y no tuve por qué quejarme de ello, pues pasados unos minutos, vi de nuevo al ciclista que volvía con lentitud. Entró en el jardín por la puerta principal, y echó pie á tierra. Le vi levantar los brazos, indudablemente para arreglar la corbata, y volviendo á montar en la bicicleta, se dirigió al castillo. Salí corriendo de mi escondite y miré por los espesos árboles : ya no vi nada.

Ya en Londres, me dirigí á la muy importante agencia de Pall Mall. El jefe de la oficina me recibió muy cortésmente y me dijo que si pensaba alquilar Charlington Hall, llegaba muy tarde, pues hacía un mes que había sido alquilado por Mr. Williamson, y haciéndome una indicación de cabeza me despidió, sin decirme una palabra más.

Sherlock Holmes escuchó con atención el resultado de mis pesquisas, y con gran asombro mío, en vez de las calurosas felicitaciones que esperaba, se puso más serio que de costumbre, y comenzó á discutir lo que llamaba mis torpezas y mis olvidos.

—Escogísteis muy mal escondite, amigo Watson. Debísteis ocultaros en la maleza que rodea al castillo, porque de ese modo hubiérais podido divisar de cerca al individuo, y no que de este modo vuestros datos son absolutamente iguales que los de miss Smith. Ella afirma no conocerle, y yo creo todo lo contrario, porque si no, no tendría razón de ser este temor suyo de que le vea el rostro, según confirma ese detalle de inclinarse demasiado sobre el guía. Veo, amigo Watson, que habéis estado bastante torpe. ¿A quién demonios se le ocurre venir á una agencia de Londres para averiguar datos de un individuo que se pierde en el jardín de Charlington Hall?

—¿Pues qué iba á hacer?—repuse algo malhumorado.

—Ir á la taberna ó á la posada más próxima, que indudablemente será el nido de los comadreos é indiscreciones de la contornada. Allí hubiérais sabido todos los nombres, desde el del amo hasta el del último criado. El nombre de Williamson nada dice. En suma, ¿qué hemos logrado con vuestras observaciones? ¿Una ratificación de lo dicho por miss Smith? ¡Maldita la falta que hacía! ¿Que el misterioso ciclista no es extraño al castillo? Eso ya lo sabíamos.

—¡Lo sabíais vos!—repliqué secamente.

—Sí, lo sabía; mejor dicho, tenía casi la seguridad de ello. Pero no pongáis esa cara, amigo Watson. Otras veces habéis acertado. Dejemos este asunto, por ahora, puesto que no podemos hacer nada hasta el lunes que viene.

Al siguiente día recibimos una carta de miss Smith contando sucinta y exactamente los acontecimientos que yo había presenciado, y al final de ella había una postdata muy interesante:

«Voy á haceros una confidencia, en la segu»ridad, señor Holmes, que no quebrantaréis el »secreto. Mi posición aquí es ahora delicadísima, »pues el señor Carruthers se me ha declarado hoy »mismo, ofreciéndome su mano. Comprendo la

»sinceridad y honradez de sus sentimientos ; pe-
»ro no puedo aceptar : ya sabéis que mi corazón
»pertenece á otro. Ya comprenderéis lo violento
»de la situación de ahora en adelante.»

—Decididamente—exclamó Holmes después de leer la carta, con aire pensativo,—esto se complica. El asunto adquiere mayor interés cada día, y me parece que voy á pasar un día en el campo, á gozar de la primavera y del aire libre. Serán unas cuantas horas de tranquilidad.,

Las horas campestres y tranquilas concluyeron de muy mala manera para Holmes. Volvió á Baker Street, muy tarde, con un labio roto, un enorme chichón en la frente y con un aspecto tan desastroso, que si lo halla algún policía no lo hubiera pasado muy bien. Sin embargo, parecía muy satisfecho, y entre carcajadas me relató sus aventuras :

—Lo primero que hice fué buscar la posada de que os hablé, y que sin duda alguna tenía que existir. Una vez dentro de ella, empecé mis averiguaciones. Convidé al posadero á una copa, y éste, que resultó un gran parlanchín, me puso al

corriente de todo. Según parece, Williamson es un viejo de barba blanca, que no tiene familia alguna, y habita el castillo sólo con tres ó cuatro criados. La gente dice que ha sido ó es pastor protestante. El posadero me dijo también que todos los sábados entraban en el castillo muchos individuos, y particularmente un tal Woodley, que iba siempre con él. Estábamos en esta conversación, cuando un hombre de bigotes rojos se nos aproximó preguntando quién era yo, qué quería y por qué me interesaba por tales historias. Ya me disponía yo á contestarle, cuando me vi brutalmente sorprendido por una bofetada, con la cual concluyó el individuo su exabrupto. Yo le contesté como se merecía, y á los pocos instantes la posada fué teatro de una homérica lucha. A mi adversario creo que se lo llevaron en una carreta ; yo ya véis cómo estoy. Pero, no obstante, debo confesar que á pesar de estos amenos entretenimientos, no he logrado con mi visita mucho más que vos con la vuestra.

El jueves tuvimos la siguiente carta de miss Smith :

«Voy á daros, señor Holmes, una noticia que »quizá os sorprenda. El sábado saldré de esta ca- »sa para no volver más. A pesar de la corrección »y el fino trato del señor Carruthers, mi situa- »ción aquí se ha hecho insostenible. Todo parece »enteramente arreglado, hasta los peligros de »una caminata en bicicleta, puesto que el señor »Carruthers ha recibido ya el coche. Además, »quizá continuara y procuraríamos Carruthers »y yo olvidar lo sucedido, á no ser por la vuelta »del señor Woodley y su presencia constante en »esta casa. Ya en esto no puedo transigir. Siem- »pre me fué antipático ; pero ahora, y á conse- »cuencia de no sé qué accidente que le ha des- »hecho la cara, está verdaderamente repulsivo. »Debe vivir en las cercanías, pues le veo muy de »mañana rondar la casa. Yo preferiría mil veces »más encontrarme con una fiera que con este »hombre repulsivo. Menos mal que ya me que- »dan pocos días de sufrimiento. El sábado, Dios »mediante, le perderé de vista.»

—¡ Ojalá !—exclamó Holmes, gravemente, al concluir la lectura.—Existe en torno de esta mu-

chacha una conspiración misteriosa, la cual tenemos el deber de contrarrestar. Debemos velar por ella en su último viaje. Por consiguiente, el sábado por la mañana temprano saldremos para Farnham.

Así lo hicimos, y no pude contener un estremecimiento de angustia al ver que Holmes, serio y preocupado, se guardó antes de salir de casa un revólver en el bolsillo.

Había llovido la noche anterior, y por ello las plantas y los árboles aparecieron más lozanos á nuestros ojos, acostumbrados á mirar las nieblas de Londres. Holmes y yo andábamos con lentitud, respirando á pulmón lleno la frescura de la mañana y recreábamos nuestros oídos con la greguería de los pájaros y la suave y adorante canción de las ramas mecidas por un viento suave. A la izquierda, surgiendo de las copas de los robles y de las encinas, veíase la piedra gris del castillo. A la derecha se extendía la parda llanura.

De pronto, Holmes se paró, y con el brazo rígido marcó un punto en la lejanía. En la cinta amarillenta del camino, veíase á un carruaje que venía hacia nosotros rápidamente.

—O he calculado mal—dijo Sherlock con un gesto de impaciente disgusto,—ó ha salido antes de la hora. De todas maneras, mucho me temo que lleguemos antes de pasar el coche por Charlington.

Y dichas estas palabras, echó á correr. Yo le seguí, y entonces comprendí la elasticidad de sus piernas y la inhabilidad de las mías. Pronto me quedé atrás, y ya me disponía á gritarle que me esperase, cuando le vi pararse y alzar los brazos al Cielo con un ademán de desesperación. Al mismo tiempo advertí que el coche que venía hacia nosotros era violentamente arrastrado por el caballo desbocado, con las riendas por el suelo, los asientos vacíos y el pescante también.

—¡ Demasiado tarde, Watson—gritó Holmes, al llegar yo junto á él sudoroso y jadeante.

—¡ He sido un idiota ! Se trataba de un rapto, de un asesinato, tal vez. Venid, vamos á detener el caballo. ¡ Por aquí ! ¡ Eh ! ¡ Cuidado ! ¡ Así ! ¡ Ajajá ! ¡ Subíos, subíos pronto ! ¿ Estamos ya ? Andando.

Y una vez sentados dentro del coche, Holmes

dió un fustazo al caballo y seguimos la carretera. Al dar la vuelta cogí el brazo de Holmes :

—¡ Mirad ! ¡ Ahí está el ciclista !

En efecto. Hacia nosotros venía un individuo montado en bicicleta y pedaleando rápidamente. De pronto levantó la cabeza y nos vió. Entonces se paró en seco y saltó á tierra. Su barba negra como el ébano, formaba rudo y extraño contraste con la palidez del semblante y los ojos brillantes de fiebre.

—¡ Alto !—gritó, interponiéndose con su máquina en medio de la carretera.—¿ Dónde habéis cogido ese coche ?

—¡ Paso !—exclamé.

—¡ Alto, he dicho !—rugió, sacando un revólver y apuntándonos.—¡ Si dáis un paso más, empiezo á tiros !

Holmes dejó las riendas y bajó al suelo.

—En busca vuestra íbamos. ¿ Dónde está miss Smith ?—dijo con su tranquilidad característica.

—¡ Eso os pregunto yo !—repuso el desconocido.—Vosotros que venís en su coche, debéis saberlo.

—No ; nosotros hemos hallado este coche va-

cío, y nos hemos apoderado de él para llegar antes y poder salvar á esa joven.

El desconocido se mesó los cabellos con desesperación.

—¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !—exclamó.—¿ Qué habrá sido de ella? Ese canalla de Woodley y ese pastor indigno me la han robado. ¡ Ah ! ¡ Ya sé ! ¡ Venid, venid conmigo ! Os juro que la salvaremos, aunque tenga que dejar mi piel entre sus manos.

Y echó á correr, siempre con el revólver empuñado, hacia los matorrales que circundaban el castillo ; Holmes corrió en pos de él, y yo, abandonando el coche en medio de la carretera, seguía á Holmes.

Así, uno detrás de otro, atravesamos las zarzas y seguimos un sendero estrecho.

—Por aquí han pasado. Mirad sus huellas—dijo el desconocido indicando el suelo fangoso. —Pero ¡ calla ! ¿ Qué hay allí?

Era el cuerpo de un jovencillo vestido de lacayo, con polainas de cuero. Yacía de espaldas con la cabeza rota ; un charco de sangre le iba empapando poco á poco el cabello. Le examiné con

rapidez y vi que, afortunadamente, no estaba interesado el hueso.

—¿ Qué? ¿ Es grave?—preguntó Holmes.

—No ; será cosa de algunos días.

—¡ Pobrecillo !—exclamó el desconocido.—Es John. Los miserables le han herido para poder obrar á su gusto.

Y luego, pateando de impaciencia :

—Pero vamos ; ya volveremos por él. Los minutos son preciosos. Quizá lleguemos á tiempo.

Echamos á correr de nuevo. Estábamos ya cerca de la casa cuando Holmes se paró.

—¡ Eh ! Por aquí han torcido. ¿ No lo dije?

En aquel instante un desgarrador grito de mujer se extendió por el bosque. Luego se oyeron gemidos detrás de un matorral cercano.

—¡ Por aquí ! ¡ Por aquí !—gritó el desconocido. — Seguidme, señores. ¡ Cobardes ! ¡ Canallas !...

Llegamos á una plazoleta formada por altos y seculares árboles. Al pie de un roble desfallecía, amordazada, mis Smith ; junto á ella, un hombre de bigotes rojos, agitando triunfalmente un látigo. Entre los dos había otro hombre,

ya viejo, de barba gris y con un paño blanco sobre el traje de americana. Sin duda alguna acababa de verificarse una ceremonia religiosa, porque en el instante de llegar nosotros se guardaba en el bolsillo un libro de oraciones, y con la otra mano le daba golpecitos en la espalda á su compañero, como felicitándole :

—¡ Se han casado !—exclamé.

Nuestro guía no contestó, y siguió corriendo. Holmes también continuó corriendo y yo hice lo mismo.

Al aproximarnos al grupo, Williamson nos saludó con burlesca cortesía, Woodley se adelantó hacia nosotros sonriendo con ferocidad, y dijo :

—Vaya, quitáos esa barba, Bob. Os hemos reconocido. Veo que llegáis á tiempo, señores, para que tenga el gusto de presentaros á mistress Woodley. La respuesta de nuestro guía no se hizo esperar mucho. Se arrancó la barba postiza y la tiró al suelo, dejando ver un rostro enteramente afeitado ; luego, levantó el brazo y apuntó á Woodley, exclamando :

—Sí ; yo soy Bob Carruthers, y, por lo mismo, sabéis que cumplo lo que prometo. Esa mujer...

—Llegáis tarde. Esa mujer es ya mi esposa.

—¡ No ! ¡ Vuestra viuda !

Salió el tiro. En el chaleco de Woodley punteó la sangre, y dos segundos después el raptor dió una vuelta sobre sí mismo, se llevó las manos al pecho y cayó de espaldas. El sacerdote lanzó una blasfemia, y sacando un revólver intentó disparar ; pero Holmes se arrojó sobre él y se lo arrancó, diciendo fríamente :

—¡ Basta ya ! Tomad, Watson, guardad esa arma. Y vos, señor Carruthers, entregadme la vuestra. ¡ Basta de violencias ! ¡ Vamos !

—Pero, ¿quién sois vos?

—Sherlock Holmes.

—¡ Gran Dios !

—Celebro que hayáis oído hablar de mí. Eso os hará ver que hasta la llegada de la policía represento la ley. ¡ Eh ! ¡ Venid acá !—prosiguió, dirigiéndose á un criado que asomó su cara llena de terror entre los árboles—vais á llevar esta carta en seguida á Farnham.

Y sacando un cuaderno del bolsillo escribió

unas líneas apresuradamente, arrancó la hoja y se la entregó al criado, diciendo :

—Se la entregáis al Comisario de policía.

El criado desapareció entre los árboles, y Holmes, con voz enérgica, continuó, dirigiéndose hacia nosotros :

—¡ Todos detenidos !

Ante aquella actitud de hombre fuerte y seguro de sí mismo, nos sentimos dominados y sin voluntad. Williamson y Carruthers llevaron al herido hasta la casa, y yo ofrecí el brazo á la atemorizada joven. Acostamos al herido y yo le reconocí por encargo de Sherlock Holmes, mien tras mi amigo aguardaba en el comedor, y acom pañado de los dos detenidos, el resultado del reconocimiento.

Cuando entré en el comedor dije lacónicamente :

—¡ Vivirá !

Carruthers saltó del asiento.

—¡ Que vivirá !—gritó.—¿ Decís que vivirá? ¡ De ningún modo ! Ahora mismo subo y le remato. ¡ No faltaba más si no que este ángel estuviera unida para siempre á ese canalla !

Holmes le sujetó :

—No os apresuréis. Hay dos condiciones indispensables para la validez de un casamiento, y me parece que una de ellas no se ha cumplido.

En los labios de Williamson se dibujó una sonrisa irónica.

—¿ Cuál?

—La de que tengáis derecho á bendecir una boda.

El bandido encogióse de hombros :

—Hace mucho tiempo que recibí las órdenes.

—Sí, pero después os descalificaron.

—¡ No importa !

—¡ Sí que importa ! Pero, en fin, eso es lo de menos. Falta el consentimiento de la mujer, y éste no le habéis obtenido.

—¿ Cómo que no?

—Como que no. Habéis cometido una falta castigada en el Código con lo menos diez años de prisión. Respecto á vos, señor Carruthers, creo que hubierais obrado más cuerdamente no haciendo uso del revólver.

—Tal vez, señor Holmes ; pero cuando vi que,

no obstante todas las precauciones que tomé para salvar á esta mujer adorada—porque yo la amo, señor Holmes, la amo, como no creí que se pudiera amar nunca, — de las manos de ese Woodley, el más infame bandido de Africa, cuando vi que, á pesar de todas las precauciones, no había logrado nada, perdí la cabeza y disparé... No lo querréis creer, señor Holmes, pero esa mujer me ha regenerado. Desde que entró en mi casa ya sólo pensé en ella, y siempre que salía me ponía una barba postiza y la seguía á distancia para evitarle cualquier contratiempo al pasar por delante de este castillo donde acechaban estos dos miserables.

—¿Y por qué no la advertisteis el peligro que corría?

—Porque se hubiera marchado en seguida de casa, y yo no podía vivir sin verla. Aunque no me amara, me bastaba sentirla cerca de mí, y oir el sonido de su voz, y ver brillar sus ojos y reir su boca.

—¡Pero eso—dije—no es amor sino egoísmo!

—Es posible. Yo creo que en el fondo de todo corazón estos dos sentimientos se dan la mano.

Pero, en fin, fuera como fuera, el caso es que yo no me resignaba á dejarla entregada á sí misma, persiguiéndola como la perseguían estos dos bandidos. Sobre todo, cuando llegó el telegrama.

—¿Qué telegrama?

Carruthers se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel azul.

—Este.

Holmes lo cogió y leyó en voz alta:

—«El viejo ha muerto.» ¡El viejo ha muerto! —repitió.—Ahora lo comprendo todo. Todo se presenta claro ante mi vista... Sin embargo, ¿queréis ayudarme diciéndome cuanto sepáis?

Williamson profirió una blasfemia.

—¡Cuidado, Bob Carruthers! Como digáis cosa alguna respecto de nosotros, os va á costar caro. Podéis decir cuanto queráis de vuestros romanticismos con esa mujer; pero sin hablar de nosotros, porque me parece que vais á correr la suerte de Woodley.

—No se incomode vuestra reverencia—exclamó Holmes encendiendo tranquilamente un cigarrillo.—Vuestro asunto es de los más claros que he conocido, y si pido la ayuda de Carru-

thers, únicamente es para algunos simples detalles. No obstante, si os ponéis tonto, yo seré el que cuente la historia, y os convenceréis de que conozco todos vuestros secretos. Por de pronto, sé que Woodley, Carruthers y vos, vinisteis de Africa con una idea determinada.

—¡Mentira! Yo no les había visto en mi vida á estos dos hombres, y nunca he estado en Africa.

—Tiene razón—murmuró Carruthers.

—Bueno; convengamos en que no vinieron más que dos. Vuestra Reverencia no es, por consiguiente, artículo de importación. Woodley y Carruthers conocieron en Africa á un tal Ralph Smith, hombre muy rico, con vida para muy pocos años, y una sobrina en Inglaterra que heredará toda su fortuna. ¿No es eso?

Carruthers asintió con la cabeza. Williamson lanzó una blasfemia.

—Entonces—prosiguió Holmes,—decidisteis venir á Inglaterra y buscar á la sobrina de Ralph Smith; uno de vosotros se casaría con ella y partiría la herencia con el otro. Woodley, por

una razón que desconozco, fué designado para marido.

—Lo jugamos á las cartas durante la travesía y ganó él.

—Muy bien. Llegasteis á Londres, conocisteis á la muchacha y la empleasteis en vuestra casa para que Woodley pudiera hacerle el amor. Pero ella no pudo acostumbrarse á ese hombre y le rechazó cuantas veces se acercó hablándole de amores. Entretanto, vos os enamorasteis y pensasteis hacer todo lo posible por evitar que mis Smith fuera de ese bárbaro. ¿No fué así?

—Precisamente.

—Reñisteis con Woodley y éste salió furioso de vuestra casa para continuar sin vos la proyectada infamia.

—Me parece, Williamson—interrumpió Carruthers con una sonrisa amarga,—que el señor Holmes sabe tanto como nosotros. Tenéis razón—continuó dirigiéndose á Holmes.—Reñimos, me golpeó y le perdí de vista durante algunos días. Entonces fué cuando halló á este granuja y alquilaron juntos este castillo que está no lejos del camino que mis Smith tenía que

seguir semanalmente para ir á la estación. Como seguí en relación con ellos, estuve al corriente de alguna de sus ideas y procuraba contrarrestarlas sin que ellos se enterasen. Hace dos días Woodley vino á verme con el telegrama de la muerte de Smith y me preguntó si estaba dispuesto á cumplir lo concertado. Yo le contesté negativamente. Entonces me propuso que fuera yo el que contrajera matrimonio, siempre que partiese con él la herencia. «Por desgracia—le dije—ya se lo he propuesto y no quiere.» «Eso »no importa—contestó—os casáis á la fuerza y »después ya se acostumbrará.» Me opuse rotundamente á ejercer violencia alguna contra la muchacha, y entonces él salió de casa prorrumpiendo injurias y amenazas. El sábado debía salir la joven de casa para no volver más, y, á pesar de que iría en coche, yo no estaba muy tranquilo y decidí seguirla por última vez en bicicleta. Lo demás ya lo habéis visto.

Holmes se levantó, y tirando la colilla en el zinc de la chimenea, exclamó :

—Confieso, Watson, que no he estado muy listo en esta ocasión. Cuando me dijisteis que el

ciclista levantó los brazos para arreglarse la corbata, debí comprender que llevaba barba postiza. En fin, ya está todo descubierto y no falta más... que... ¡ Calla ! Ahí vienen tres agentes, y con ellos el lacayo herido. Me felicito de que no haya habido ninguna muerte. ¿Queréis subir, Watson, á ver si mis Smith necesita algo y á decirle que tendremos mucho gusto en acompañarla hasta casa de su madre?

*
* *

Voy á concluir :

Mis Smith heredó una inmensa fortuna, y hoy día es la señora de Morton, el copropietario de la importante casa de Morton y Kernnedy, los famosos electricistas de Westminster.

Williamson y Woodley, acusados de rapto con violencia, fueron condenados á siete años de trabajos forzados el primero, y á diez el segundo. En cuanto á Carruthers, no hemos vuelto á saber de él ; pero tengo la certidumbre de que se libró con unos cuantos meses de prisión únicamente.

LOS LENTES DE ORO

I

Cierta noche fría y tempestuosa de fines de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados junto á la chimenea, engañando á las horas hasta que llegase la de acostarnos. El, con el auxilio de una lupa, esforzábase en robar los secretos de un arcáico *palimpsesto*. Yo leía las primeras páginas de un tratado de cirugía recién aparecido en las librerías.

Afuera el viento silbaba y, de vez en cuando, un golpeteo de gruesa lluvia llamaba en los cristales de las ventanas. Cansado de leer, tiré el libro encima de una silla, y me aproximé al balcón. En la acera de enfrente, un farol reflejaba

su luz amarillenta y temblorosa por el aire sobre las losas brillantes. En toda la extensión de la calle no se veía nadie. Allá lejos, muy lejos, asomaron y fueron agrandándose, poco á poco, las dos pupilas rojas de un carruaje. De improviso sentí en el hombro la mano de Sherlock y junto á mi rostro sonó su voz clara y concisa.

—¡ Vaya una nochecita ! ¿Eh, Watson?

—¿Qué, habéis dejado ya ese pergamino?

Holmes encogióse de hombros.

—Sí ; resulta muy pesado. Además no tiene el menor interés. Son las cuentas de una abadía del siglo xv Pero, ¿qué es eso?

El coche que yo había visto hacía un momento estaba ahora detenido junto á la puerta. Al mirar yo, vi bajar un hombre y cruzar la acera con ligereza.

—¿Qué demonios querrá?—exclamó inconscientemente.

—¿Que qué querrá? Seguramente que nos pongamos los chanclos, el impermeable y todas cuantas defensas inventó el hombre contra noches como esta... ¿Qué? ¿Se va el carruaje? Menos mal.

En el pasillo sonó una voz conocida.

—¿Está?—preguntó á la criada.

Holmes abrió la puerta del despacho.

—Pasad, pasad, amigo Hopkins, algo muy grave debe suceder cuando habéis salido con una noche tan endiablada.

Stanley Hopkins, el conocido policía, penetró en el cuarto; y mientras yo le ayudé á quitarse el goteante impermeable, Holmes atizó el fuego de la chimenea.

—Vaya, amigo Hopkins, aproximaos aquí y calentaos un poco los pies. ¿Queréis un cigarro? El amigo Watson os preparará una bebida exquisita y excelente contra el frío. ¿Qué demonios ocurre?

—¿No habéis leído los periódicos de hoy?

—No. He pasado el día en el siglo XV.

—Después de todo no habéis perdido nada, porque las noticias eran muy vagas é incompletas. Se trata de un crimen cometido en Yoxley-Old-Place, en el condado de Kent, á siete millas de Chatham. Me avisaron á las tres, á las cinco estaba en el sitio del suceso, y hace un momento

llegué á Charing-Cross, ya de vuelta, en el último tren.

—Todo eso quiere decir que se trata de un asunto de importancia, ¿no es eso?

—Justo. Yo no he visto en mi vida un crimen más sencillo, á primera vista, y que más dificultades vaya presentando conforme se intenta darle una explicación. Hasta ahora sólo sé concretamente, fijamente, una cosa: que han matado á una persona.

En los labios de Holmes dibujóse una sutil sonrisa.

—Poco es. Pero eso tendrá su historia.

Y encendiendo la pipa, se repantigó en el sillón, disponiéndose á escuchar la narración.

—Claro que sí—repuso Stanley Hopkins.—Veréis:

Hace algunos años, un individuo llamado el profesor Coram, alquiló Yoxley-Old-Place. Era un hombre enfermizo y débil que pasaba la mayor parte de los días en la cama, y el resto en un cochecito, que conducía su mismo jardinero á través de la propiedad. Según los informes de algunos vecinos que trabaron relaciones de amis-

tad con él, es un hombre bastante sabio y muy atento. El personal de la casa lo constituye mistress Marker, el ama de gobierno, y una doncella llamada Susana Tarlton. Ambas mujeres están á su servicio desde que se instaló en el país, y su conducta es intachable por todos conceptos.

El año pasado, el profesor Coram comenzó á escribir una obra científica y tomó un secretario para que le ayudara. El que tenía en la actualidad formaba el número 3, pues los dos primeros no le satisfacieron por completo. Este secretario era un tal Willoughby Smith, y pasaba el día en Yoxley-Old-Place.

Por la mañana se ocupaba en escribir al dictado, bajo las órdenes de Coram, y por la tarde, buscaba, con el profesor, los documentos y datos que habían de servir para el siguiente día. Era un joven instruido, simpático, honrado y del cual todas las gentes de la comarca se deshacen en elogios. Nada parecía indicar que un hombre de estas condiciones tuviese enemigos, y, no obstante, esta mañana apareció asesinado en el despacho del profesor.

Stanley Hopkins hizo una pausa. El viento

continuaba gemebundeando en las calles desiertas. La lluvia azotaba los cristales. Holmes echó un leño en la lumbre que principiaba á encenizarse.

—Verdaderamente—continuó el detective,—costaría trabajo encontrar en toda Inglaterra una casa más tranquila y más alejada del mundano vivir.

Pasaban las semanas sin que nadie saliera de la casa, que diríase deshabitada, á no ver á Mortimer, el jardinero, inclinado sobre las plantas ó subido en los árboles de la posesión.

Según la declaración de Susana Tarlton, durante las primeras horas de la mañana, no sucedió nada de particular. A eso de las once y media, estando ella en una habitación del primer piso, sintió salir á Willoughby Smith de su cuarto y penetrar en el despacho del profesor, situado, precisamente, debajo del cuarto donde estaba la doncella. Susana asegura que no sintió cerrar la puerta del despacho, y que apenas habían transcurrido unos minutos, después de la entrada del secretario, cuando se oyó un grito desgarrador, salvaje, después un ruido sordo co-

mó de cuerpo que cae violentamente, y luego un silencio absoluto.

La criada permaneció un instante sin saber qué hacer ; pero, recobrando en seguida su sangre fría, salió al pasillo y descendió las escaleras rápidamente. La puerta del despacho estaba cerrada. Susana la abrió, y lo primero que vió fué el cuerpo del desgraciado Smith tendido en medio de la habitación. A primera vista no presentaba herida alguna, pero cuando intentó incorporarle, vió que la sangre salía á borbotones de una herida que le había roto la carótida. A pocos pasos yacía el instrumento del crimen : un punzón con mango de marfil, que Susana recordaba haber visto siempre sobre la mesa del profesor. Al cambiar de postura y al sentir la frescura de agua con que la doncella le roció la cara, el herido abrió los ojos y pronunció unas palabras : «*El profesor... ¡Era ella!*» Hizo un nuevo esfuerzo para seguir hablando, pero no le fué posible, agitó un poco la mano derecha y la cabeza se le cayó sobre el pecho. Un chorro de sangre vino á engrosar el charco de la alfombra. Willoughby Smith había muerto. Unos segun-

dos después llegó el ama de gobierno, y en vista de que ya no podía hacer nada por el desgraciado secretario, dejó á Susana junto al cadáver y corrió á la alcoba del profesor, que todavía no se había levantado. Coram estaba sentado en la cama y parecía presa de la mayor agitación. Dijo que dispertó sobresaltado por el grito, y que pensó correr al despacho inmediatamente, pero que precisamente aquella mañana el cuerpo le obedecía menos que nunca.

Declaró también que aquellas palabras del moribundo debían ser motivadas por el delirio, y que no se explicaba el crimen, porque nunca le conoció enemigos á Willoughby. A instancias suyas fué llamada la policía al sitio del suceso, y el condestable me puso un telegrama avisándome. Cuando llegué, todo se hallaba en las mejores disposiciones. El profesor Coram había ordenado que todo se dejara tal como estaba, y que no anduviera nadie por los senderos que conducen á la casa.

Holmes se frotó las manos sonriendo.

—¿Y qué hicisteis, amigo Hopkins?

—Primero, para daros cuenta de la topogra-

fía del terreno, fijáos en este plano que hice deprisa y corriendo, y esto os ayudará á seguir mis investigaciones.

Desenrrolló un plano, extendiéndolo sobre las rodillas de Holmes; yo me acerqué y seguí la marcha del dedo de Hopkins por encima del hombro de mi amigo.

—Mirad. Este es el despacho del profesor. Como veis, estos dos pasillos, el que conduce al jardín y el que conduce á la alcoba, son iguales, y mueren en la misma puerta. Ahora bien; ¿por dónde entró *ella?* Sin duda por el jardín, y por el jardín tuvo que salir, porque yendo por el otro pasillo hubiera ido á parar á la alcoba del profesor. Como durante la noche no había dejado de llover, fué inútil que intentara hallar huellas suyas en el sendero del jardín.

—Un momento — interrumpió Holmes. — ¿Adónde conduce ese sendero?

—A la carretera.

—¿Qué extensión tiene?

—Un centenar de metros poco más ó menos.

—¿Y al final, donde la verja de entrada lo corta, habéis hallado alguna huella?

—No; desgraciadamente está empedrado en esa parte.

—¿Y en la carretera?

—Tampoco. Estaba hecha un lodazal.

Holmes hizo un gesto de desagrado.

—Realmente no está muy claro que digamos... Bueno; continuad.

—Seguro de que alguien había venido de la parte de fuera, examiné con atención el pasillo, cubierto de linoleum; pero no encontré tampoco la menor señal. Entonces regresé al despacho. Sus muebles principales son la mesa y una especie de armarito, con un gran cajón central, y otros más pequeños á ambos lados. De ellos, el primero, era el único cerrado con llave; los otros estaban enteramente abiertos. El profesor abrió el cajón central y pudo comprobar que no le faltaba ni uno solo de los importantes papeles que allí guarda siempre. Como veis, el robo no pudo ser la causa del crimen. El cadáver del secretario yacía á la derecha de la mesa y la forma de la herida alejaba toda suposición de suicidio.

—¡A menos que no hubiese caído de espaldas!—interrumpió Holmes.

—También lo pensé; pero debemos descartar esa hipótesis por el sitio donde se hallaba el punzón. Además, no debemos echar en saco roto las últimas palabras de Willoughby; y, finalmente, en su mano derecha, entre los dedos crispados, hemos encontrado esto, que, como comprenderéis, no carece de importancia.

Stanley Hopkins sacó del bolsillo del chaleco un paquetito, que deshizo, y aparecieron unos lentes de oro, del cual colgaba un pedazo de cordón negro.

—¿Cómo os explicáis la estancia de estos lentes en una casa donde nadie es corto de vista?

Sherlock Holmes se apoderó de los lentes. Los examinó muy atentamente; se los puso en las narices; leyó un poco; fué hasta la ventana y miró hacia la calle. Después, sonriendo de satrsfacción, se los quitó, y sentándose en la mesa escribió algunas líneas y le dió el papel á Hopkins, diciendo:

—Tomad. Con esos datos ya podéis hacer algo.

Profundamente asombrado, el policía leyó en alta voz lo siguiente:

«Debe buscarse á una mujer alta y elegante, »de nariz muy ancha y ojos muy juntos. Tiene »la frente rugosa, es cargada de espaldas y ha »tenido que ir dos veces al mismo óptico. Te»niendo en cuenta el reducido número de estos »comerciantes, no es muy difícil encontrarla.»

Cuando concluyó de leer, levantó la vista y se nos quedó mirando con tal estupefacción, que Holmes soltó la carcajada.

—Es muy sencillo, amigo Hopkins. Basta ver la elegancia de los lentes para comprender que pertenecen á una señora—lo cual viene á confirmar las últimas palabras de Willoughby.—El estar montados en oro demuestra que esta señora está en buena posición. Como veis, los cristales están muy separados, y esto significa que se trata de una persona de narices muy anchas. He dicho también que sus ojos están demasiado juntos, y para ello me ha bastado ver que yo, aun teniendo la cara muy pequeña y delgada, no pude colocarme los lentes de manera que correspondieran las pupilas con el centro del cris-

tal. Además, los cristales son extraordinariamente cóncavos, y esto indica una miopía extrema. ¿No habéis observado nunca en que todos los miopes tienen la frente llena de arrugas por el esfuerzo que hacen para concentrar la mirada y que son algo cargados de espaldas?

—Sí, es cierto—observé ;—pero lo que no puedo explicarme es cómo habéis averiguado las visitas al óptico.

Holmes, cogiendo los lentes, prosiguió :

—Como veis, el resorte está forrado con dos pequeñas capas de corcho con objeto de suavizar la presión. Esta de la derecha se ha obscurecido mucho, mientras que la otra está enteramente nueva. Esto demuestra que la segunda ha sido puesta hace muy poco tiempo, y como es idéntica á la otra, he deducido que ambas proceden de la misma tienda.

—¡ Maravilloso !—exclamó Hopkins—¡ y pensar que yo he tenido esos lentes en la mano y no me dijeron nada !... Sin embargo, esto no explica el móvil del asesinato.

—Si supiéramos eso sabíamos ya todo. Supongo que mañana volveréis á Yoxley, ¿no es eso?

—Sí... y si no fuera demasiado atrevimiento...

—¿Qué? ¿Deseáis que os acompañemos?

—Sí.

—Con mucho gusto. Pensaba proponéroslo.

Stanley Hopkins se frotó las manos con júbilo.

—¡ Bravo ! Entonces, si os parece, señor Holmes, mañana tomaremos el tren que sale de Chatham á las seis y llegaremos á Yoxley-Old-Place cerca de las nueve.

—Muy bien. Se trata de un asunto verdaderamente interesante, y por nada del mundo dejaría de analizarlo hasta lo último. Ahora, si os parece, acostémonos. Es más de la una y mañana tenemos que madrugar.

II

Durante la madrugada cesó la lluvia. Hacía una mañana fría, el pálido sol de invierno vertía sus rayos en los tejados relucientes de las ca-

sas y en las mojadas losas del piso. Cerca de las ocho y media llegamos á Yoxley-Old-Place.

Junto á la casa, apoyado en la verja del jardín, hallamos á un policía.

—¡Hola, Wilson!—saludó Hopkins.—¿Qué hay de nuevo?

—Nada.

—¿Ha sido detenido alguien más?

—No. Según las pesquisas hechas desde ayer, resulta que no se ha visto llegar ni salir del pueblo á ningún forastero.

—¿Habéis preguntado en las posadas y en el hotel?

—Sí; pero nada hemos conseguido.

—Después de todo, la distancia que hay entre esta casa y Chatham no es muy grande, y cualquiera ha podido hacer á pie el recorrido y tomar el tren sin ser notado. Mirad, Holmes, este es el sendero de que os hablé.

Holmes estaba inclinado sobre el césped.

—Aquí se ven unas huellas apenas perceptibles—exclamó levantando la cabeza.—¿Y decíais ayer que debió de volver por el mismo sitio que entró?

—Yo creo que sí.

—¿Por aquí?

—Sí, por aquí. No existe otro camino.

—¡Hum!

—¿Qué os pasa?

—Nada. Vamos un poco más allá. ¿Esta puerta está abierta siempre?

—Siempre.

—Entonces, la misteriosa mujer no encontró obstáculo alguno para entrar. Debemos suponer también que no llevaba el proyecto de atacar á nadie, puesto que iba desarmada, y que el crimen lo cometió con el punzón. Sería conveniente saber cuánto tiempo estuvo en el despacho.

—Poco. Mistress Marker ha declarado que no pasaría un cuarto de hora entre la limpieza de la habitación y el grito que alarmó á la doncella.

Holmes abrió la puerta, y seguido de nosotros entró en el despacho.

—Lo primero que debió hacer ella fué dirigirse á este armarito. ¿Para qué? Vos me habéis dicho, amigo Hopkins, que éste no contenía objeto alguno de valor, y que el único cajón que estaba cerrado se encontró intac... ¡calla! ¿Qué

significa esta rozadura? Encended una cerilla, Watson. ¿Por qué no habéis hablado de esto, Hopkins?

Y el dedo largo y seco de Holmes indicaba una raya que empezaba en el cobre de la cerradura y se extendía por la madera unos ocho centímetros.

—Supuse que era una de tantas rozaduras que hay en casi todos los muebles.

—Sí, pero esta es demasiado reciente. Fijáos lo brillante que está el cobre ; si fuera antigua sería todo del mismo tono obscurecido.

En aquel instante una anciana de rostro inteligente y triste entró en la habitación. Sherlock Holmes, al sentir los pasos, se volvió, y mirándola fijamente.

—¿Mistress Marker?—murmuró.

—Servidora—contestó ella cortesmente.

—¿Le quitásteis ayer el polvo á este mueble?

—Sí, señor.

—¿Y no vistéis esta raya?

—No, señor.

—¿Quién tiene la llave?

—El señor profesor la lleva constantemente en la cadena del reloj.

—¿Es una llave corriente, de las usuales?

—No ; de Chubb.

—Perfectamente ; muchas gracias, mistress Marker.

—¿Me necesitáis para algo más?

—No, no ; podéis retiraros.

Mistress Marker salió tan triste y silenciosa como había entrado.

—Se vá aclarando el misterio—prosiguió Holmes dirigiéndose á nosotros.—La mujer de los lentes entró en el despacho con intención de abrir el cajón. Mientras se hallaba ocupada en esta operación, fué sorprendida por el joven Willoughby Smith. Debió haber un instante de vacilación ; él se arrojó sobre ella, y entonces ella cogió lo primero que hallaron sus manos, el punzón, y dió el golpe. Smith cayó de espaldas y ella escapó con ó sin lo que vino á buscar.

—Así debió ser—dijo Hopkins.

Y apartándose un poco dejó ver á una mujer alta y esbelta.

—Aquí tenéis á Susana Tarlton.

—¡ Ah !—exclamó Holmes.—Decid. ¿ Es posible que alguien tuviese tiempo de escapar en el intervalo que medió entre el grito de Willoughby y vuestra entrada en el despacho?

—No. Le hubiera visto atravesar por el corredor.

—¡ Ah ! ¿ Y ese otro pasillo adónde conduce?

—Al cuarto del señor.

—¿ No hay alguna otra salida?

—No.

—Bien. Vamos entonces á ver al profesor. Tened la amabilidad de guiarnos y presentarnos á él.

Seguimos la largura del pasillo, subimos una pequeña escalera y Hopkins llamó con los nudillos en una puerta.

—Adelante—respondieron.

Entramos.

Era una habitación extensa, tan llena de libros que éstos rebasaban de las librerías y de los estantes, llenando las sillas, las mesas, apilándose en grandes montones junto á las paredes.

La cama estaba en el centro, y echado en ella

había un hombre verdaderamente extraordinario. Al entrar nosotros volvió la cabeza, de rostro exangüe, de aguileña nariz y ojos de mirada penetrante. Blancos eran sus cabellos y su barba, que amarilleaba igual que el bigote, junto á la boca, donde brillaba un cigarro. El ambiente estaba impregnado de fuerte olor á tabaco, y cuando el profesor tendió la mano á Holmes, pude advertir que tenía los dedos negros de nicotina.

—Soy un fumador incorregible—dijo en correcto inglés, pero con ligero acento extranjero. —¿ Queréis un cigarrillo? Os lo recomiendo ; pues se trata de una elaboración especial, encargada por mí á Alejandría. Gasto un millar cada quince días, y me lo envían por partidas de seis mil. Comprendo que el tabaco es insano, ya lo sé, pero es mi única distracción.

Holmes había encendido el cigarro y miraba de reojo á su alrededor.

—Sí... ¡ ya no me queda otro consuelo que el tabaco—repitió el viejo !—¿ Venís á verme por la muerte de Smith? ¡ Qué desgracia ! ¿ Quién había de figurarse una cosa semejante? Un mu-

chacho tan bueno, tan servicial, tan amable... ¿Qué opináis vos de lo ocurrido, señor Holmes?

—No sé ; aún no formé opinión.

—¡ Cuánto me alegraría que destruyérais el misterio ! Un golpe como este no puede menos de causar profunda huella en un espíritu tan gastado como el mío. Si yo tuviera que resolver, no podría hacerlo ; ¡ creo que me voy á volver loco !

Mientras hablaba el viejo, Holmes paseaba por la habitación. Observé que fumaba furiosamente y me pareció que le gustaban extraordinariamente los cigarrillos de Alejandría.

—Sí, señor Holmes—continuó Coram,—esto ha sido un golpe terrible para mí. Mirad ; ahí encima de la mesa está mi obra. Es un estudio documentado acerca de los monasterios cosptos en Siria y Egipto. Como veis, se trata de una obra muy importante y llamada á producir una verdadera revolución social y religiosa. ¡ Calculad como estaré de desesperado al ver que me falta mi brazo derecho y que mi salud no me consentirá, probablemente, concluir el libro !

Hubo una pausa. De improviso el viejo exclamó lleno de asombro :

—Observo, señor Holmes, que fumáis más que yo...

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Holmes ; luego, dirigiéndose á la caja del tabaco, cogió un cigarillo y lo encendio en la colilla del anterior, diciendo :

—Sí, me gusta bastante fumar. Pero no se trata ahora de eso. El tiempo urge y hay que aprovecharlo. Vamos á ver, ¿qué opináis vos de las últimas palabras de Smith?

—¿Cuáles?

—«*El profesor...* Era ELLA.»

Coram encogióse de hombros.

—¡ Bah ! Eso no tiene importancia. Debéis fijaros en que Susana es una mujer que vino hace poco del pueblo y que, por consiguiente, tiene el espíritu abarrotado de estupideces y supersticiones. Seguramente el pobre Willoughby pronunció durante su delirio algunas palabras incoherentes y ella formó esa frase.

—Quizá. ¿Y creéis que realmente se trata de un asesinato?

—Fuerza es creerlo así. A pesar de los antecedentes del muchacho, la posibilidad de un suicidio queda descartada absolutamente. Además, á veces hay en las existencias más diáfanas algún secreto que resiste al mayor y más concienzudo análisis.

—¿Y los lentes?

—Los lentes?... Pues los lentes... ¡Qué sé yo!... Tal vez fueran algún recuerdo amoroso. —¿Queréis otro cigarrillo—Sí; sin duda sería algún recuerdo. Ya sabéis que muchos jóvenes conservan un guante, una sortija, un lazo... ¿Por qué no conservar unos lentes?... Esta suposición me obliga á rectificar mi opinión anterior. Después de todo, es posible que el joven se diera muerte á sí mismo... por celos, por contrariedades, por abandono de la mujer querida... ¡Qué se yo!

Holmes tardó en contestar esta vez; prosiguió sus paseos, siempre con el cigarro entre los dientes, y pasado un rato se paró ante el profesor.

—¿Qué es lo que guardáis en el cajón central del armario?—preguntó mirándole con fijeza.

—Nada; papeles de familia, algunas cartas de mi mujer, títulos, diplomas, etc... Aquí tenéis la llave por si deseáis...

Holmes la cogió, y después de examinarla atentamente, se la devolvió diciendo:

—Muchas gracias. No me sirve para nada. En cambio, si no tenéis inconveniente, vamos á dar, mi amigo y yo, un paseo por el jardín hasta la hora de comer.

Y después de saludarle cortésmente salimos de la estancia.

—¿Qué, habéis descubierto algo?—le interrogué á Holmes en cuanto salimos al jardín.

—Según. Los cigarrillos que he fumado y los que fumaré, me lo han de decir.

Yo me detuve de improviso y me quedé mirándole con la boca abierta.

—Sí, Watson, sí—añadió.—Figuráos que... Hola señora Marker, ¿qué hay?

Creo haber dicho en alguna otra parte la extraña fascinación que ejercía Holmes sobre las mujeres. En esta ocasión, la señora Marker quedó subyugada y habló cuanto él quiso.

—Sí, señor Holmes—decía el ama de gobier-

no,—es un fumador incorregible. Algunas mañanas, cuando entro en su cuarto, tengo que andar á tientas, como en los días de más niebla en Londres. El pobre Smith también fumaba mucho ; pero nunca llegó á igualarse con el señor profesor. A mí que no me digan : eso tiene que ser perjudicial para la salud.

—Ya lo creo—repuso Holmes.—Por de pronto le debe quitar las ganas de comer

—¡ Quiá !—exclamó mistress Marker precipitadamente. — Parece que se las aumenta. Ya veis, después de una desgracia tan horrible era natural que no pudiese probar bocado—lo cual me pasa á mí.—¡ Pues no, señor ! Ha comido como nunca. Y para mañana me ha encargado doble ración de chuletas.

Pasamos la mañana en el jardín. Stanley Hopkins se había ido á la ciudad en busca de cierta señora forastera que vieron unos chiquillos cerca de Chatham. Holmes parecía desilu-

sionado y no recuerdo haberle visto trabajar nunca con tanta indiferencia. Aquella noticia, verdaderamente importante, de una forastera, y que llevaba lentes por añadidura, no le conmovió nada. En cambio, sí pareció interesarse cuando Susana le dijo que Smith había salido de paseo en la mañana del crimen y que pasó una media hora aproximadamente entre su vuelta y el grito que la hizo bajar las escaleras.

De improviso dió un salto, y mirando el reloj dijo :

—¡ Las dos ! Vamos, Watson. Ya es hora de que subamos al cuarto del señor profesor.

El viejo acababa de comer, y los platos que había vacíos sobre la mesa corroboraban las noticias que respecto de su apetito dió la señora Marker. Al sentir pasos se volvió hacia nosotros, siempre con el cigarro en la boca.

—¡ Hola, señor Holmes ! ¿Qué hay de nuevo?

Y con la mano le indicó la caja de tabaco. Estaba correctamente vestido y sentado en una butaca junto al fuego. Holmes fué á coger un cigarro y tiró la caja. Inmediatamente nos apre-

suramos á recoger del suelo el contenido. Cuando terminamos la operación, vi en el semblante de Holmes la característica animación precursora de algún descubrimiento.

En aquel instante entró Stanley en la habitación.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué hay, Holmes? ¿Habéis descubierto alguna cosa?

—Sí ; ya sé quién es el asesino.

Hopkins y yo le miramos fijamente. Por los labios del profesor cruzó una sonrisa despreciativa.

—¿Dónde? ¿En el jardín?

—No ; aquí.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

El profesor Coram intervino, y con acento severo dijo :

—¡Vamos, señor Holmes! Me parece que se trata de un asunto demasiado grave para tomarlo á broma.

—Jamás me agradaron las burlas—contestó Holmes fríamente.—Lo que he dicho estoy dispuesto á probarlo. Ya sólo me faltaba saber el

papel que habéis representado en este drama, y eso me lo diréis en cuanto comprendáis que lo he descubierto todo. Escuchad :

Ayer, por la mañana, entró una mujer en vuestro despacho con intención de apoderarse de ciertos papeles de mucha importancia para ella. Como he visto vuestra llave, me consta que no sois cómplice. La intrusa tenía otra llave igual y debió entrar aquí sin que vos os enteraseis.

El profesor echó una enorme bocanada de humo y dijo con tranquilidad :

—¿Sabéis que resulta muy ameno todo eso? Puesto que sabéis cómo entró esa mujer en mi despacho, no ignoraréis tampoco adonde fué á parar.

—También lo sé. Estando entretenida procurando abrir el cajón, fué sorprendida por vuestro secretario. Hubo una breve lucha y ella, sin saber cómo, inconscientemente, sin tener intención de ello—pues ningún asesino entra sin armas en una casa—le cortó el cuello. Espantada de su crimen procuró escapar cuanto antes ; pero como había perdido sus lentes en la lucha,

se halló desorientada al salir de la habitación. Tomó por uno de los corredores—ya sabéis que son enteramente iguales,—creyendo que era el mismo por donde había venido. Desgraciadamente para ella no fué así, y cuando ya tenía cortada la retirada, se halló al pie de una escalera. ¿Qué había de hacer si no subirla y empujar la primera puerta que encontró por delante? Eso fué lo que hizo y de este modo penetró en la habitación.

El viejo escuchaba con mucha atención á Holmes. Conforme mi amigo avanzaba en su relato, los ojos del profesor se desorbitaban más y su boca se abría con mayor asombro. Por fin no se pudo contener, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, echóse á reir.

—Todo eso resulta muy bonito, señor Holmes ; pero tiene un pequeño inconveniente para ser verdad.

—¿Cuál?

—Que justamente ayer mañana yo no salí ni un segundo de esta habitación.

—Ya lo sé.

—¿Y creéis que yo iba á estar tan ciego y tan

sordo que no me enterase de la entrada de esa mujer?

—Yo no he dicho semejante cosa. Al contrario. Os enterasteis muy bien, hablasteis con ella, la procurasteis un escondite y hasta la habéis dado de comer.

El profesor prorrumpió en sonoras carcajadas ; se había puesto en pie y sus ojos brillaban con extraño fulgor.

—¡Estáis loco ;—exclamó.—¿Dónde demonios iba yo á guardar esa mujer?

—Ahí—repuso Holmes señalando una especie de ropero situado en un rincón de la estancia.

El viejo levantó los brazos con un ademán convulsivo y se dejó caer en el sillón, vencido, tembloroso. Al mismo tiempo abrióse la puerta del ropero y apareció una mujer.

—¡Tenéis razón ! ¡Aquí estoy !

Estaba cubierta de polvo y de telarañas. Después de hablar, recogió la vista con ese gesto peculiar de los miopes, procurando darse cuenta de donde se hallaba. Había en toda su persona, á pesar de la innegable fealdad de la cara, cier-

ta distinción y nobleza que la hacían simpática desde el primer momento.

Stanley Hopkins avanzó dos pasos, y poniéndola una mano en el hombro, la hizo saber que quedaba detenida. Ella le rechazó dulce y dignamente.

—Sí; ya lo sé. No creáis que intente escaparme. Lo he oído todo y me consta que todo lo sabéis. Estoy dispuesta á confesar mi crimen; pero he de hacer constar que, hasta cierto punto, soy inocente. Yo no tenía intenciones de matar á ese hombre, y si lo hice fué porque tuve la desgracia de coger el primer objeto que había encima de la mesa y de que ese objeto era un punzón.

—Ya lo sé, señora—repuso Holmes gravemente. — Sentáos. ¿Deseáis algo? ¿Os sentís mal?

—No, no, muchas gracias.

Estaba lívida; retrocedió unos cuantos pasos y se derrumbó sobre un sillón. Pasados unos segundos prosiguió un poco más serena:

—Ese hombre que veis ahí es mi esposo, y los dos somos de nacionalidad rusa.

El viejo pareció salir de su agotamiento y alzando la voz gritó:

—¡Cuidado con lo que decís, Ana!

Ella le miró con un gesto profundamente despreciativo.

—¡Qué cobarde sois, Sergio! El valor que tuvisteis para hacer daño á tantas personas como habéis hecho, os falta ahora para la expiación. Por desgracia, yo carezco ahora, desde que entré en esta casa maldita, de la suficiente sangre fría y de la necesaria tranquilidad de conciencia para castigaros yo misma. Pero no importa; ya lo harán otros.

Habéis de saber, caballero—prosiguió dirigiéndose á Holmes,—que cuando me casé con este hombre, en una ciudad de Rusia, cuyo nombre no hace al caso, yo no tenía veinte años todavía y él pasaba de los cincuenta.

—¡Que Dios os perdone, Ana!—susurró el viejo.

—Formábamos parte de los revolucionarios, de los nihilistas, mejor dicho, y á raíz de un pequeño motín, á consecuencia del cual murió un oficial, fuimos detenidos con otros cuantos com

pañeros. Como faltaban las pruebas, nos hubieran puesto en libertad, á no ser por este miserable que compró la suya á costa de las nuestras. La mayor parte fué ahorcada y al resto nos enviaron á la Siberia. Mi esposo se vino á Inglaterra y aquí se estableció, y no sé si vivirá tranquilo ; pero, indudablemente, no debía ignorar que los hermanos conocían su paradero y que el día menos pensado se tomarían en él la venganza de la traición pasada.

El viejo cogió con mano temblorosa un cigarrillo, y mientras lo encendía suplicó :

—¡ Por Dios, Ana !... No me perdáis ; yo sé que sois buena...

—Ya lo veis, señores. Además de ser un traidor, es un cobarde. Entre mis compañeros de deportación había uno en el cual puse desde el primer momento todas las simpatías de mi alma. Alto, buen mozo, noble, valiente, poseía, en fin, todas las cualidades que le faltan á mi esposo. Enemigo de toda violencia, siempre nos aconsejó que obráramos con lealtad y me escribía largas cartas dándome consejos de bondad y de abnegación. Estas cartas suyas y un diario

donde yo escribía todas las noches todo lo que me interesaba en la vida, serían las mayores pruebas de mi inocencia. Comprendiéndolo así mi marido, se apoderó de estos papeles, los escondió, y Alejo fué condenado á mayor pena que la de los demás. ¡ Y pensar que ese hombre agoniza todavía en la Siberia, mientras que este canalla que tiene su salvación entre las manos vive tranquilamente !

—¡ Por Dios, Ana ! No me hagáis desconfiar de vuestra bondad de alma—salmodió el viejo sin quitarse el cigarro de la boca.

Ella se levantó como para echarse sobre él ; pero volvió á sentarse con un gesto de amargura.

—No—continuó,—es necesario que termine mi declaración.

Cuando cumplí mi condena, lo primero que hice fué buscar las cartas y el diario que servirían para libertar al desgraciado joven. Yo sabía que Sergio estaba en Inglaterra, y después de no pocas averiguaciones, conseguí dar con su paradero. También sabía que el diario y la correspondencia de Alejo estaban en su poder, porque durante mi estancia en la Siberia recibí multi-

tud de cartas suyas llenas de insultos, de reproches y de alusiones á lo que decían estos papeles para mí tan queridos. Segura de que no me los entregaría por las buenas, resolví quitárselos, y para ello conseguí hacer entrar en esta casa, como secretario particular, á un individuo de toda mi confianza. Este consiguió descubrir dónde estaban los papeles y hasta sacó un molde de la cerradura ; pero no quiso ir más allá y se despidió. Se negó á mis ruegos y sólo conseguí de él, además del molde de la cerradura, que me diese un plano de la casa y me confesara que durante la mañana no había nadie en el despacho. Entonces decidí robar los papeles yo misma y... ¡ ya habéis visto á qué precio !

Ya los tenía en mi poder, y me disponía á cerrar el cajón, cuando me sorprendió el secretario, á quien yo me había encontrado, y quien desconociendo el papel que representaba en esta casa, le pregunté dónde vivía el profesor Coram.

—¡ Justo !—exclamó Holmes.—El secretario al volver puso en conocimiento de su amo el encuentro que había tenido, y sus últimas palabras ratifican esto que...

—Dejadme concluir—interrumpió Ana. En su rostro se notaba que las fuerzas estaban prontas á abandonarle.—Cuando lo vi ensangrentado y en el suelo salí corriendo, y equivocándome de pasillo, vine á parar á esta alcoba. Sergio me dijo que me denunciaría, pero al hacerle presente yo, que si me denunciaba se perdía también él, decidióse á ocultarme. No creáis que esto lo hice por temor á la muerte ; es que deseo la libertad de Alejo, y sólo quería vivir hasta que la consiguiera. Me oculté, pues, en ese ropero y ya estaba convenido que, tan pronto la policía abandonara la casa, yo volvería á Rusia. Lo demás ya lo sabéis.

Y sacando de la blusa un paquete de papeles, continuó :

—Aquí tenéis la salvación de Alejo. La pongo en vuestras manos, confiando en vuestra honradez y en vuestro amor á la justicia. Entregádselos al embajador de Rusia. Yo ya he cumplido con mi deber ahora...

—Cuidado— gritó Holmes.

Y separando de un salto la distancia, llegó

hasta Ana y le quitó un frasquito que tenía en la mano derecha.

—Ya es tarde—exclamó ella desplomándose sobre la cama.—He tomado el veneno antes de salir... Me muero... Pierdo la vista... El corazón me...

III

Aquella misma noche, mientras regresábamos á Londres en el tren de las cuatro y quince, Holmes nos relató cómo había descubierto á la autora del crimen.

—Desde el primer momento los lentes me fueron de mucha utilidad, pues ya recordaréis las deducciones que obtuve examinándolos. Cuando me dijeron que en el jardín no había huellas de pasos y que la mujer no podía haber salido sin ser vista por Susana, comprendí que, falta de lentes—indispensables para ella dada su cortedad de vista,—se había equivocado de pasillo y que entró en la alcoba del profesor.

Inmediatamente examiné las probabilidades

que podía tener esta hipótesis de convertirse en certeza. Un rápido examen de la habitación me hizo ver que la alfombra estaba clavada y que en todas partes, excepto en uno de los rincones, había libros. Entonces empecé á pasear y á fumar cuantos cigarrillos pude, con objeto de llenar el suelo de ceniza. Cuando entramos por segunda vez, dejé caer la caja de tabaco, y al arrodillarme para recoger los cigarros, comprendí, por las huellas dejadas en la ceniza, que alguien había salido del encierro durante nuestra ausencia, lo cual confirma aquel extraño aumento de apetito en el profesor.

Vaya, amigo Hopkins, ya estamos en Londres. Os felicito por vuestro triunfo. Hasta la vista. Watson y yo vamos á la embajada de Rusia.

EL PROBLEMA FINAL

I

Bien sabe Dios con qué profunda pena comienzo este capítulo de desventuras de Sherlock Holmes, y bien sabe Dios que por mucha amargura que se advierta en esta narración, no será tanta como hay en mi corazón.

Estas memorias, que han pretendido fijar y reflejar la vida accidentada y extraordinaria de mi amigo ; en las que he procurado seguir paso á paso sus triunfos y encauzar á las gentes por el amor y la admiración que yo sentía por él, estas memorias, repito, van á concluir.

A punto estuvieron de quedar incompletas. ¡ Tales fueron el dolor y la desesperación que me causó la muerte de mi inolvidable amigo !

Dos años permanecí silencioso, y si quebranto hoy el tácito compromiso que me hice á mí mismo de callar siempre, ha sido obligado por la reciente publicación de ciertas cartas, con las cuales el coronel James Moriarty pretende rehabilitar la memoria de su hermano con grave mengua y falsedad de la verdad de los hechos. Sin esto, quizá no hubiera nunca hablado ; con esto, lo creo un deber, y poniéndome una mano sobre el corazón para contener sus latidos de angustia, seré imparcial y justo ; el público conocerá los hechos en su verdadero aspecto.

Algunos periódicos del 6 de mayo de 1891, un despacho de Reuter, fechado en día 7 y reproducido en toda la prensa, y finalmente estas cartas del coronel, se han ocupado del asunto. Pero unos por falta de detalles y otros pecando de excesiva parcialidad, no han sabido expresar la exactitud.

Yo, como débil tributo á la memoria de mi amigo, arrostraré las consecuencias y diré las cosas tal como sucedieron.

Mis asiduos lectores saben ya que después de mi casamiento, la amistad con Holmes se enfrió sensiblemente. De vez en cuando, si necesitaba algún compañero para sus excursiones, venía á buscarme, y durante unos cuantos días, nuestras vidas iban paralelas ; pero estas entrevistas fueron escaseando poco á poco, hasta el extremo de cesar casi por completo á fines del año 1890.

En la primavera de 1891, me enteré por la prensa que el Gobierno francés le había encargado de una importante y delicada misión. Holmes me escribió desde Narbona y desde Nimes, reflejándose en sus cartas la seguridad de que permanecería mucho tiempo en Francia.

Juzgad, pues, cuál sería mi estupefacción al verle entrar la noche del 24 de abril en mi sala de consultas.

En cuanto le vi, noté su extremada delgadez y que estaba más pálido que de costumbre.

—Sí—me dijo, contestando más á mi mirada que á mis palabras ;—en estos últimos tiempos he estado agobiado de trabajo. ¿Queréis que cerremos las contraventanas?

Sobre la mesa ardía una lámpara y nuestras figuras se reflejaban en grandes sombras encima de los cristales. Yo asentí con la cabeza á la petición de Holmes, y entonces él, apresuróse á cerrar bruscamente las maderas, no olvidándose de echar los cerrojos.

—¿Teméis algo?—interrogué

—Sí.

—¿A qué?

—A los rifles de viento.

—¿A los rifles de viento?

—Sí. Me parece, querido Watson, que me conocéis lo bastante para no juzgarme un neurasténico ; pero de esto á despreciar estúpidamente el peligro, hay mucha diferencia. Dádme un fósforo.

Se lo di, y encendiendo el cigarro, dió algunas chupadas y pareció tranquilizarse un poco.

—Supongo, querido Watson, que me habréis dispensado el venir á una hora tan intempestiva.

—¡ No faltaba más !

—Ya lo sabía. Espero, también, que no os

asombréis si de repente me véis echar á correr y salir de vuestra casa saltando las tapias del jardín.

—¿Pero qué demonios os sucede?—exclamé ya intrigado.

Holmes extendió la mano hasta la luz y pude ver que tenía los dedos magullados y sangrientos.

—Ya lo véis—dijo sonriendo.—Después de todo he tenido suerte, pues he podido romperme la mano. ¿Está en casa la señora Watson?

—No. Esta pasando una temporada con unos parientes.

—¿Entonces, estáis solo?

—Enteramente.

—En ese caso, supongo que no tendréis inconveniente en acompañarme durante unos ocho días.

—¿Adónde?

—¡Bah! Eso es lo de menos.

Esta proposición, que algunos años antes me hubiera parecido muy natural, me pareció entonces extraña y peligrosa. Holmes estaba visiblemente conmovido, y él, dueño siempre de su es-

píritu, no podía dominar la agitación que le dominaba por completo. Debió ser tan claro el estupor impreso en mi semblante, que Holmes, dejándose caer en la silla, empezó á explicarme la situación.

—¿No habéis oído hablar nunca del profesor Meriarty?

—No. ¿Quién es?

—Uno de los hombres más extraordinarios que existen. Londres sufre hace mucho tiempo bajo el poder de este maestro del crimen. Os aseguro, Watson, que hasta que no venza á ese hombre, no viviré tranquilo. Ya véis: mis últimos servicios á la familia real de Suecia y al Presidente de la República francesa me han asegurado una posición muy desahogada, y puesto á cubierto de toda clase de necesidades para lo que me queda de vida; pues bien, á pesar de esto, yo no podría reposar tranquilo pensando en que anda suelto ese miserable de Moriarty.

—¿Pero quién es ese hombre?

—El doctor Moriarty desciende de una familia de muy buena posición social, y ha recibido una educación excelente. Dotado de una gran facili-

dad para las matemáticas, publicó á los veinte años un estudio acerca del binomío de Newton, que tuvo una resonancia universal y le conquistó una cátedra en una de las principales Universidades inglesas. Tenía delante de sí un porvenir brillante; pero, desgraciadamente, tenía en la sangre el atavismo de los mayores vicios, y esta posición desahogada, en vez de destruirlos, les facilitó el desarrollo. En virtud de ciertos rumores, tuvo que renunciar á la cátedra y volver á Londres, donde se preparó para la carrera militar. Esto es lo que todo el mundo sabe; pero hay ciertas cosas que no conoce nadie más que yo y que vos conoceréis dentro de poco. Ya sabéis, Watson, que nadie como yo ha penetrado en los misterios de la vida del crimen y de la perversión londinense.

Como consecuencia de esta experiencia mía y de mis conocimientos, he adquirido la certidumbre de que detrás de cada robo, de cada asesinato, de cada infamia, había y hay una fuerza oculta y misteriosa. Durante muchos años procuré romper el misterio, y por fin hallé la pista que me ha de conducir hasta el matemático célebre,

Es el verdadero tipo soñado por Tomás de Quincey (1). Tiene un cerebro maravillosamente organizado, y para él la vida es una escuela de la muerte. Como la araña, sabe permanecer mucho tiempo inmóvil en el centro de su tela, y la menor vibración de sus hilos, llega hasta él y le despierta y acicatea para la lucha. Pocas veces obra por sí mismo. Ordinariamente no hace más que trazar los planes que han de desarrollar sus agentes, tan numerosos como diestros. En cuanto hay una casa fácil de asaltar, un secreto de honra que sorprender, un hombre á quien asesinar, el profesor Moriarty combina el ataque, y el crimen se ejecuta. A veces detienen al criminal; pero no sé cómo demonios se las arregla, que siempre sale libre.

El profesor está siempre rodeado de una especie de guardia, escogida entre los más valientes y diestros de su banda. Como comprenderéis, amigo Watson, todos estos datos me han hecho ver que, por fin, tropecé con un igual mío. Por

(1) Autor de una original obra titulada *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes. (N. del T.)*

la primera vez en mi vida voy á obrar por cuenta propia. Mi vanidad se halla interesada en ello.

Os confieso que, algunas veces, la admiración que siento por él vence al odio y á la repulsión. Solamente una vez dió un paso en falso, y aunque no muy grave, fué lo suficiente para que yo sorprendiera su pista y comenzara á tender las redes, que poco á poco se van estrechando, hasta que muy pronto se cierren enteramente. Dentro de tres días, es decir, el lunes próximo, el fruto estará ya maduro, y el profesor, con toda su banda, caerá en manos de la policía.

Ya supondréis que esta aprehensión dará lugar al proceso más sensacional del siglo, y que por él se descubrirán y explicarán muchos crímenes que hasta ahora quedaron inexplicables y en la impunidad.

Mi felicidad completa hubiera sido coger al profesor Moriarty cuando más descuidado estuviera y más lejos de toda sospecha. Por desgracia no podía ser así. Se trata de un hombre tan listo, que desde el primer instante comprendió que había alguien dispuesto á obrar contra él, y se puso en guardia. Si yo os contara detalladamente, amigo Watson, esta lucha de audacias y de ingeniosidades, veríais que se trata de una de las más grandiosas epopeyas del crimen y de la policía. Yo he necesitado desplegar todos mis recursos, poner en tortura todo mi talento, pero siempre me estrellaba contra la frialdad, precisión é inteligencia de mi digno adversario. Esta mañana, teniendo ya todo preparado, faltando únicamente tres días para descansar tranquilo y recoger el fruto de mis trabajos, estaba yo en mi despacho, cuando se abrió la puerta y entró... el doctor Moriarty en persona.

Os consta, amigo Watson, que no tengo nada de cobarde, pero en esta ocasión, al verme frente á frente con el hombre, objeto exclusivo de mi odio, no pude reprimir un estremecimiento. Su aspecto es el de un viejo profesor universitario. Tiene la frente bombeada, la faz marchita, los labios tienen toda la crudeza que puede manifestar ese rasgo fisonómico, curvada la espalda, y en su cabeza, que se balancea á derecha é izquierda, como la de algunos reptiles, sólo triunfan sus ojos, unas pupilas aceradas y de mirar penetrante.

—Veo que vuestro desarrollo frontal es mucho menos fuerte de lo que yo imaginaba—me dijo fríamente.—Además, tenéis la mala costumbre de llevar armas en el bolsillo de la bata.

En efecto. En cuanto le vi entrar saqué de un cajón el revólver y me lo guardé en el bolsillo. Al verme descubierto, lo saqué, poniéndole francamente sobre la mesa. El continuó sonriendo y guiñando el ojo con una expresión tal, que me felicitó por haber tomado mis precauciones, y dijo:

—Veo que no me conocéis lo bastante todavía.

—Al contrario—repuse.—Os conozco muchísimo. Tened la amabilidad de sentaros y decidme á qué casualidad debo el honor de tan grata visita.

—Me parece que ya habéis adivinado á lo que vengo.

—Y es posible también, que hayáis adivinado mi contestación.

—¿Estáis, entonces, dispuesto?

—Lo estoy.

El se metió la mano en el bolsillo de la levita,

y yo cogí el revólver. Pero en vez del arma que yo esperaba, sacó una especie de agenda y comenzó á consultar fechas en alta voz.

—El 4 de enero os hallé por primera vez en mi camino; el 23, me causasteis una pequeña molestia; el 15 de Febrero un gran disgusto; á fines de marzo desbaratasteis absolutamente mis planes, y ahora, á fines de abril, atentáis contra mi libertad y contra mi vida. Esta situación no puede continuar.

—¿Qué? ¿Venís á hacerme alguna proposición?—interrogué.

—Sí; vengo á suplicaros que suspendáis esta encarnizada persecución. Es un consejo leal.

—Bien; la suspenderé hasta el lunes próxima — respondí, inclinándome ceremoniosamente.

El profesor Moriarty se encogió de hombros.

—Como gustéis. Un hombre de tanto talento como vos, debía comprender que el único modo de terminar este asunto, consiste en retirarse á tiempo. Habéis llevado las cosas á tal extremo, que no os queda otro recurso... so pena de morir. No, no os riáis, os hablo con sinceridad. Si

he venido á aconsejaros que desistáis de tan absurdos propósitos, ha sido porque os admiro, y porque comprendo que sois un hombre excepcional.

Yo volví á inclinarme.

—Muchas gracias. Pero mi profesión consiste justamente en afrontar cara á cara toda clase de peligros.

—No ; si no se trata de peligros. Se trata de una muerte segura. Habéis atacado á una asociación perfectamente organizada, y de la cual estáis muy lejos de sospechar su importancia y extensión. Todavía estáis á tiempo. Si os retiráis, salvaréis la vida.

Yo me levanté, y siempre con la sonrisa en los labios, exclamé :

—Lo siento mucho, señor Moriarty. El encanto de oiros hablar no es tan grande que me impida comprender que estoy perdiendo el tiempo.

El se levantó también ; me miró un rato en silencio, y después, con voz en la cual se me figuró notar un dejo de amargura, exclamó :

—¡ Qué le vamos á hacer ! Conste que os he

advertido de lo que os espera. Conozco muy bien vuestros planes, y me consta que no podréis ejecutarlos antes del lunes. Queda entablado un duelo á muerte entre nosotros ; pero no creáis que habrá un vencido y un vencedor ; si me matáis no será sin que yo os mate, y á mi perdición responderá la vuestra.

—No puedo menos, señor Moriarty—repuse, —de agradeceros vuestra sinceridad ; pero no me hará retroceder ni un ápice. Estoy dispuesto á libertar la sociedad de vuestro peso, sea como sea, y á costa de lo que fuese.

El se inclinó sin responder, y volviéndome la espalda salió de la habitación.

Tal ha sido, amigo Watson, mi extraña entrevista con el profesor Moriarty. Si os negara que estoy profundamente preocupado, que temo, que seriamente temo, mentiría. Tengo mil motivos para esperar un ataque.

—¿ Por qué no dáis parte á la policía?

—¿ Para qué? Detendrían, como otras veces, á un asesino vulgar, jamás al profesor.

—Y habéis sido atacado ya, ¿ verdad?

—Sí. El profesor Moriarty no es hombre que

deje crecer la hierba bajo los pies. Veréis: esta mañana tuve necesidad de salir á eso del medio día, para ir á Oxford Street. Al dar la vuelta á Bentinck Street para entrar en Welbeck Street, un camión, arrastrado por dos caballos al trote largo se me vino encima. Si no doy un salto hasta la acera, me hubiese deshecho. Pasó el camión y desapareció rápidamente por la calle Maryletone. Continué mi camino; y al entrar en Vere Street, cayó á mis pies un ladrillo enorme. Di parte en seguida á un policía, se registró la casa y en el tejado encontramos un montón de ladrillos, y la policía y el dueño de la casa atribuyeron la caída á un golpe de viento. Aunque mi opinión era diferente, no dije nada, y tomando un coche, me fuí á casa de mi hermano, que vive en Pall Mall. Allí he pasado todo el día, y salí para venir en busca vuestra. En el camino, un hombre saltó sobre mí, y dándome un golpe en la cabeza, me hizo rodar por tierra. Lo han detenido, y nadie puede imaginar la relación que existe entre este ataque nocturno y ese doctor que á diez millas de aquí hace cálculos en un encerado.

Ahora comprenderéis la razón de que al entrar aquí lo primero que hiciese fuera cerrar las

contraventanas, y por qué os dije que saldré saltando la tapia del jardín.

Con frecuencia tuve ocasión de admirar la sangre fría de Holmes; pero nunca como en esta, donde le oía hablar con tal tranquilidad de peligros tan enormes.

—Esta noche no salís de aquí—dije.

—De ningún modo, querido; soy un hombre demasiado molesto. Además, tengo formado ya mi plan, y por nada del mundo lo modificaré. He de advertiros también que están arregladas de tal manera las cosas, que mi presencia no será necesaria más que en el acto de declarar, mejor aún, en el acto de dictar sentencia. Por consiguiente, es preferible que yo desaparezca durante estos días. ¿Queréis acompañarme?

—No deseo otra cosa.

—Bien; entonces, ¿mañana?

—Si es necesario, mañana, sí.

—Lo es. Ahora váis á tener la bondad de oir mis instrucciones y de seguirlas al pie de la letra, pues ya os he dicho que vamos á luchar contra uno de los hombre más listos y temibles de Euro-

pa. Esta noche misma, y por un mensajero seguro, váis á enviar todo vuestro equipaje á la estación Victoria, sin señas de ningún género. Mañana, temprano, mandáis llamar á un coche, pero encargando muy encarecidamente al que lo haga, que no tome el primero y el segundo que se le ofrezca. Subiréis al coche y os haréis conducir á Lowther Arcade, teniendo cuidado de darle la dirección al cochero escrita en un papel, y recomendando que no la tire al suelo. Llevaréis ya preparado el importe de la carrera, para no entreteneros al pagar, y apenas se detenga el coche, procuráis atravesar rápidamente las Arcades, con objeto de estar en el otro lado á las nueve y cuarto en punto. Allí, arrimado á la acera, veréis un carruaje, y en el pescante un hombre envuelto en un amplio abrigo obscuro con vivos rojos. Subiréis al carruaje sin decir palabra y llegaréis á la estación de Victoria á tiempo de subir al exprés continental.

—¿Y dónde nos reuniremos?

—En la estación. He encargado me reserven el segundo coche de primera clase, empezando por la locomotora.

—¿Estaréis allí?

—Allí estaré.

En vano volví á suplicar á Holmes que pasara la noche en casa. A mis súplicas contestó con negativas rotundas. Y cuando yo bajé la cabeza, si no convencido, derrotado, completó con algunas palabras las recomendaciones anteriormente dichas, y descendimos al jardín, por cuyas tapias saltó. Al poco rato percibí un silbido y el rodar de un carruaje que se alejaba.

II

Al día siguiente, después de seguir las instrucciones de Holmes, llegué á la estación. Todo había marchado muy bien, y al entrar en el andén y ver el segundo vagón con el cartel «reservado», respiré tranquilo.

Poco duró mi confianza. Al abrir la portezuela del vagón y encontrarlo vacío, sentí la inquietud de un presentimiento. Me senté lleno de impa-

ciencia. Pasaba el tiempo y Holmes no venía. Ya no faltaban más que diez minutos, que ocho, que siete... Yo estaba desesperado mirando los grupos de los viajeros y los amigos de éstos, á ver si distinguía la alta silueta de Holmes. Nada; no parecía por ningún sitio.

Perdí algún tiempo discutiendo con un venerable sacerdote italiano, quien, á pesar del cartel, se obstinó en entrar en el vagón. El buen señor no entendía una palabra de inglés; yo destrozo el italiano, y no pudimos entendernos. Sólo faltaban ya dos minutos, y Holmes no aparecía. Volví espaldas al sacerdote y me acodé nuevamente en la ventanilla, convulso, inquieto, casi febril. Los empleados cerraron las portezuelas. Sonó una campana, luego un silbato, después el tren comenzó á resoplar, y una voz conocida me dijo detrás de mí:

—Veo, amigo Watson, que no os habéis dignado darme los buenos días.

Me volví con rapidez y mis ojos se encontraron con el cura italiano. Sus arrugas habían desaparecido, la nariz no se derrumbaba como antes, ni el labio inferior caía con el anterior tem-

blor; los ojos apagados recobraron su brillantez y la encorvada espalda su esbeltez.

Esta aparición no duró más de un segundo; en seguida Holmes volvió á eclipsarse y me hallé frente á frente con el decrépito cura.

—¡Dios mío!—exclamé.—Ya estaba seriamente inquieto.

—Todas las precauciones son pocas—dijo, sin mirarme ni apenas mover los labios.—Tengo la seguridad de que nos siguen. Mirad, ahí tenéis á Moriarty en persona.

El tren se había puesto en marcha mientras cambiábamos estas palabras. Yo me asomé á la ventanilla y vi un hombre de elevada estatura que corría abriéndose paso entre la gente y hacía desesperadas señales con los brazos para que se detuviera el tren. Pero ya era tarde. Unos segundos más tarde la estación estaba muy lejos, y ante mis pupilas pasaban veloces las cercanías de la gran capital.

—Ya véis, amigo Watson — dijo Holmes, echándose á reir,—cómo nos seguían, y á no ser

por la casualidad, quizá no nos hubiéramos escapado de un grave disgusto.

Luego se levantó, y quitándose los manteos y la sotana, que componían el disfraz, los guardó junto con el sombrero de teja en una maleta.

—¿Habéis leido algún periódico de la mañana, Watson?

—No; ninguno.

—Entonces no os habéis enterado de lo sucedido en Baker Street.

—¿En Baker Street?

—Sí; han prendido fuego á nuestra casa la noche pasada. Afortunadamente, el daño no ha sido muy grande.

—¡Pero eso es horrible, Holmes!

—No; es una torpeza. Sin duda alguna perdieron la pista cuando fué detenido el individuo que me asaltó al volver de Pall-Mall. Si no, no se explica que hicieran esa tontería. Sin embargo, os han debido seguir, puesto que Moriarty ha venido á la estación. ¿No habéis hecho alguna imprudencia?

—Creo que no. Hice todo tal como me lo encargásteis.

—¿Hallásteis pronto el coche?

—Sí.

—¿No conocísteis al cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Como véis, no he querido mezclar personas extrañas en este asunto. Ese Moriarty...

—¡Bah! Paréceme que esta vez no le ha salido muy bien la cuenta.

—¡Quién sabe! Ya os he dicho, amigo Watson, que ese hombre es intelectualmente igual á mí. Si yo me hubiese lanzado en persecución suya, tened la seguridad de que no retrocedería ante obstáculo alguno. El hará lo mismo.

—¿Y qué va á hacer?

—Lo que yo haría en su lugar.

—Bien, ¿pero qué?

—Tomará un tren especial.

—Es tarde ya.

—No lo creáis. Nuestro tren tiene que detenerse un cuarto de hora en Cantorbery para enlazar con el vapor. Ya véis cómo puede alcanzarnos.

—Pero, hombre, no parece sino que somos

nosotros los criminales y él la policía; ¿por qué no le hacéis detener?

—¡Vaya un modo de concluir una campaña tan lucida como ha de ser ésta para mí! De ese modo tal vez cogiéramos al pez gordo, pero se escaparía la morralla. Y no es eso lo que pretendo. Yo deseo pescar á todos. Hasta el lunes no hay que pensar en la ofensiva.

—Entonces, ¿qué váis á hacer?

—En Cantorbery dejaremos este tren.

—¿Y después?

—Después cambiaremos de dirección, tomaremos el vapor en Newhaven y desembarcaremos en Dieppe. Abandonaremos nuestros equipajes, y ya nos procuraremos lo necesario en Suiza, adonde pienso ir. Quizá esto desoriente á Moriarty.

Confieso que, á pesar de estar habituado á las sorpresas de Holmes, no dejó de preocuparme esta huida y este dejar á la aventura nuestros equipajes. Pero, á pesar de esto, era tal la confianza que tenía en mi amigo, que me resigné.

En Cantorbery teníamos que aguardar una hora el tren de Newharen, y estábamos en el

andén viendo yo desaparecer con alguna tristeza el exprés que se llevaba nuestros equipajes, cuando Holmes me cogió de un brazo, diciendo:

—Mirad... Allí abajo. ¿Qué véis? A lo lejos, por encima de los bosques de Kentish, surgía una columna de humo. Un instante después, vimos aparecer en la vía férrea una locomotora y un vagón. Apenas si tuvimos tiempo de ocultarnos detrás de unas mercancías. El corto convoy pasó como un relámpago, atronándonos los oídos y abofeteando la estación con una bocanada vertiginosa de humo.

—Ya pasó—dijo Holmes, saliendo del escondite.—¿Véis como tenía yo razón? Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—¿Y si nos hubiera visto, qué habría hecho?

Holmes encogióse de hombros.

—¡Bah! No es muy difícil de averiguar, asesinarnos. Pero, en fin, por esta vez, le hemos chasqueado. Vamos á ver, ¿qué os parece? ¿Almorzamos aquí ó aguardaremos á hacerlo en Newhaven?

Lo dejamos para Newhaven y continuamos el viaje hasta Bruselas, donde permanecimos dos

días, para salir luego en dirección de Strasburgo. El lunes por la mañana temprano, Holmes telegrafió á Londres, y aquella misma noche, al volver al hotel, hallamos la contestación sobre la mesa. Holmes desgarró nerviosamente el papel azul, y después de leerlo, profirió un juramento.

—¡ ... ! ¡ Se escapó !

—¿ Moriarty ?

—Sí. Han detenido á todos menos á él. Debí sospecharlo. Al salir yo de Londres no quedaba nadie para competir con él... No obstante... yo creí que había tomado todas las precauciones.

Hubo una pausa ; luego Holmes levantó la cabeza y me dijo con acento conmovido :

—Voy á daros un consejo leal, Watson.

—¿ Cuál ?

—Volved en seguida á Inglaterra.

—¿ Por qué ?

—Creedme. Soy un compañero demasiado peligroso. Ese hombre ya está perdido, y no le queda más recurso que morir matando. Mis días están contados, y no sería leal ni caballeroso, ni de hombre honrado el dejaros que corrierais la misma suerte.

Ya comprenderéis que yo no podía aceptar el consejo y que no debía separarme de mi amigo. Discutimos largamente, y ya convencido Holmes de que yo quería ir con él á todas partes, salimos aquella misma noche para Ginebra.

Durante una semana hicimos una excursión encantadora, que comenzó en el valle del Ródano para luego descender á Meiringen. Bajo nosotros la primavera desplegaba sus galas. Sobre nuestras cabezas la nieve de los picachos ponía la blancura del invierno. Pero tales bellezas no separaban á Holmes de su ensimismamiento. En su rostro leía yo una preocupación constante, y lo mismo en las plácidas aldeas alpinas como en el corazón de las montañas, lo veía taciturno, receloso, temiendo la agresión siempre.

Recuerdo que un día, atravesando por un desfiladero, cuando llegábamos á la orilla de un lago, cuyo nombre he olvidado, desde la cumbre de la montaña que teníamos á la derecha se derrumbó un enorme pedazo de roca, pasó silbando próximo á nosotros y se hundió estrepitosamente en las aguas tranquilas. Inmediatamente Holmes trepó á la cima de la montaña. No había na-

die. El guía nos dijo que en aquella parte, y, sobre todo en la primavera, eran bastante frecuentes los desprendimientos. Holmes no contestó; pero en la irónica y amarga sonrisa que pasó por sus labios vi la incredulidad.

Mas no creáis que por este continuo temor suyo se hallaba abatido y acobardado. Al contrario, nunca le he visto tan febril ni tan decidido. Muchas veces me decía que por nada del mundo renunciaría á su carrera, y que si conseguía vencer á Moriarty, no por eso se retiraría á la vida tranquila y exenta de impresiones fuertes.

—Creedme, Watson—repetía;—para mí no se hicieron la molicie ni el descanso. Falto de estas luchas y estas ansias de descubrimientos y de astutas batallas, languidecería y tal vez encontrara la muerte que quiere darme ese Moriarty. Y, sin embargo, ¿Quién sabe? Quizá esta aventura sea la última que figure en vuestras memorias.

Yo procuré sonreir y bromear, pero en el fondo tenía el mismo convencimiento.

El desenlace se acerca. Mi mano empieza á temblar, y todo el dolor de los pasados días vuel-

ve á hacer su nido en mi alma. No importa. Procuraré dominarme; y si lo que falta de esta narración tiene temblores de fiebre y vértigos de ira, también tendrá limpieza de claridad y fulgores de sinceridad.

III

El 3 de mayo llegamos á la aldea de Meirirtgen, donde nos hospedamos en el «Hotel Inglés», dirigido por un tal Pedro Steiler, quien estuvo mucho tiempo en Londres al frente del Hotel Grosvenor, y acostumbrado, por consiguiente, á tratar gente británica.

Por consejo suyo emprendimos al día siguiente una excursión á través de la montaña hasta Rosenlani, donde pasaríamos la noche. Nos recomendó también que diéramos una vuelta para ver las cataratas de Reinchenbach, que se hallan á la mitad del camino próximamente.

Efectivamente, es un espectáculo grandioso. El torrente, engrosado por el deshielo, se derrumba en un abismo, levantando tales cúspides de espuma que parecen la humareda de un incendio. La chimenea de donde surge este humo

consiste en una brecha que se estrecha de pronto, para ensancharse luego en una cavidad insondable, donde las aguas se arremolinan, y ora blanquean las paredes, ora las dejan en su negra y resbaladiza desnudez.

El que permanezca cierto espacio de tiempo en el borde de este abismo, experimenta vértigos, y de no cerrar los ojos ó apartarse, se le irían los pies, y las aguas impetuosas le desharían el cráneo contra las rocas, brillantes por la espuma.

Holmes y yo nos cruzamos de brazos, y por nuestra alma pasó un aliento de grandiosidad y de ternura. Unicamente se oía la voz casi humana del agua, y una lluvia finísima venía á refrescar nuestras ardorosas sienes, cuando vimos venir hacia nosotros á un pilluelo indígena con una carta en la mano.

La carta era para mí, y tenía impreso el membrete del hotel y la firma Steiler. Leyéndola me enteré que algo después de salir nosotros del hotel, llegó una inglesa tísica en el último grado. Según parece, había pasado el invierno en Davos-Platz y se había puesto en camino de Lucer-

na, donde se reuniría con sus parientes, cuando le sobrevino una hemorragia tan fuerte, que desconfiaban de salvarla. Su único y quizá último deseo, era ser asistida por un médico inglés, y por eso el fondista me rogaba que volviese tan pronto pudiera, al hotel, asegurándome en una postdata muy apremiante, que no olvidaría nunca este favor, pues negándose la inglesa á ser asistida por un médico suizo, su responsabilidad, en caso de muerte, sería enorme.

A pesar de que este llamamiento es de los que no pueden desatenderse, y mucho menos tratándose de una compatriota y en país extranjero, yo vacilé, pensando que había de dejar solo á Holmes. Mi amigo me aconsejó que fuera en seguida al hotel, y, por último, convinimos en que el muchacho que trajo la carta se quedaría para acompañarle durante mi ausencia, y sirviéndole de guía hasta Rosenlani, donde nos reuniríamos aquella misma noche. Me separé, pues, de mi noble amigo, y al volver la cabeza, le vi—por última vez,—apoyado en una roca, con los brazos cruzados y la mirada fija en la blancura espumosa del torbellino.

Pasado un rato volví la cabeza, pero ya mis ojos sólo vieron el sendero que conducía adonde estaba él. Por este sendero marchaba apresuradamente un hombre de alta estatura, y aunque me llamó la atención, confieso que la idea de que me esperaban ansiosamente, impidió el nacimiento de la más insignificante sospecha.

Al cabo de media hora llegué á Meirirtgen Steiler estaba en la puerta del hotel.

Al verme, su semblante adquirió una expresión de viva sorpresa, y por primera vez, un trágico presentimiento atenazó mi corazón.

—¿Qué?—grité, aligerando el paso.—¿Cómo está?

—¿Cómo está quién?

Y el asombro de su rostro se convirtió en estupor. Yo saqué anhelante la carta.

—¿No me habéis escrito diciéndome que teníais una inglesa enferma?

—¿Yo? ¡No! A ver... Sí, esta carta tiene el sello del hotel y...¡ah, ya sé! La ha escrito ese inglés que llegó poco después de marcharos. El fué quien...

No pude oir más. Aterrado, terriblemente

emocionado, desanduve el camino andado unos minutos antes. A pesar de que iba corriendo, tardé cerca de dos horas en llegar á la cascada de Reinchenbach.

El *alpenstock* (1) de Holmes lo encontré apoyado en la roca donde vi por última vez á mi amigo; pero éste había desaparecido. Grité su nombre con todas mis fuerzas y el eco pareció burlarse de mi dolor.

Aquel *alpenstock* abandonado, me decía la tragedia. Holmes fué atacado allí en aquel estrecho sendero, indefenso y sin escape. A un lado elevábase la roca cortada á pico; al otro, rugía el abismo.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, sin voz, sin ideas, sin voluntad, agobiado bajo la brutal desgracia.

Por fin salí de aquel estado y examiné el suelo. A pocos pasos de distancia aparecían señales de lucha. Pregunté al torrente y éste me contestó con su eterno estrépito, con su voz poderosa, llena de misterio y de grandeza.

---

(1) *Alpenstock.*—Largo bastón que usan los alpinistas en sus excursiones y ascensiones por las montañas.—*(N. del T.)*

Sin embargo, estaba escrito que yo no ignorase del todo lo que le sucedió á mi amigo. La roca en la cual hallé apoyado el *alpenstock* se adelantaba sobre el sendero, y en la punta vi resplandecer la pitillera de Holmes. Alargando la mano la cogí, y entonces vi que sujetaba tres hojas de papel arrancadas á un cuaderno de apuntaciones. Estaban escritas de puño y letra de Holmes, y nada en la perfecta distancia y regularidad de las líneas, ni en la firmeza del carácter de letra revelaba la menor emoción. Aquel ser extraordinario había escrito al pie de la tumba con igual serenidad que escribió en otros tiempos sobre su mesa de despacho :

«Querido Watson :

»Gracias á la bondad del señor Moriarty, pue»do escribiros estas líneas. Me parece que por fin »esta lucha titánica va á concluir. El profesor »me ha revelado los medios de que se valió para »escapar de la policía inglesa y seguir paso á pa»so nuestras huellas. Estos medios corroboran »claramente la alta estimación y el alto concep»to en que yo tenía y tengo á este hombre admi-

»rable. Estoy satisfecho, porque voy á librar á la »sociedad de este enemigo tan temible, pero »siento cierta amargura al pensar que quizá pa»gue con mi vida esta liberación. Adiós, amigo »Watson, Mi vida debía tener este final ú otro »parecido. Me consta que la carta del fondista »Steiler era apócrifa, y os dejé partir, esperando »lo que ha ocurrido. Decidle al inspector Patter»son que los documentos necesarios para conde»nar á los detenidos por consejo mío, se hallan »en la caja M, dentro de un sobre azul, que lleva »el nombre «Moriarty». No os preocupéis por »mis asuntos, pues antes de salir de Inglaterra, »los dejé perfectamente arreglados con mi her»mano Mycroft.

»Despedidme de vuestra esposa, y tened la »certidumbre, mi querido Watson, de que ahora, »como ayer, y como siempre, os consideré y »considero como el mejor de mis amigos.

»Vuestro,

»SHERLOCK HOLMES.»

Voy á concluir.

Todo el mundo estuvo conforme en la opinión de que los dos hombres rodaron abrazados al

abismo,después de una lucha muy encarnizada. Nadie pensó en la locura de buscar los cadáveres, y en el fondo de ese inescrutable torbellino, se habían deshecho los cuerpos del bandido más hábil y del hombre más honrado y valiente de la tierra.

Del pilluelo suizo no se volvió á saber nada. Sin duda alguna pertenecía á la cuadrilla de Moriarty y pudo librarse de la muerte con que todos sus compañeros purgaron sus innumerables crímenes, gracias á las contundentes pruebas acumuladas por Sherlock Holmes.

Transcurrieron los años. Nuevas antipatías y nuevas amistades hicieron olvidar las antiguas. La vida continuó su imperturbable camino, y ya la gente se olvidó de este suceso que emocionó tanto á Europa.

Quizá yo mismo no hubiese nunca escrito esta narración que tanto dolor me ha causado, á no ser por esas atrevidas cuanto inícuas cartas del coronel Moriarty, con las cuales se ha pretendido rehabilitar la memoria de un miserable y deshonrar la de un hombre noble y honrado.

FIN

BIBLIOTECA DE LA NACION